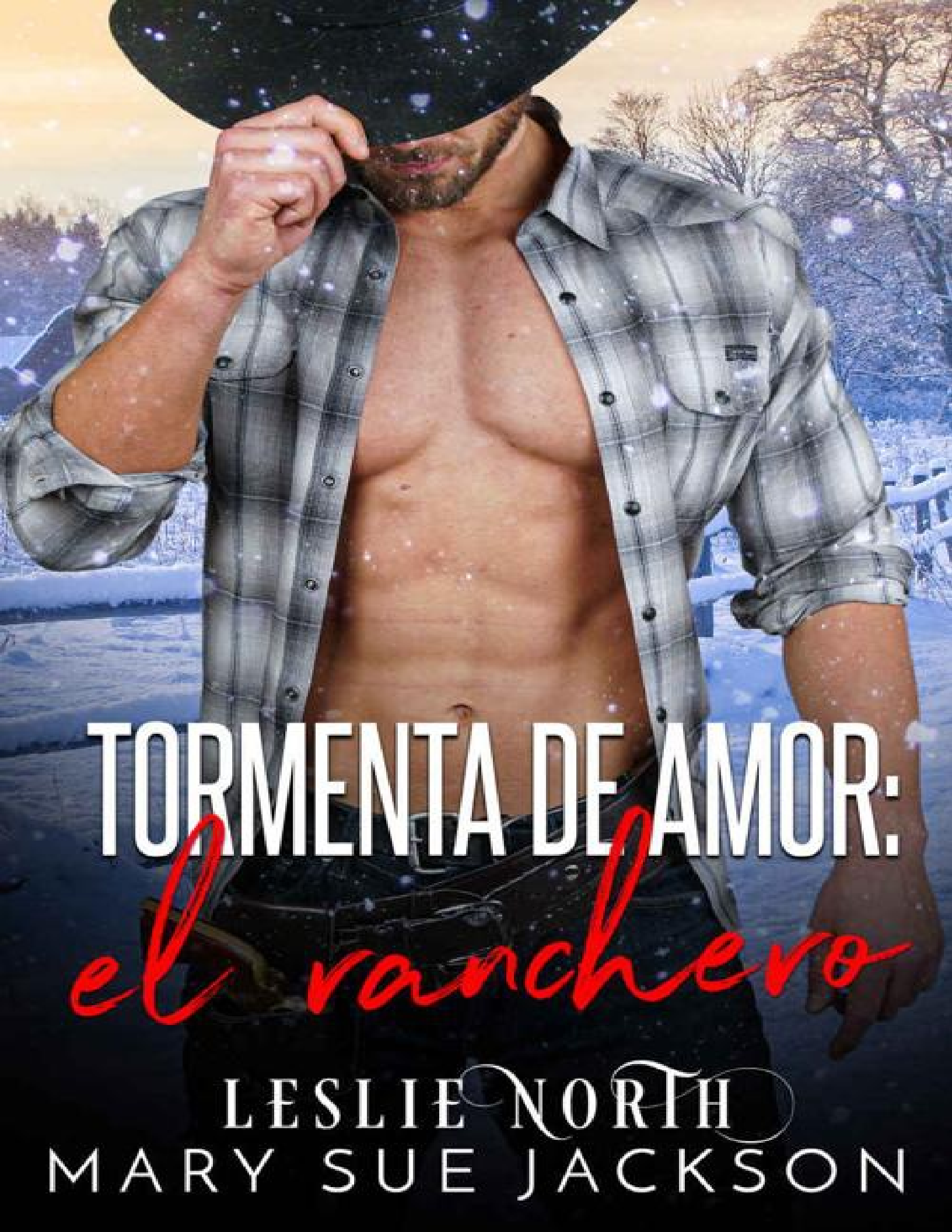




TORMENTA DE AMOR:
el ranchevo

LESLIE NORTH
MARY SUE JACKSON

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descritos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, OCTUBRE 2023
Copyright © 2023 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Mary Sue Jackson es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

Traducción de: Martina Engelhardt

www.relaypub.com



TORMENTA DE AMOR: *el ranchero*

LESLIE NORTH
MARY SUE JACKSON

SINOPSIS

Reencuentro en Navidad con el amor que no pudo ser...

Olivia Wickham nunca olvidó su apasionado romance con Tate McConnell, un vaquero guapísimo. Después de que una emergencia familiar los obligara a separarse, Olivia lo buscó, pero no logró encontrarlo... ni decirle que se había quedado embarazada de mellizas. Ahora, años después, ella y sus hijas están perdidas en el bosque, y se avecina una terrible tormenta. Cuando un apuesto ranchero llega a rescatarlas, Olivia queda impactada al ver que se trata de Tate, el padre de las niñas.

El paso del tiempo no ha mermado la atracción que siente Tate por la hermosa Olivia, pero él está convencido de que no tiene madera de hombre de familia, y es difícil que un vaquero terco cambie de opinión. Aun así, cuanto más tiempo pasa encerrado en una cabaña aislada con Olivia y sus hijas, más se da cuenta de que quizás ellas eran justo lo que necesitaba...

Con las fiestas navideñas a la vuelta de la esquina, Olivia y Tate no pueden evitar sentir que el destino les está dando una segunda oportunidad para ser felices. Pero ¿podrán entregarse de todo corazón y aceptar esa oportunidad?

LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer “Tormenta de amor: el ranchero”

Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos lanzamientos.

www.leslienorthbooks.com/espanola

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Epílogo](#)

[Fin de Tormenta de amor: el rancho](#)

[¡Gracias!](#)

[Cómo alegrarle el día a una autora](#)

[Acerca de Mary Sue Jackson](#)

[Acerca de Leslie](#)

[Otros títulos de Leslie](#)

PRÓLOGO

Tate McConnell era un hombre de campo; estaba acostumbrado a que el sol cayera a plomo desde lo alto del cielo, un cielo que se extendía interminablemente sobre praderas de un verde profundo que cubrían kilómetros y kilómetros sin que hubiera ninguna otra criatura a la vista, excepto, quizá, algunas vacas.

Ese día, el sol quemaba fuerte. Eso sí. Pero los rayos de sol eran lo único que le resultaba familiar a Tate mientras se abría paso por la pasarela larga y sinuosa del crucero, agradecido por el toldo que le brindaba cierto reparo del sol. De repente, sintió un codazo en el costado. Una mujer luchaba por agarrar a un niño que tenía un cucurucho de helado medio derretido en la mano y, en el forcejeo, lo había empujado sin querer. Cuando la mujer agarró al niño de un tirón, el helado salió volando y aterrizó sobre las zapatillas de Tate, y el niño se puso a llorar a gritos.

—Disculpe —murmuró la mujer y, sin más, arrastró al niño de regreso adonde estaba su familia, asestando codazos a diestro y siniestro a su paso.

Tate intentó sacudirse el helado de las zapatillas, pero, atrapado como estaba entre una multitud de personas, todas luchando por abrirse paso en ese lugar que parecía demasiado pequeño para la cantidad de pasajeros que se suponía debía alojar, no tenía mucho espacio para maniobrar.

¿Cómo se le había ocurrido aceptar ese crucero que le habían regalado su padre y su madrastra? «Necesitas vacaciones», le había dicho su padre. «Tienes que salir a conocer gente», le habían dichos ambos. Tate no sabía de dónde habían sacado la idea de que él quería conocer gente. Nunca había sido una persona sociable; por eso se le daba tan bien la vida de campo. Pasar horas en soledad, cabalgar por el terreno y cuidar al ganado, dejar que sus pensamientos siguieran su curso: esos eran los momentos en los que más feliz, cómodo y satisfecho se sentía. La idea de necesitar vacaciones de esa vida era francamente ridícula, mucho más si esas «vacaciones» consistían en estar encerrado en un barco con una cantidad exorbitante de desconocidos. Quizá para su madrastra fuera «un merecido descanso», pero para él, era el mismísimo infierno.

—Qué cantidad espantosa de gente, ¿verdad? —dijo una voz sedosa a su izquierda.

La idea de hablar con una desconocida le ponía bastante incómodo, pero sus buenos modales no le permitieron ignorarla. Tate reprimió una mueca de fastidio antes de girarse hacia la mujer, pero, al verla, no pudo evitar sonreír.

—Sí —dijo Tate, y carraspeó, porque de pronto sintió que se le cerraba la garganta.

Se quedó mirándola tanto tiempo que imaginó que debía parecer un rarito, pero la mujer era despampanante. Sus labios color carmín estaban curvados en una sonrisa cálida, tentadora, y su piel tersa se veía dorada a la luz del sol, pero lo que realmente le llamó la atención fueron sus ojos. Tenían pestañas tupidas y espesas y eran tan expresivos que Tate sintió que podría quedarse mirándolos eternamente sin cansarse.

—¿Has venido solo? —le preguntó ella.

—Sí.

Ella se acercó un poco más a él; apenas unos centímetros los separaban. La mujer olía a limón y a rayos de sol, y a Tate le palpitó el corazón.

—Me han regalado el crucero —añadió, como explicándole por qué estaba solo.

—¡Qué bien! —exclamó ella—. Yo también he venido sola. Una vez al año, busco todas las ofertas de viajes y elijo una para tomarme unas vacaciones.

La sonrisa de Tate cada vez se ensanchaba más. Sabía que debía parecer ridículo, pero no podía evitarlo. El entusiasmo de la mujer era tan contagioso que le daban ganas de sonreír.

—Qué aventurera. Me impresionas.

Ella se echó a reír y se le iluminó el rostro de tal manera que Tate deseó acercarse y disfrutar de su calor.

—Solo soy aventurera una vez al año. El resto del tiempo, soy aburrida.

Tate soltó una risita.

—¿A qué te dedicas el resto del año?

—Trabajo para una organización sin ánimo de lucro. Me gradué el año pasado, así que este es mi primer trabajo de verdad. ¿Y tú?

—Soy ranchero. Todo lo opuesto a un aventurero.

En ese momento, pasó un hombre con un bolso enorme y Tate le puso la mano en el hombro a la mujer para evitar que la golpeará. Ese contacto fue lo que necesitaba para terminar de desprenderse de su timidez. La piel de la mujer era sedosa como su voz y cálida como su sonrisa, y Tate sintió un escalofrío. Muy a su pesar, apartó la mano.

—Soy Tate, por cierto —dijo—. De Montana.

—Un placer, Tate de Montana —respondió ella—. Soy Olivia de Washington.



Cuando llegó el momento de que los revisaran para embarcar (un proceso que hizo que Tate empatizara con el modo en que debían sentirse sus vacas cuando las agrupaba para vacunarlas), Tate y Olivia tuvieron que separarse, pero acordaron verse a la hora de la cena. Pidieron comida para llevar en el comedor y después se dirigieron a la cubierta del barco. Allí, se acomodaron en

unas tumbonas y contemplaron el atardecer mientras engullían hamburguesas y patatas fritas. En ese momento, sentado junto a Olivia, Tate se dijo que, al final, su padre tenía razón: ir a ese crucero era lo mejor que había hecho en meses.

—Bueno, estaba buenísimo —dijo Olivia.

Después, se reclinó en la tumbona, sonriente, y soltó un suspiro de satisfacción. A pesar de que estaba esforzándose por actuar como un caballero, Tate no pudo evitar preguntarse qué otra cosa podría hacer para sacarle un suspiro de esos a Olivia. Decidió que quería descubrir la respuesta cuanto antes.

—Me alegro de que te haya gustado —dijo, con tono algo provocador, y cambió de postura para darle la mano. Ella no se negó, y él le tomó la mano mientras la miraba a los ojos con expresión de deseo.

—Me gusta todo lo que hago contigo —dijo Olivia en voz baja.

Tate sintió que se le paraba el corazón, y también otra parte del cuerpo, expectante.

—Dime, Olivia de Washington... ¿te gustaría beber algo en mi camarote? —preguntó, deseando de todo corazón no haber malinterpretado la situación—. Beber algo, nada más —añadió, ante la duda de que efectivamente la hubiera malinterpretado.

—¿En qué camarote estás? —preguntó ella, y ladeó levemente la cabeza, esperando su respuesta.

—En el cuatro.

—Yo estoy en el tres. El tuyo está más cerca.

Sin más, Olivia se puso de pie y lo levantó de un tirón. Cuando él la rodeó con los brazos, ella soltó una risita. Tate le rodeó la cintura con un brazo y, con la otra mano, le acarició el pelo.

—Pero primero, practiquemos un poco.

Tate la besó con ganas y, mientras la boca de carmín de Olivia se entregaba a la suya y su mente se convertía en un enredo de calor, sudor y piel, se dijo que nunca se había sentido tan feliz. Cuando por fin se separaron para tomar aire, ella le tomó la mano y, demasiado impacientes para esperar el ascensor, fueron corriendo a su camarote.

CAPÍTULO UNO

Cinco años después

—**T**e van a encantar los renos de cristal que he puesto en la caja.

Tate se frotó los ojos y trató de sonreírle a la pantalla. Al otro lado, con una sonrisa mucho más sincera que la suya, estaba su madrastra, Lucy. Lo bueno de hablar con Lucy era que nunca esperaba que Tate aportara mucho a la conversación. Lo malo era que nunca se callaba. Hasta habría sido impresionante, de no haber sido porque, después de cinco minutos, el sonido empezaba a asemejarse al de uñas rasgando una pizarra. Las conversaciones largas no eran su punto fuerte. Ni siquiera eran su punto débil. La verdad, no eran su punto, y punto.

—También tenemos un pesebre —continuó Lucy, entusiasmada—. Lo encontré la última vez que fuimos a Billings. Es precioso, y el niño Jesús está hecho de...

Otra área que Tate no dominaba: la decoración navideña. Tenía algunos recuerdos vagos de luces y guirnaldas en su infancia, pero eso se había terminado tras la muerte de su madre. Entonces, él tenía seis años y, después de eso, ni él ni su padre habían vuelto a decorar la casa... hasta seis años atrás, cuando Lucy había llegado a la vida de su padre. A Lucy le encantaba llenar la casa de lucecitas titilantes, velas, espumillón y adornos, hasta el punto de que Tate prácticamente necesitaba usar gafas de sol para protegerse los ojos cada vez que iba a visitarles. Al igual que la mayoría de las cosas que hacía Lucy, la decoración era demasiado llamativa, demasiado alegre... y sencillamente demasiado. Si ella y su padre eran felices así, bien por ellos, pero a él no le interesaba ser parte de eso.

No obstante, parecía que ese año Lucy no le iba a dar la opción de elegir. Junto a él, había una caja de adornos navideños que Lucy le había enviado antes. Como él estaba trabajando, no había podido recibirla en persona, lo cual había sido la excusa perfecta para que Lucy lo llamara para asegurarse de que le hubiera llegado bien y para describirle con lujo de detalles todos los objetos que había puesto en la caja.

—Como se acerca una tormenta, me pareció buena idea que tuvieras algo que hacer por si la nieve no te deja salir —añadió Lucy—. Y quizá puedas preparar tus famosas galletas para ir practicando. Todos van a querer probarlas en Navidad.

Tate suspiró. «Todos» quería decir los familiares de Lucy, que iban a llegar en manada para participar de la gran fiesta de Navidad que ella organizaba todos los años. Eran buena gente, pero

eran demasiados. Primos y parientes políticos y hermanos y sobrinos y no sabía qué más. A veces, Tate se preguntaba cómo hacía Lucy para recordar los nombres de todos. No quería ser descortés ni herir los sentimientos de su madrastra, pero tampoco quería pasarse horas hablando del tiempo con un montón de gente que casi ni conocía.

—Lo pensaré —dijo, evitando comprometerse—. Pero no sé cuándo tendré tiempo de hacerlo. Tengo mucho que hacer en la parcela que está vacía. El gobierno la va a reclamar si no empezamos a usarla en seis meses, y no va a ser fácil hacer eso. —Ese era el problema de alquilar terrenos del gobierno: si uno no usaba la totalidad de la tierra, los funcionarios públicos daban por sentado que uno no la necesitaba, y reclamaban la parte sin utilizar—. Tendría que haberlo solucionado antes, pero estaba tan ocupado arreglando la cerca que perdí noción del tiempo.

De repente, su padre apareció en la pantalla, inclinado sobre el hombro de Lucy.

—Podrías pedirles a los sobrinos de Lucy, a William y sus hermanos, que te echen una mano cuando vengan. El campo que tienen en Wyoming es casi tan grande como el nuestro. Seguro que se les ocurren buenas ideas para aprovechar esa parcela.

Lucy asintió.

—Sí, no sé si te lo conté, pero William empezó un nuevo programa de cría el año pasado. Su madre me contó que hasta escribieron sobre él en la revista *Ganadería en Wyoming*. Mis sobrinos vendrán antes de Navidad y se quedarán hasta antes de Año Nuevo, así que habrá tiempo de sobra para que le echen un vistazo a la parcela y piensen qué se puede hacer. Seguro que estarán encantados de hablar contigo. Sería muy bonito que os reunierais los tres, ¿no? Tenéis mucho en común, y creo que seríais buenos amigos. Además...

Lucy siguió hablando del tema un rato más, y Tate trató de hacer oídos sordos. Su madrastra siempre trataba de conseguirle amigos nuevos (e incluso novias, como esa vez que lo había inscrito en una página de citas sin consultarle). Tate sabía que tenía buenas intenciones, pero ¿cuándo se iba a dar cuenta de que él era feliz tal y como estaba, de que disfrutaba de su propia compañía y no necesitaba a nadie más?

De repente, sintió algo húmedo en los nudillos y, al levantar la vista, se encontró con su perro, Langosta, que acababa de despertar de una siesta. Sonriendo con ganas, le rascó las orejas, y el labrador movió la cola y soltó un ladrido de felicidad.

—¿Es Langosta? —preguntó su padre.

—Sí, acaba de despertarse —respondió Tate, y movió el portátil para que pudieran ver a la bestia negra que tenía a sus pies.

Langosta sacó la lengua, sonriente, y Lucy y Thomas empezaron a hacerle arrumacos. Tate recorrió la sala de estar con la mirada. Había pasado los últimos seis años remodelando la cabaña, desde que Lucy y su padre se habían casado y él se había ido del rancho para que tuvieran más privacidad. El sitio había quedado muy bien; era una mezcla ecléctica del clásico estilo de Montana (con un candelabro con astas de ciervo sobre la mesa del comedor y mullidos sofás de cuero) y detalles prácticos y modernos, con ventanas reforzadas, una chimenea de gas y suelo radiante. De hecho, tal vez había exagerado un poco. El lugar era más que suficiente para

una sola persona: tenía dos dormitorios, un estudio, una enorme sala de estar, una cocina, un comedor, dos baños y un aseo. Pero a Tate le encantaba. La cabaña era su refugio, el lugar donde podía relajarse y bajar la guardia. Donde todo estaba exactamente como le gustaba a él. Y no lograba imaginar los adornos que le había enviado Lucy en ningún lado. Eran bonitos, sí, pero no eran para él.

—Bueno, ¿qué dices? —preguntó su padre—. ¿Vas a hacer un hueco para que William y los chicos te echen una mano con el terreno?

Maldita sea, una pregunta directa. No podía asentir y sonreír y esperar que la conversación siguiera su curso sin tener que participar.

—No sé, papá. Son sus vacaciones. No sé si es buen momento para molestarles con mis asuntos del rancho —respondió.

Lo cierto era que tampoco quería preocupar a su padre. Desde que había tenido un infarto hacía tres años, Thomas había abandonado muchas de las tareas cotidianas del rancho y había dejado casi todo en manos de Tate. Decidir qué hacer con la tierra desocupada era problema de Tate, y se iba a ocupar él mismo, como siempre.

—¡Es el momento perfecto! —exclamó Lucy, con una sonrisa entusiasta que le iluminó el rostro—. Estarán felices de ayudarte, te lo aseguro. Y no es ninguna molestia. Sé que tú harías exactamente lo mismo si ellos necesitaran ayuda.

Por supuesto que Tate siempre estaba más que dispuesto a echar una mano si un colega ranchero necesitaba ayuda. Pero ¿pedir que le ayudaran a él? Eso era otra cosa.

De repente, su móvil, que estaba sobre la mesa de la cocina, al otro lado de la habitación, empezó a emitir un sonido estridente y espantoso, como el de una sirena.

—¡Ay! —exclamó Lucy, sorprendida.

—Debe de ser el equipo de búsqueda y rescate —dijo Thomas, y apoyó la mano sobre el hombro de Lucy.

Su padre sabía que Tate era voluntario del equipo de búsqueda y rescate del pueblo hacía años. Con todo lo que tenía que hacer en el rancho, sobre todo tras el infarto de su padre, Tate no podía dedicarle tanto tiempo como hubiera querido, pero aun así trataba de estar disponible para el equipo la mayor cantidad de horas. Y cuando lo llamaban, siempre respondía al instante.

—Sí. Me tengo que ir —dijo Tate, aliviado de tener una excusa para terminar la conversación antes de que le obligaran a comprometerse con planes que realmente no tenía ganas de hacer.

—Cuídate, hijo —le pidió Thomas.

—Sí, papá. Hablamos más tarde.

Tate tocó la pantalla para terminar la llamada y se levantó de inmediato. Cogió el teléfono antes de que la sirena volviera a sonar y, al mirar la pantalla, vio el mensaje de emergencia. «Tres personas desaparecidas cerca de Tolson Cliffs. Una mujer de alrededor de treinta años. Dos niñas menores de diez años. Vistas por última vez en las siguientes coordenadas...».

—Mierda —murmuró Tate.

La tormenta inminente avanzaba rápido, y una madre estaba perdida en el bosque con sus dos hijas. No había ni un segundo que perder. Tate cogió las llaves de su *quad* y después fue a por el kit de supervivencia que guardaba junto a la puerta trasera. Tras ello, cogió su chaqueta, sus guantes y su gorro, y en menos de un minuto ya estaba fuera, subiéndose al vehículo.

Langosta se quedó pegado a él todo el tiempo y saltó al asiento del acompañante sin que Tate le dijera nada. Acompañaba a Tate a los rescates desde que era un cachorro, y tenía la rutina tan interiorizada como cualquier ser humano. Tate levantó la radio que solían utilizar en los rescates por si no había cobertura de móvil.

—Habla McConnell, respondiendo a la llamada —dijo.

—Recibido, Tate —respondió Marjory Andrews, la mujer del jefe del equipo de búsqueda y rescate. Marjory era la encargada de atender las llamadas—. Puede que seas el único que logre llegar allí antes de que la tormenta lo complique todo —le dijo—. Asegúrate de mantenerte en contacto.

—Recibido —respondió Tate, y volvió a colocar la radio en su lugar, en el tablero del vehículo. Después, miró a Langosta y le preguntó—: ¿Listo, viejo?

A modo de respuesta, el Labrador ladró con entusiasmo antes de lamerle la oreja. Tate arrancó el motor y pisó el acelerador, y se levantó una nube de nieve. El *quad* enfiló la vieja carretera hacia el oeste, y hacia una madre con dos hijas que necesitaba que las salvaran antes de que llegara la tormenta más fuerte de la temporada y se frenara el tránsito por más de cien kilómetros.

CAPÍTULO DOS

—Me duele, mami —dijo Jacqueline desde el tronco donde estaba sentada, rodeada de nieve en la base del barranco por el que había caído.

Olivia Wickham suspiró y le acarició la rodilla a su hija de cuatro años.

—Ya lo sé, mi amor. Tienes que dejarla levantada. Apóyala en esta roca. Ya nos van a venir a buscar y van a subirme a un trineo para llevarte de vuelta al hotel. —Intentó esbozar una sonrisa convincente—. Todo va a ir bien.

—Le dije que no se asomara por el borde —intervino Melissa, la hermana melliza de Jackie—. No hace caso y es una caprichosa —agregó la niña, con justa indignación.

—Bueno, tenía curiosidad —dijo Olivia, mirando a Melissa por encima del hombro.

La niña tenía los brazos cruzados y estaba parada sobre una pequeña roca que asomaba entre la nieve. Justo arriba, un pino enorme amenazaba con dejar caer una rama llena de nieve encima de ella. Además, el cielo se estaba oscureciendo rápidamente, y se avecinaban nubes grises y furiosas. La combinación de todas esas cosas preocupaba un poco a Olivia, pero ser madre significaba nunca entrar en pánico (o, al menos, no delante de las niñas). Por eso, lo único que dijo fue:

—Tú también tienes curiosidad a veces.

Como respuesta, Melissa resopló y, apretando los dientes, miró rabiosa a su hermana.

Olivia negó con la cabeza y, por enésima vez, se preguntó de dónde habría sacado Melissa esa personalidad tan fuerte. A diferencia de su madre, la niña era muy segura de sí misma. ¿Quizás había salido al padre? Por desgracia, Olivia casi no conocía al padre de sus hijas y no lo había vuelto a ver prácticamente desde que las habían concebido, así que ciertos aspectos de la personalidad de Melissa eran un misterio.

—Mami, me ha gustado esquiar —dijo Jackie, con una mirada cansada en sus bonitos ojos color miel (prueba de que ella también había salido al padre, aunque en personalidad se pareciera más a Olivia)—, pero ya tengo frío. Quiero volver a casa —añadió, y las últimas palabras casi se transformaron en llanto.

Olivia fue hacia donde había dejado la mochila, apoyada contra el tronco de un árbol, y la abrió. Ninguna madre de mellizas de cuatro años salía de casa sin una cantidad impresionante de

provisiones. Rebuscó dentro de la mochila hasta encontrar varios paquetes de calentadores de manos, así como una colección de barritas energéticas y la pequeña cantimplora con agua que había llevado para que compartieran las niñas.

—Tomad —les dijo, esforzándose por mantener un tono alegre—. Dadme los guantes y así os pongo los calentadores dentro.

Las dos niñas le entregaron sus guantes de esquiar, y Olivia masajéo los calentadores antes de ponerlos dentro de los guantes y ayudarlas a colocárselos de nuevo.

—Bueno, si Lissa me hace sitio, puedo sentarme en la roca con ella, y podemos comernos una barrita mientras esperamos.

La comida resultó ser la distracción perfecta, tal como Olivia esperaba, y, al poco tiempo, las niñas estaban comparando quién había comido más y abriendo la boca para dejar al descubierto las barritas medio masticadas. Disimuladamente, Olivia cogió su móvil del bolsillo de la chaqueta. Todavía no tenía cobertura. Echó un vistazo al cielo. El avance rápido del frío y la oscuridad le estaba dando palpitaciones. No tenía ni idea de si venía ayuda en camino, y si no era así... no sabía qué iba a hacer.

Las últimas semanas habían sido muy difíciles para las tres. Una mudanza nunca era cosa fácil, sobre todo teniendo hijas pequeñas, y las niñas echaban de menos a sus amigos del colegio de preescolar. Olivia echaba de menos al grupo de madres solteras que había sido su apoyo prácticamente desde el nacimiento de las mellizas. Pero rechazar la oportunidad que la había llevado allí no era una opción.

Trabajar en Sueños para todos había sido una de sus metas desde antes de que nacieran las niñas. Por eso, cuando había visto la oferta para el puesto de directora ejecutiva, se había dicho que por fin iba a tener la oportunidad que tanto deseaba. Además, le habían aumentado considerablemente el sueldo y la mudanza a un pueblo pequeño significaba que iba a poder criar a sus hijas en un ambiente sano y seguro.

El hecho de que el trabajo fuera en Montana, el estado de donde era oriundo el padre de las niñas, le había parecido cosa del destino. Aunque Olivia no tenía modo de saber si seguía viviendo allí, recordaba que él le había contado que su familia tenía un rancho en Montana, así que era muy probable que siguiera por la zona. Como no sabía su apellido, nunca había podido buscarlo, pero supuso que, estando en el mismo estado, al menos tendría más posibilidades de hacerlo. Por eso, al aceptar el trabajo y empezar a planear la mudanza, se había sentido esperanzada.

No obstante, tras semanas de fracaso tras fracaso, cada vez le costaba más mantener una actitud optimista. La aventura de ir a esquiar había sido su intento más reciente de animar a las niñas y, de paso, animarse ella también... y vaya si había salido mal. Jackie se había caído por un terraplén, se había torcido el tobillo y había desaparecido de la vista del resto del grupo. Desesperada por ir a socorrer a su bebé, Olivia ni siquiera había pensado en avisar al guía y, cuando por fin había levantado la vista después de revisar el tobillo de la niña, se había percatado de que las habían dejado atrás. Al parecer, nadie se había dado cuenta de que ellas tres ya no estaban allí. Sin cobertura, sin modo de volver al camino con dos niñas de cuatro años a cuestas y sin otra opción, Olivia se estaba aferrando a las pocas esperanzas de que venía ayuda en camino. Tenía que ser así. Si no, no sabía qué iba a hacer.

Volvió a observar el cielo; estaban comenzando a caer ligeros copos de nieve. Lo más seguro es que el equipo de rescate estuviera a punto de llegar, ¿verdad?

—Mami —dijo Jackie de nuevo, esta vez con los ojos llenos de lágrimas—. Tengo miedo. Ya no quiero vivir en Montana.

Melissa asintió para mostrar su aprobación y frunció el ceño.

—Vale.

Olivia se levantó de la roca y fue hasta el tronco donde estaba apoyada Jackie. Se acomodó allí y subió a la niña, exhausta, a su regazo. Después, extendió el otro brazo y, con un ademán, invitó a Melissa a acercarse. La niña bajó de la roca y caminó desganadamente, con gesto resignado.

—Sé que hace frío y que tenéis miedo, pero muy pronto vendrá alguien y nos llevará de regreso al hotel, y después podremos ir a casa y dormir en nuestras nuevas camas.

—Quiero mi cama de antes —protestó Melissa, y agachó la cabeza para hurgarse las uñas.

—Yo también —gimoteó Jackie.

—Hagamos una cosa —dijo Olivia con entusiasmo, mucho más del que sentía en realidad—. Hablemos otra vez de todas las cosas divertidas que vamos a hacer aquí en Montana.

—¿Como ir a esquiar y que Jackie se caiga por una colina? —preguntó Melissa con una ceja levantada.

—¿Y que mami y tú os tiréis a la nieve para ayudarme? —añadió Jackie con una risita.

—¿Y el cachorro que vamos a tener? —preguntó Olivia.

Vale, sí, estaba desesperada. Llevaba semanas ilusionándolas con la promesa de adoptar un cachorro, desde que habían comenzado a recoger sus cosas en Spokane. Sabía que cuidar y adiestrar a un cachorro mientras estaba atareada con sus hijas y su nuevo trabajo no era la mejor idea del mundo, pero había habido días en que ese cachorro, aún inexistente, había sido lo único que las había sacado adelante.

—¡Yo quiero un *goldendoodle*! —exclamó Jackie, saltando sobre el regazo de su madre.

—No —dijo Melissa con firmeza—, un San Bernardo, así nos rescata cuando caigamos por colinas.

Olivia no pudo evitar sonreír. Melissa siempre pensaba de forma práctica. Si realmente había salido a su padre, él debía ser un hombre muy capaz. Jackie estaba pensando distintos nombres para ponerle al cachorro cuando Olivia ladeó la cabeza de repente; sus oídos entrenados detectaron un zumbido a lo lejos.

—¡Mami! ¿Qué pasa? —susurró Melissa, siempre alerta.

Olivia levantó un dedo para indicarles a las niñas que estuvieran en silencio y, obedientes, se quedaron calladas, aunque Olivia sentía que Jackie se le arrimaba cada vez más; seguramente estaba al borde del llanto otra vez. El zumbido comenzó a acercarse. Lo oyeron más despacio por un momento, y después rápido otra vez. Despacio. Rápido.

—¡Creo que están viniendo a ayudarnos! —exclamó Olivia.

Las dos niñas vitorearon y Melissa se levantó y se puso a saltar mientras aplaudía en una muestra insólita de entusiasmo. Olivia se puso de pie y acomodó a Jackie sobre la roca antes de caminar hasta el pie de la colina por donde habían caído. Mientras el zumbido del motor (probablemente fuera un *quad* o algo así) se acercaba más y más, se dijo que debía encontrar el modo de alertar al conductor para que supiera que estaban allí. Miró a su alrededor buscando inspiración, pero solo había rocas y pinos. A pesar de sus esfuerzos, no se le ocurría nada. Lo único que podía salvarlas era hacer ruido, o sea que tenían que actuar rápido.

—Gritad, niñas —les indicó—. Gritad lo más fuerte que podáis y no paréis hasta que yo os lo diga.

—Sí, mami —dijo Melissa, resuelta, y Jackie asintió.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Estamos aquí! —empezó a gritar Olivia.

Las dos niñas la imitaron, a veces gritando palabras y otras, simplemente gritando como solo una niña de cuatro años puede hacerlo: gritos agudos, ensordecedores y que helaban la sangre. De pronto, el motor se detuvo y Olivia oyó ladridos.

—¡Mami! —exclamó Jackie, con los ojos brillantes de esperanza—. ¡Es un perrito!

Los ladridos se acercaban cada vez más y, de repente, se oyó la voz de un hombre:

—¡Ve a buscarlas, Langosta!

El perro ladró otra vez y Olivia gritó:

—¡Aquí abajo! ¡Estamos aquí abajo!

Después, una gran cabeza negra con ojos brillantes y hocico húmedo se asomó por el borde del terraplén. Las niñas chillaron, entusiasmadas, y el perro dejó de ladrar y gimoteó, con la lengua asomando por un lado. Tras ello, miró al hombre que estaba arriba y volvió a mirar a una y otra niña. Los pasos se acercaron más y Olivia oyó una voz grave y ronca que dijo:

—Bien hecho, Langosta. Buen chico.

Olivia esbozó una sonrisa. Un perro llamado «Langosta». Le iba a comprar un delicioso filete cuando salieran del lío en que se habían metido.

Al instante, apareció una bota enorme junto a Langosta. Olivia levantó la mirada, recorrió las piernas largas enfundadas en unos vaqueros gastados, el pecho musculoso, los hombros anchos y, por fin, llegó al rostro que nunca podría olvidar.

El rostro que la había atormentado día y noche por los últimos cinco años.

CAPÍTULO TRES

Tate la reconoció al instante. Si bien su pelo largo estaba en parte cubierto por un gorro de lana, y su increíble figura estaba oculta bajo capas y capas de prendas acampanadas, supo que era Olivia por sus ojos. Esas gemas grandes, de un precioso color avellana. Esos ojos que se habían clavado en los suyos en un camarote iluminado por la luna aquella sofocante noche de verano hacía muchos años. Esos ojos que se habían cerrado cuando él la había besado y había recorrido su piel aterciopelada.

—¿Has venido a rescatarnos? —preguntó una pequeña.

Tate pestañeó, tratando de volver en sí.

—Eres Tate, ¿verdad? —preguntó en voz baja Olivia, mirando hacia arriba, hacia la cima de la colina.

Él asintió con firmeza, aturdido por los recuerdos de su historia y su final abrupto e inexplicable, y no supo qué responder.

—Olivia. Es que... Venga... No es momento de preguntar por qué estáis aquí. Mejor os ayudo primero a salir. ¿Os parece bien?

Ella asintió.

—Gracias. Me estaba empezando a preocupar.

Tate miró a las niñas, que suponía que eran las hijas de Olivia, y después volvió a mirarla a ella. Su corazón se detuvo un momento cuando pensó en todo lo que podría haber pasado entre los dos. Para ocultar sus sentimientos, se agachó y volvió a darle unas palmaditas en la cabeza a Langosta.

—Pues me prepararé para sacaros de ahí.

—Una de mis hijas se ha torcido el tobillo —le dijo Olivia angustiada.

—No pasa nada —la tranquilizó él—. La llevaré a cuestas. Se agarrará a mí como si fuera un monito, ¿a que sí?

Les guiñó un ojo a las hermanas y recibió unas risitas como recompensa. Por suerte, se las veía tranquilas y animadas. Ya había vivido varios rescates en los que todos, desde los niños hasta los adultos, entraban en pánico y lloraban. Igual, era lógico: quedarse atrapado daba miedo. De todas

maneras, Olivia había logrado que las niñas estuvieran tranquilas. Seguro que era una gran madre.

Quince minutos después, había atado una cuerda a un árbol cercano, y junto a Olivia estaban dándole indicaciones a la niña que no estaba herida (su madre la llamaba Lissa) para que saliera del terraplén. Tenía la cuerda atada a la cintura, por ende, no iba a hacerse daño. Tate podría haber tirado de la cuerda para sacarla, pero hubiera sido incómodo para la niña, que además se veía muy sana, así que esperaba que pudiera subir el mayor tramo de la colina ella sola.

Mientras subía por el terraplén, el rostro de la niña dejaba clara su determinación, pues tenía el ceño fruncido y la boca cerrada e imperturbable. A Tate algo en su expresión le resultó tan familiar que se le escapó una sonrisa.

—Lo estás bordando —le dijo él desde arriba—. Pero si te cansas, avísame.

Ella asintió y avanzó con sus pasos sistemáticos, con dificultad, alternando las manos, primero una, después la otra, como le había enseñado Tate. Al cabo de unos minutos, ya estaba justo debajo de donde estaba parado él.

—¿Te ayudo con este último tramo? —le preguntó sonriente.

Ella negó, volvió a posicionar las manos, empujó con los pies y se impulsó hacia arriba con una fuerza que la dejó tambaleándose boca abajo al borde de la colina.

Olivia y la otra niña, Jackie, festejaron desde abajo a la vez que Tate levantaba a Lissa y la llevaba a tierra firme, cerca, pero no tanto, de ese borde.

La pequeña le miró con una expresión triunfante que iluminó su dulce rostro.

—Lo he logrado.

—Pues ya lo veo —le dijo él con una sonrisa—. Eres una campeona.

Ella asintió, aún totalmente seria.

—¿Ahora irás a ayudar a Jackie?

—Primero a tu mamá, después a tu hermana. Te lo prometo. A ver, vamos a quitarte la cuerda.

Mientras le desataba el nudo corredizo y Lissa se sacaba la cuerda, Tate se giró y miró a Olivia.

—¿Estás lista? —le preguntó.

—¿Seguro que no podemos subirla a ella primero? No quiero dejarla sola aquí abajo.

Él le dedicó una sonrisa alentadora.

—Necesitamos a un adulto en buenas condiciones a cada extremo para que el rescate salga bien. No puedo bajar a buscarla si tú sigues ahí abajo. Necesito que subas para ayudarme. Confía en mí, todo va a ir bien. —Bajó la cuerda—. Átatela a la cintura y empieza a subir, así os llevo a todas a algún lugar cálido.

Olivia asintió y tomó el extremo de la cuerda. Subió más rápido que su hija, pero necesitó más ayuda de Tate, quien se dio cuenta de que no se sentía tan segura como Lissa apoyando una

mano después de la otra. A medida que Olivia subía, él iba tirando de la cuerda, y esos empujones verticales le permitieron ascender más fácilmente por el terraplén.

—Avísame si sientes que la cuerda te va a partir a la mitad —le dijo él en tono jocoso—. Sé que no es lo más cómodo del mundo. —Ella le sonrió fugazmente y siguió escalando. Cuando la vio llegar a la cima, Tate se ató el otro extremo a la cintura y se colgó un arnés al hombro—. Bueno, déjame enseñarte algo antes de bajar. Esta es la radio. Si quieres hablar, presiona este botón. Si me pasa algo y necesitas ayuda, diles que estás a más o menos un kilómetro y medio hacia el norte del Paso del Ciego, en el sexto camino forestal.

—Pero no te va a pasar nada, ¿cierto? —le preguntó Olivia preocupada.

—No, nada —le prometió él—. Pero parte del trabajo de búsqueda y rescate implica tener siempre un plan de contingencia. —Ella asintió—. ¿Sabes conducirlo? —le preguntó señalando el *quad*.

—Sí, el hermano de una amiga nos ha llevado a acampar en uno de esos.

Tate notó que Olivia no había hecho mención alguna de un marido o padre de las niñas, y se preguntó si seguía soltera. Igual, eso no importaba. Ya estaba bastante ocupado con el rancho y su trabajo de búsqueda y rescate. Después de varios intentos de relaciones que resultaron fallidos, casi que había dado por cerrado el capítulo del amor. Nunca sabía qué decir en las citas, y parecía que nunca se daba cuenta de las señales que le daban. La mujer con la que más cerca había estado de conectar había sido.... bueno, Olivia, hacía cinco años, pero lo suyo también había terminado de forma abrupta, aunque él nunca supo por qué, así que no podía considerarla una victoria. No, estar en pareja no iba con él. Punto.

—Bien. Lo mejor es que no os mováis y esperéis a que llegue ayuda, pero si no queda otra... —dijo Tate y esperó que su expresión diera a entender el resto: «...dejadme aquí y marchaos».

—Ten cuidado —le dijo ella en voz baja.

Él sintió que se le encogía el pecho. Langosta, que estaba acurrucado con Melissa en el remolque enganchado al *quad*, dio un fuerte ladrido y Tate sonrió.

—Ahora vuelvo —dijo antes de bajar en rápel por el terraplén.



Olivia volvió a respirar recién cuando Tate aterrizó de rodillas junto al *quad* con Jackie sujeta a su espalda. Melissa masculló algo que sonó como «wi», después volvió a cerrar los ojos y se enterró en el pelaje del enorme Langosta. Olivia se acercó corriendo a quitarle el arnés a Jackie. Tate esperó arrodillado mientras ella peleaba con las correas y liberaba a su niña de cuatro años. Al terminar, Olivia la tomó en brazos y la abrazó fuerte.

—Mami, me estás ahogando —se quejó Jackie.

—Ya estáis todas bien, mami —le dijo Tate para tranquilizarla—. Vamos a acomodarte en el remolque y vayamos a un lugar cálido —sugirió y, para provocar entusiasmo en las niñas, añadió —: donde haya chocolate caliente.

La nieve caía con más velocidad; era evidente que las pequeñas tenían frío y mucho sueño. Olivia colocó a Jackie lo más cómoda posible en el remolque mientras Tate guardaba el equipo de rescate. Ella le escuchó hablar por radio y decirles a sus coordinadores que todas estaban a salvo. Al terminar, Tate guardó la radio en el estuche del tablero del *quad* y les dio a las niñas dos mantas térmicas de aluminio de las que se usan en los rescates. Langosta estaba en medio de las niñas, decidido a compartir su calor con ambas.

—Qué buen perro —dijo Olivia mientras se sentaba en el *quad* y se agarraba de Tate.

Él encendió el motor y poco a poco retomó el camino por el que debía haber llegado, pues sus huellas seguían marcadas, aunque iban desapareciendo a medida que se acumulaba la nieve que soplaba el viento. De todas maneras, no estaba preocupado.

—Ha sido un perro de búsqueda y rescate desde cachorro. Ya lleva diez años trabajando. Es todo un profesional. Me ayuda mucho. Trabajamos con otros dos perros de rescate, pero Langosta fue el primero en llegar, entonces recibió un entrenamiento especial en Billings —dijo en tono casual.

Se concentró en conducir el *quad* sobre la nieve que acababa de caer y se hizo el silencio. Como las niñas ya estaban bien, Olivia empezó a procesar el hecho de que su padre, que no sabía que ellas existían y que eran sus hijas, estaba con ella en una tormenta de nieve en el medio de la nada en Montana. Había soñado con esa escena, lo deseaba en secreto desde que le habían hecho la oferta de trabajo, pero nunca creyó que fuera a pasar. Lo único en lo que pensaba era en que debería haberse preparado más para ese momento. Debería haber pensado en qué decirle porque... se había quedado en blanco.

—Oye —le dijo con cautela—, ¿cuán posible era que pasara esto?

Él la miró un momento y le sonrió con ironía.

—Supongo que era casi imposible —le respondió, y tras otra pausa voluntaria, le preguntó—: ¿Qué te ha traído a Montana?

Ella respiró profundo e intentó calmar los latidos de su corazón.

—Una oferta de trabajo —le respondió tan relajada como pudo—. Me contrataron para ser la nueva directora ejecutiva de Sueños para todos. La oficina está en el centro, pero nos estamos quedando en un hotel unos días, hasta que llegue el camión de la mudanza.

Como estaba pegada a él, sintió que se ponía rígido ante la noticia, pero después relajó los hombros y se tranquilizó. Buscó más información en su rostro, pero no encontró nada.

—Bueno, felicidades —le dijo con educación y la vista fija en el camino.

Para ella, así no hubiera reaccionado un hombre que estaba emocionado de que un amor del pasado llegara a su pueblo. A Olivia se le estrujó el corazón. Tate no parecía estar feliz de que estuvieran viviendo en el mismo sitio, pero teniendo en cuenta que ella había desaparecido de su vida repentinamente, era de esperarse que reaccionara así.

Antes de que pudiera responderle, llegaron a un claro que albergaba una cabaña de leños clásica de dos pisos. Delante había una rotonda que conectaba con un extenso camino que desaparecía entre los árboles. Un gran porche se extendía a lo largo de la fachada principal y las esquinas. Un

sillón colgaba a un lado de la puerta principal, y al otro lado se exhibían una mesa y sus sillas. Trozos de leña yacían apilados junto a una de las columnas del porche, y una camioneta de caja abierta azul estaba aparcada en la rotonda.

—Bueno... —dijo Tate mientras aparcaba el *quad* en paralelo delante del porche y apagaba el motor—. Esta es mi casa. Está más cerca que vuestro hotel y nos evita cruzar el puente Molly—. Bajó del *quad* y se acercó a Olivia—. Ese puente no es problema para esquiadores y peatones, pero es muy inseguro para pasar con el *quad*—. Miró hacia el remolque, donde las niñas dormían junto al devoto Langosta—. De haberos llevado al hotel, habría tenido que cargar a cuestas a la pequeña que tiene el tobillo herido el último kilómetro y medio. No pesa nada, pero nos hubiéramos demorado, y no quería seguir andando con la tormenta que está a punto de llegar.

Olivia empezó a bajar del *quad* y él le dio la mano para ayudarla. Si bien tenían los guantes puestos, Olivia sintió una descarga eléctrica ante el contacto, como si hubiera tocado un cable pelado. El aire se le atoró en la garganta. Notó la mirada de Tate fija en ella, y sus ojos se posaron sobre el rostro perfecto de ese hombre durante lo que pareció ser un rato largo y candente. Los ojos color ámbar de Tate le estaban comunicando algo indescifrable. No pudo evitar observar sus pómulos marcados, su mentón definido cubierto por la barba y sus labios que, sabía de primera mano, eran mucho más suaves de lo que parecían.

—Eh, pasa, está abierto —le dijo él con voz ronca—. Yo busco a las niñas.

Ella asintió sin mediar palabra y cogió su mochila, pero se tomó un momento para mirar el cielo. Se había teñido de un gris oscuro y el viento soplaba nieve hacia todos lados. Se preguntó cuánto tiempo estarían ella y las niñas atrapadas con ese hombre que aún no se había dado cuenta de que sus hijas también eran las hijas de él.



Media hora más tarde, las niñas estaban arropadas en la cama extragrande de la habitación de invitados. Por su parte, Olivia estaba sentada en uno de los taburetes de la encimera de la cocina con una taza de chocolate caliente entre las manos.

—Veo que estás por decorar —le dijo a Tate señalando la caja de adornos navideños que le había dejado su madrastra—. ¿Te gusta decorar o de eso se encarga tu...? —Su voz se fue apagando.

—Aquí nadie decora nada —musitó él mientras se servía café. Hizo señas hacia el sofá de la sala de estar y arrastró con el pie la caja de decoraciones a un rincón—. Estoy soltero —explicó—, pero mi madrastra cree que a esta casa le hace falta un toque femenino, por eso me ha traído esos adornos. Igual no voy a usarlos —dijo encogiéndose de hombros.

—Tienes una casa preciosa —le dijo Olivia mientras se acomodaba en el sofá, en el extremo opuesto a él. Se sentó sobre su pierna flexionada y se colocó de manera tal que quedara mirando hacia él.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó Tate—. No has nombrado a ningún fulano que deba saber dónde estáis tú y tus hijas.

Ella intentó esbozar una sonrisa, pero terminó saliendo una mueca. ¿Debía decirle la verdad en

ese momento? Él merecía saberla, pero no era fácil hablar del tema. Estaba agotada, las ideas se le enredaban y sus sentimientos estaban fuera de control. Había sentido demasiadas cosas en un solo día: terror cuando Jackie se había hecho daño, ansiedad cuando había esperado a que llegaran a ayudarlas y una mezcla entre alivio y estupor por haber vuelto a ver a Tate. Había pasado por una montaña rusa de emociones. La conversación del tipo «Sorpresa, ¡eres padre!» iba a tener que esperar a que descansara y, con suerte, pudiera pensar con claridad. Eso significaba que, de momento, se limitaría a responder a las preguntas de Tate.

—Nadie se preocupa por nosotras. Soy madre soltera.

Notó que Tate sentía curiosidad, pero por suerte tuvo la delicadeza de no insistir en saber más.

—Pues estás haciendo un trabajo excelente. Tus niñas son muy dulces.

El halago fue una caricia al alma para Olivia, que estaba orgullosa de sus hijas y las quería mucho, ningún agotamiento ni ninguna confusión emocional podían cambiar eso.

—Gracias.

—No se me da muy bien tratar con niños, creo —respondió él—, pero soy experto en perros—. Como si las palabras le hubieran invocado, Langosta se acercó sin prisa y apoyó la cabeza en el tobillo de Tate, quien le recibió con palmaditas—. Nos las apañamos, ¿verdad, hombretón?

Poco a poco, los nervios se apoderaron de Olivia. Ese comentario no auguraba una respuesta favorable a lo que pensaba comentarle por la mañana. Sentía que estaba a punto de colapsar. En cuanto le empezaron a arder los ojos, llenos de lágrimas, se puso de pie y dijo:

—Lo siento, ha sido un día larguísimo, mejor me voy a la cama.

Tate frunció el ceño preocupado.

—Sí, claro. ¿Necesitas algo? He dejado un cepillo de dientes nuevo en el baño y también varias toallas.

Ella negó, esforzándose por mantener la compostura.

—Con eso basta, gracias. —Dio media vuelta y salió corriendo hacia la escalera.

CAPÍTULO CUATRO

Tate le dio mínimo diez golpecitos a la almohada antes de girarse boca arriba y mirar al techo. Habían pasado cinco años de su encuentro con Olivia, y verla ahora se sentía como un puñetazo en las entrañas, pues de vuelta se preguntaba qué había salido mal. Cerró los ojos e intentó conciliar el sueño, pero no dejaba de pensar en aquel día de ensueño que habían vivido en el crucero.

Día de esnórquel. Tate flotaba en el agua con la máscara y las aletas puestas, rodeado de peces. Nunca en la vida había tenido ganas de hacer esnórquel, pero Olivia, su nueva y sensual compañera, le había sugerido ir a las clases que les habían ofrecido el tercer día de crucero, y ¿qué se suponía que hiciera él, un estadounidense como cualquier otro de sangre caliente? Quería pasar con ella cada minuto que pudiera. Nunca había conectado tanto con alguien, y cada vez quería más de ella. Además, Olivia iba en bikini. No había que pensárselo dos veces.

Tras la clase de esnórquel, les dejaron a sus aires en una cala de agua transparente. Un cardumen de peces de colores brillantes se refugió en las aguas tranquilas de la cala, junto con tortugas marinas y los otros quince pasajeros que se habían apuntado a la clase. Tate debía admitirlo: estaba viviendo una experiencia única en la vida.

Olivia le tocó el hombro para llamarle la atención porque un par de tortugas marinas estaba pasando por debajo de ellos. Mientras las señalaba, sonreía alrededor de la boquilla. Como antes de la excursión Olivia le había pedido que se encargara de la cámara submarina, él supo que era momento de hacer unas fotos.

Apoyó la mano en la pierna de Olivia y señaló un saliente que delimitaba uno de los extremos de la cala. Nadaron hacia allí y, al llegar, Tate salió a la superficie y se acomodó la máscara y la boquilla sobre la cabeza. Olivia hizo lo mismo. Sin dudarlo, él la agarró y, pasando detrás de una roca enorme y escarpada, la llevó hasta una pequeña grieta donde nadie del grupo podía verlos.

—Ven aquí —le susurró al tiempo que se acercaba a su cuerpo. Sus pechos perfectos se acomodaron sobre su pecho.

Ella llevaba un bikini rojo, y si bien todo a su alrededor era de una belleza innegable, nada le ganaba. Olivia le sonrió.

—Estabas seguro de que te ibas a aburrir, ¿verdad?

Tate se permitió explorar su bonito rostro, rosado por el sol y brillante por las gotitas de agua.

—Admito que no tenía fe, pero me has demostrado que estaba equivocado.

—Me encanta demostrarte que te equivocas —le dijo ella en tono burlón.

Él la besó, algo que hacía cada vez que se le presentaba la ocasión desde aquella cena a bordo del crucero la primera noche. Solo habían pasado dos días, pero besarla se había vuelto esencial para él. Cuando la lengua de Olivia salió a flote para saborear sus labios, él inclinó la cabeza para intensificar el beso. Si no se hundían era porque, con una mano, Tate se sostenía de las rocas, y con la otra rozaba las curvas de la cintura y los pechos de Olivia. Sin dejar de acariciarla, acomodó una pierna entre las de Olivia y ella se rio, su boca pegada a la de él.

—No sabía que esto entraba en la clase de esnórquel —le reprendió y lo besó con suavidad, primero en la comisura del labio, después en el borde de la mandíbula.

—Es una clase privada solo para las mejores alumnas —murmuró él mientras exploraba su cuello con los labios y el lóbulo de su oreja con los dientes.

—Me alegra oírlo. Si trataras así a todo buen alumno, terminarías con la lengua afuera, y odiaría verte agotado.

Él sonrió posado en su cuello. No podía imaginarse haciendo eso con nadie más que ella. Ni siquiera podía imaginarse teniendo ganas de hacerlo con nadie más.

—No creo que al de los tatuajes y cabeza rapada con cresta le haga mucha gracia que le dé un par de besos.

Ella se rio, pero se detuvo rápidamente al escuchar la voz de un niño no muy lejos.

—¡No! No quiero meter la cabeza bajo el agua. ¡No, no, no!

Tate arqueó una ceja y Olivia abrió grande los ojos.

—¡Joshua! Deja de pelear. Nos vamos a ahogar.

Olivia le dijo algo a Tate, pero él ya se estaba alejando de las rocas, y la había tomado de la mano para volver al centro de la cala.

Mientras bordeaban las rocas detrás de las que se habían escondido, vieron a un niño de unos seis o siete años forcejeando con su madre en el agua. Él quería volver a la playa, pero su madre no le soltaba. Tate miró la escena y frunció el entrecejo. No era de involucrarse en asuntos ajenos, de hecho, solía ser bastante discreto, y esperaba que el resto hiciera lo mismo, pero si alguien corría peligro, no se lo pensaba dos veces. Por eso estaba tan comprometido con su trabajo en el equipo de búsqueda y rescate. Si bien era difícil romper el hielo con desconocidos, no podía hacer la vista gorda cuando notaba que alguien necesitaba ayuda.

Tate miró a Olivia, que parecía saber en qué estaba pensando.

—Ve —le dijo.

Él le soltó la mano y nadó hacia la madre y el niño. La cala era poco profunda, pero la mujer estaba agotada, y el pequeño no paraba de protestar, por ende, la situación se estaba volviendo peligrosa para ambos.

—Hola —dijo Tate mientras se les acercaba y miró a la madre—. ¿Necesitáis ayuda?

Ella le sonrió con rigidez, sin dejar de forcejear con su hijo, que no se quedaba quieto.

—Eh, es que no quiere hacer esnórquel, y además cree que se las puede apañar solo hasta la orilla.

Tate miró al niño. Había participado en tantos rescates que sabía que la mejor forma de tranquilizar a una criatura era hacer que pensara en otra cosa. Quizá también funcionara en este caso.

—¿Así que eres buen nadador, vaquero? —le preguntó Tate en tono casual.

El niño dejó de retorcerse y le miró desconfiado.

—Sí. Sé nadar de una punta de la piscina a la otra.

—Qué guay —le respondió Tate animado—. ¿Nadas con la cara por fuera del agua en la piscina?

El niño miró a Tate como si estuviera loco.

—Pues claro. Si no, me va a entrar agua por la nariz.

Tate asintió.

—Yo no tengo piscina en casa, ¿sabes? Entonces nado en un estanque.

—¿En serio? ¿Y hay peces?

La madre soltó la mano del niño y él se acercó a Tate. Para ser tan pequeño, nadaba bien.

—Hay unos siluros grandes, viejos y horrendos porque a mi padre le gusta pescarlos. —El niño arrugó la nariz. Tate continuó—: Pero el agua de mi estanque no es tan transparente como esta.

Mientras el niño pataleaba, Tate vio que Olivia se acercaba a la madre para charlar.

—Me llamo Tate. ¿Tú cómo te llamas?

—Josh. —El niño bajó la voz—. Pero cuando mamá está enfadada, me llama Joshua.

Tate asintió con simpatía y después sonrió como si se le hubiera ocurrido la mejor idea del mundo.

—Oye —le dijo en tono casual—, haciendo esnórquel hace un rato vi varias tortugas marinas y también peces, los más coloridos que te puedas imaginar.

Josh abrió grande los ojos.

—¿En serio? ¿Como los de la tele?

—Igualitos —le aseguró Tate—. No suelo sumergir la cabeza porque el agua del estanque es muy turbia y no quiero quedarme frente a frente con un siluro. —Josh soltó una risita—. Pero el agua de aquí es tan transparente que parece un acuario. —Josh entrecerró los ojos desconfiado, pero Tate no perdió la emoción—. ¿Quieres nadar conmigo?

Josh sopesó la idea un momento.

—¿Los peces son grandes o pequeños?

—Son pequeñitos. Las tortugas son más grandes y tienen aletas.

Al fin, Josh asintió. Después de obtener el permiso de la madre, Tate ayudó a Josh a ponerse bien la máscara y la boquilla. Cogidos de la mano, metieron la cabeza bajo el agua y flotaron. Tate notó lo entusiasmado que estaba Josh cuando pasaron unos peces coloridos debajo de ellos, y cuando una tortuga pequeña pasó nadando relajada, Josh le hizo señas y apuntó contento.

Salieron a la superficie y tanto Olivia como la madre de Josh les aplaudieron. Tate despeinó la cabellera mojada del pequeño y dijo:

—Ahora puedes ayudar a tu madre a hacer esnórquel, y cuando ella te diga que hay que volver a la playa, hazle caso, ¿vale? —Josh asintió sonriente—. Venga, choca esos cinco— le propuso Tate acercándole la mano.

—¡Choca! —exclamó Josh al tiempo que chocaba la mano de Tate, mucho más grande que la suya.



—¿Tienes sobrinas o sobrinos? —le preguntó Olivia.

Tate la tomó de la cintura, acomodó el brazo sobre su cadera y se deleitó ante el tacto de su mano sobre su piel bronceada. El barco había atracado por la noche, y estaban caminando por la playa que estaba al lado del centro costero.

—No. Soy hijo único —le respondió él.

—Te las has arreglado tan bien con ese niño que pensé que tenías práctica.

Él se rio y echó la cabeza hacia atrás. Después le sonrió.

—No. Hago trabajo voluntario para el equipo de búsqueda y rescate, así que quizás eso me ayuda a tratar con niños que arman berrinches porque están asustados o cabreados.

—Qué increíble —le dijo ella, mirándolo admirada—. Eres increíble.

Él la miró, dejó de caminar y se giró hacia ella a la vez que acunaba su rostro con sus grandes manos.

—Qué dulce. Gracias —le dijo y la besó. Ella lo siguió besando y él sintió que se le derretía el corazón. Cuando se separaron tras un momento, Tate apoyó el brazo en los hombros de Olivia y dio la vuelta para regresar por donde habían venido—. Como no volvamos ya, vamos a perder la reserva de la cena.

—Que hayas podido ayudar a Josh hoy te indica que, si alguna vez tienes críos, sabrás manejarlos.

Él carraspeó incómodo y esperó que ella creyera que se había puesto colorado por el sol que

había tomado.

—Eh, la verdad es que nunca he pensado mucho en eso. —Miró al cielo, que estaba pasando de naranja oscuro a lavanda con la puesta del sol—. Pero teniendo en cuenta lo grande que es el rancho de mi familia, no me vendría mal tener ayuda.

Ambos se rieron y después ella miró su reloj de pulsera.

—¡Uh! —chilló—. En cinco minutos perdemos la reserva.

—Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas —le dijo Tate antes de agacharse y salir con ella a cuestas cual bombero.

Ella gritaba de la risa al tiempo que él trotaba por la playa con la cabeza de Olivia balanceándose junto a su espalda. El tren de Tate había abandonado la estación. Esperaba que ella estuviera lista para iniciar el viaje.

CAPÍTULO CINCO

Y a era pasada la medianoche cuando Tate oyó ruidos en la cocina. Estaba acostado hacía horas queriendo dormir y fallando en cada intento. No dejaba de reproducir su historia con Olivia en la cabeza. Los momentos que habían vivido en el barco, la sensación de tenerla en sus brazos, la luz y felicidad que irradiaba ella en cada cosa que hacían. Dolido, Tate no paraba de dar vueltas en la cama. Recordaba que, después de todo lo que habían pasado juntos, Olivia se había ido a los pocos días sin darle explicaciones. No le había avisado de que se iba ni se había molestado en dejarle una nota.

Nunca habían llegado a decirse los apellidos ni habían hecho planes de futuro, pero Tate creía que tendrían tiempo de hacerlo antes de que terminara el viaje. Al parecer, estaba equivocado. Todo indicaba que Olivia se había ido del crucero antes de tiempo sin mirar atrás. Se había planteado localizarla, aunque fuera solo para preguntarle por qué había hecho eso, pero como no tenía ningún otro dato más que su nombre, no había sabido cómo. Al final, había decidido archivar esos recuerdos y seguir adelante sin admitirse a sí mismo cuánto dolor le había causado su abandono. Toda su vida le había costado encajar con el resto, pero estando con ella había sentido que se había encontrado a sí mismo. Se había equivocado. En los cinco años siguientes, no había sentido interés de intentar nada con nadie, y había aceptado que quizá debía estar solo.

Pero ahora no estaba solo. Hacía años que en su casa no había tanta gente, lo cual quedó demostrado con el sonido de la puerta del frigorífico, que se abrió y se cerró. Salió de la habitación y fue a la cocina.

—Hola —dijo desde la oscuridad, viendo a Olivia hurgando en la despensa.

—¡Ay! —Ella saltó y se giró hacia él con una mano en el pecho.

—Lo siento —le dijo con los brazos estirados hacia adelante, dándole a entender que no tenía de qué preocuparse.

Ella resopló entre risas.

—Ay, no. Lo siento yo. Creo que es por todo lo que ha pasado hoy. Estoy un poco nerviosa.

Él asintió y entró a la cocina cerciorándose de mantener las distancias. La presencia de Olivia le seguía generando un sentimiento que no quería reconocer.

—¿Las niñas están bien? ¿Necesitáis algo? —le preguntó.

Ella le dedicó una sonrisa rígida.

—Están durmiendo como troncos. —Pestañeó—. Yo también me he dormido bastante rápido, pero me despertaba por cualquier ruido nuevo. No logro relajarme. ¿Te molesta si me preparo un té?

Él negó encendió la tetera eléctrica que le había regalado su madrastra por su cumpleaños.

—Elige el que quieras —le respondió mientras abría el cajón que contenía una selección decente de los té que tanto le gustaba tomar.

Al cabo de unos minutos, Tate se sentó en uno de los taburetes de la isla

y miró a Olivia meter la bolsita de té en la taza con agua hirviendo. Afuera seguía nevando, y un fuerte viento sacudía los árboles.

—Tenemos que hablar —le dijo ella de repente, y rompió la ola de emociones que estaba sintiendo Tate.

—Claro —respondió tranquilo, aunque se le hizo un nudo en el estómago en señal de alarma.

¿Le iba a contar al fin por qué se había marchado del crucero antes de tiempo? Hacía cinco años que quería saber la respuesta, pero ahora, por alguna razón, le daba nervios escucharla. Olivia no le había sugerido que fueran a la sala de estar ni se había sentado junto a él en la isla, lo cual indicaba que quería mantener la distancia que les proporcionaba la gran encimera de azulejos.

—Las niñas van a cumplir cinco en marzo —le dijo ella mirándole fijamente.

—¿Van a empezar el jardín de infancia en otoño? —le preguntó él, sin saber a dónde iba la charla.

—Sí —dijo ella con tono monocorde—. Fueron concebidas en junio.

Junio... hacía cinco años... Mientras miraba el rostro pálido de Olivia iluminado por la luz tenue de la campana extractora, Tate sintió que el mundo giraba muy rápidamente y que después frenaba de golpe con un chillido. Intentó tomar aire, pues sentía que una mula le había pegado una patada en el pecho. Abrió la boca, la cerró y quiso inhalar.

—Respira —le dijo ella con voz suave.

Tate sintió que recuperaba el aliento. Tosió fuerte antes de que sus pulmones volvieran a funcionar y se incorporó. El corazón le iba a mil por hora.

—No... sé qué decir —soltó. Con eso se quedaba corto. Sacudió la cabeza. ¿Qué diablos estaba pasando? Su vida no era una telenovela. En la vida real, uno no pasaba unos pocos días con una mujer y años después ella aparecía de la nada con dos criaturas diciendo que oh, sorpresa, eran de uno—. ¿Y por qué me estoy enterando de esto ahora? —exigió saber.

Ella arqueó una ceja.

—¿Cómo iba a buscarte, Tate de Montana? Sigo sin saber tu apellido.

Él le clavó la mirada, incrédulo. Entonces se dio cuenta de que él tampoco sabía el suyo.

—Dios mío —dijo, cada vez más agitado; se tropezó y empezó a caminar por toda la cocina.

Ella asintió. Respiró hondo y, sosteniendo la taza de té entre sus manos, empezó a hablar con voz dulce pero cansada.

—Todo pasó muy rápido. Estaba pasando el mejor momento de mi vida contigo, planeábamos la próxima escapada, y al momento siguiente, fui a mi camarote a cambiarme y me recibieron unos botones. Me dijeron que había llegado una llamada a la oficina del capitán y que urgía que le viera. Él me dio la noticia de que había habido un accidente mortal. El conductor de un camión articulado se había desmayado al volante y se había estrellado contra el coche de mis padres. Ambos habían muerto en el acto.

Tate respiró hondo.

—Dios, Olivia, lo siento mucho —murmuró.

Ella sonrió a duras penas y volvió a concentrarse en el té, como si esa taza guardara los secretos de todo el universo.

—La verdad es que después de oír eso, todo se me hizo muy borroso. Antes de darme cuenta, estaba abajo del crucero. Debí haberte dicho algo, debí haberte contado lo que había pasado, pero estaba sobrepasada.

—Pues claro —respondió él con ganas de acercarse a ella, pero no sabía ni cómo hacerlo ni si su gesto iba a ser bien recibido—. Cualquiera hubiera estado igual que tú. Es lógico que la última persona en la que piensas en una situación así es en un tío que apenas conoces.

—No fue tan así —le corrigió ella—. No fue nada así, de hecho. Pensé mucho en ti. Teníamos algo especial —dijo sonrojada—. O al menos eso me parecía a mí.

—A mí también —admitió él.

Ella sonrió sin dejar de mirar la taza.

—Unas semanas más tarde, entendí lo especial que había sido lo nuestro. Al principio, con todo lo que estaba pasando, no supe entender los síntomas, pero en cuanto lo hice... —Al terminar de hablar, levantó la cabeza—. Intenté encontrarte. De verdad, te busqué. Pero la empresa de cruceros se negó a darme información de ningún pasajero, y encontrar a un ranchero en Montana era igual de difícil que encontrar a un niño en Disneylandia. Eran tantas personas con tu mismo nombre que se me hizo imposible reducir la lista.

Mientras ella hablaba, Tate iba hilando las ideas en su cabeza para entender lo que significaban sus palabras. Durante años había rememorado con amargura sus vacaciones en el crucero, y cada vez que pensaba en ellas, era peor. Lo había abandonado sin decirle nada. Era evidente que él no le había importado ni una décima parte de lo que ella le había importado a él. La dulzura de los recuerdos se había vuelto agria, pues pensaba que esa conexión que había sentido con ella no había sido más que una mera ilusión suya. Pero ahora su perspectiva había cambiado rotundamente. Olivia había dejado de ser la mujer que lo había usado y abandonado para convertirse en una persona incluso más increíble de lo que ya era. Se había cargado a cuestas la vida de ella y de dos personas más totalmente sola; sin familia, sin marido, sin ayuda.

—¿Puedo decirte algo? —le preguntó ella.

Él asintió, el pánico le había helado la sangre. Pero ¿qué tenía que decirle que no le había dicho ya? Al fin Olivia bordeó la isla y se quedó en el espacio entre la cocina y la mesa del comedor, donde Tate había estado caminando de un lado a otro.

—Creo que esto es obra del destino —dijo. Tate arqueó una ceja—. Que me hayan ofrecido un puesto aquí, que Jackie se haya caído por el barranco, que tú hayas llegado a ayudarnos. O sea, ¿quién más podría ser sino el universo asegurándose de que te enteraras de lo de las niñas?

¿Cómo podía ser obra del destino? Él no sabía qué significaba ser padre. La mera idea apenas se le había cruzado por la cabeza en el pasado. Nunca le había ido bien en el amor, por eso se había resignado a pensar que debía estar solo. Y lo había aceptado sin chistar. Estaba cómodo reconociéndose en esa posición. Pero esta posición... no era cómoda. Era más bien aterradora.

—No preguntan mucho por su padre aún...

Tate se notó seca la garganta cuando escuchó la palabra «padre».

—Las veces que me preguntaron, les dije que su padre era dueño de un rancho y que era un vaquero de verdad, pero que no sabía de ellas y que yo no tenía forma de localizarlo. Todavía no saben cómo se hacen los bebés, así que no nos juzgan por ese lado —dijo y soltó una risa suave—. Pero creo que se van a poner contentas cuando se enteren de que no les mentí. Tú encajas perfectamente con la imagen que les creé de ti, así que van a sentir que te conocen de toda la vida.

¿Podía ser cierto? ¿O las iba a terminar decepcionando? ¿Y si se frustraban y enfadaban por las mismas cosas que habían frustrado sus intentos de formar relaciones en el pasado? Nunca sabía qué decir. Nunca lograba identificar las señales que le daban. Nunca lograba demostrar su afecto de manera simple y natural, por más que lo deseara. Las mujeres adultas no habían podido soportar que fuera tan despistado. ¿Cuánto más difícil les sería a esas dos niñas que necesitaban y merecían amor y apoyo incondicionales? ¿Cómo iba a ser su padre sabiendo perfectamente que las iba a decepcionar?

Era demasiado. Carraspeó y dijo:

—Lo siento. —Dio un paso hacia atrás. Tocó la escalera con los talones y subió el primer escalón de espaldas—. No puedo... —Se pasó la mano por el pelo con fuerza, aunque intentando contener las ganas de tirarse de un mechón para confirmar que no estaba soñando. Sabía que ella merecía algo mejor, pero no pudo evitar reaccionar así. Estaba entrando en pánico y, cuando explotara, se iba a poder feo—. Necesito... —Tragó con fuerza e hizo señas hacia arriba, donde estaba su habitación.

Langosta salió de su cama en la esquina de la sala de estar y se apoyó en la cadera de Tate, lo cual dejó en evidencia el sexto sentido de los perros, que saben cuándo sus humanos están a punto de perder la cabeza.

Ella seguía mirándole con tristeza cuando él subió volando por las escaleras, cerró la puerta con todas sus fuerzas y echó el pestillo, como si le estuvieran persiguiendo los demonios del infierno.

CAPÍTULO SEIS

El detector de humo de la cocina sonaba fuerte y sin parar, como debe ser.

Tate gruñó, se dio la vuelta en la cama y trató de volver a dormir. Langosta comenzó a aullar desde su enorme almohadón, que estaba en el suelo, a los pies de la cama. Entonces, Tate se dio cuenta de qué era el sonido y, sin más, se levantó de un salto, vestido solo con el pantalón de su pijama. Abrió la puerta de par en par y lo recibió una humareda que subía lentamente por las escaleras. Cuando bajó a toda prisa, se encontró con dos niñas de cuatro años charlando y dando vueltas, mientras Olivia agitaba un paño de cocina en el aire y miraba el escandaloso detector de humo.

—¡El rescatador! —exclamó Jackie, y lo señaló.

Olivia lo miró, y Tate notó que se la veía apenada.

—Siento haberte despertado —le dijo—. Por lo general, me las apaño en la cocina, pero tu tostadora me odia.

Tate cogió un taburete, lo llevó a la cocina y se subió encima para llegar al detector de humo y reiniciarlo. El pitido agudo se detuvo y todos soltaron un suspiro de alivio. Langosta dejó de aullar en la habitación y bajó las escaleras sin prisa. Al verlo, las niñas corrieron a abrazarlo y se tiraron al suelo mientras él se ponía panza arriba, ansioso por recibir caricias.

—Esa tostadora odia a todo el mundo —murmuró Tate. Desenchufó a la culpable del escándalo y la levantó—. La tendría que haber tirado hace años —añadió, y después fue hacia un armario y la guardó.

Cuando volvió a entrar a la cocina, Olivia se quedó mirándolo. Por un breve momento, Tate notó su mirada sobre su pecho desnudo y sintió una oleada de calor. Pero, cuando Olivia volvió a mirarlo, ya había vuelto a su expresión neutral. Antes de que Tate pudiera procesar cómo se sentía, se oyó un estruendo terrible. Los dos adultos dieron un salto a la vez y se giraron para ver de dónde provenía el sonido. Jackie estaba parada, toda colorada y con los ojos muy abiertos, observando lo que quedaba del trofeo de cristal que le había otorgado a Tate la Asociación de Rancheros de Montana.

Melissa negó con la cabeza.

—Le dije que no lo tocara —dijo, muy seria.

Jackie rompió en llanto y Olivia se acercó, la levantó y la meció en sus brazos mientras le susurraba al oído. Tate apretó los dientes y se quedó mirando los restos de su premio, que brillaban a la luz de la lámpara. En ese momento, sentía como si su vida también estuviera en pedazos, solo que sin el brillo. Tras obligarse a relajar la mandíbula, se dirigió al lavadero para buscar la escoba y la pala.

—¡No! —exclamó Olivia con brusquedad. Cuando Tate se dio vuelta, vio a Melissa con el ceño fruncido y a Olivia, que estaba esquivando trozos de cristal para levantarla a ella también—. Estás descalza, mi amor. Te vas a hacer daño.

Mierda. Tate se quedó mirando a Olivia, que tenía a las dos niñas encaramadas encima, una a cada lado de la cadera. Eran demasiado grandes para que las tuviera así, pero a él no se le había ocurrido ofrecerle ayuda. Ni siquiera había pensado que estaban descalzas en medio de un lío de cristales rotos. Resopló por lo bajo. Tremendo padre iba a ser.

—Las voy a vestir y después limpiamos todo —dijo Olivia mientras subía la escalera.

—No te preocupes. Yo me encargo.

—Nosotras ensuciamos y nosotras lo limpiamos. Lo haremos todas juntas, ¿verdad, niñas?

Las dos cabecitas morenas asintieron al unísono y miraron a Tate con esos grandes ojos marrones.

—No pasa nada —le aseguró Tate. Solo quería barrer los trozos de cristal y dar por terminado el asunto—. Será más sencillo y rápido si lo hago yo. Suele ser así la mayor parte del tiempo. Demasiados cocineros estropean el caldo.

—Eso no es lo que dice mami —lo reprendió Jackie.

—Sí —añadió Melissa, muy solemne—. Siempre es mejor hacer las cosas juntas. Y mami, Jackie y yo somos un equipo.

—¡Las tres mosqueteras! —exclamó Jackie.

Olivia negó con la cabeza y subió las escaleras con las niñas a cuestas. Tate se quedó solo con ese desastre a su alrededor, y la sensación agobiante de que había hecho un desastre incluso peor con las tres personas que estaban quedándose bajo su techo.



Veinte minutos después, Olivia volvió a bajar la escalera con la idea de prepararles algo de desayunar a las niñas. No obstante, cuando llegó a la cocina, vio que Tate ya se había encargado del desayuno, y también de la limpieza. El olor a tocino inundaba la cabaña, y había tortitas haciéndose en la cocina. Los cristales rotos ya no estaban en el suelo.

Sintió un nudo de culpa en el estómago. Parecía que, desde su llegada, lo único que habían hecho era invadir el espacio de Tate y causar problemas. El detector de humo, el premio destrozado... y el modo en que lo había conmocionado al contarle que las mellizas eran hijas suyas. Recordaba lo impactada que se había sentido al ver las dos rayitas en la prueba de embarazo, pero al menos ella había podido darse el lujo de procesar la noticia (de sentirse abrumada, ansiosa y después

entusiasmada) antes de la llegada de dos bebés que necesitaban atención y cuidados.

Olivia suspiró y se arrodilló para acariciar a Langosta, que merodeaba por la cocina con una mirada que decía: «¿Por qué no me prestáis atención?».

—¿Puedo poner la mezcla en la sartén? —preguntó la voz de Melissa desde la cocina.

Olivia se dio la vuelta, esperando ver un caos otra vez. En cambio, lo que vio fue a las dos niñas sentadas en taburetes altos, una a cada lado de Tate. Él estaba frente a la cocina y, con una espátula, daba vuelta las tortitas.

—Sí, el siguiente puedes hacerlo tú. Y, si queréis, os enseño a preparar tortitas de Mickey Mouse.

—¡Sí! —exclamó Jackie, saltando en el banquillo.

—Pero solo si recuerdas que no hay que saltar —dijo él, y le dio un codazo a Jackie, que al instante se quedó quieta—. ¿Por qué no hay que saltar? —preguntó con tono casual mientras le daba el cucharón a Melissa que, con mucho cuidado, cogió una cucharada de mezcla y la puso en el fuego, en el lugar donde él le indicó—. Pon un círculo aquí —le dijo Tate antes de volver a prestar atención a Jackie.

—Porque la cocina está caliente y es peligroso —respondió la niña.

Tate le sonrió.

—Exactamente. Ahora pon otro círculo más al otro lado—le indicó a Melissa y, al obedecer, la niña comenzó a sonreír—. ¿Lo veis? —les preguntó a ambas.

—¡Ahí están las orejas! ¡Y esa es la cara! —exclamó Jackie.

—Y, cuando esté listo, podemos usar pepitas de chocolate y nata montada para dibujar los ojos y la boca.

Sin poder evitarlo, Olivia sonrió de oreja a oreja y entró a la cocina.

—Qué desayuno tan guay que estáis preparando —dijo.

Los tres cocineros la miraron a la vez y, al verlos así, con la cabeza ladeada, Olivia notó el indiscutible parecido. Los rasgos de las niñas se asemejaban más a los suyos, sí, pero ¿los gestos? Eran iguales a los de Tate. Por un momento, se quedó sin aliento.

—Mami —la llamó Jackie—, estamos preparando tortitas de Mickey Mouse. Si te portas bien, puedes comer una.

Tate se echó a reír, pero Melissa negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Sí, mami —agregó Tate—. Si te portas bien, te dejaremos comer una.

—Mamá no tiene que portarse bien —refunfuñó Melissa—. No seáis tontos.

—Somos tontos —respondió Tate—. Todo el mundo está muy tonto hoy.

Olivia asintió en silencio. Cuántas tonterías. ¿Quién sabía cómo terminaría todo? Pero estar allí,

todos juntos, preparando el desayuno y bromeando como una familia de verdad, se sentía bien. Ojalá fuera a durar.

CAPÍTULO SIETE

Tate se sentó frente al escritorio de su habitación. Había dejado que Olivia y las niñas limpiaran la cocina porque Olivia había insistido. Solo, con la puerta cerrada, abrió su portátil y respiró hondo antes de escribir el ID de Skype de sus padres.

—Ahí vamos —murmuró para sí mismo y, sin más, presionó el botón para iniciar la llamada.

—Hola, hijo —lo saludó su padre. Al otro lado de la pantalla, Thomas tenía puesta su sudadera favorita, la de los Broncos de Denver, y sostenía una taza de café, que levantó a modo de brindis.

—Hola, papá. ¿Es tu primer café del día? —preguntó Tate. Se suponía que su padre tenía que cuidarse con la cafeína, pero Tate sabía que a veces hacía trampa.

—El segundo —respondió Thomas—. Y el último, te lo prometo.

Tate esbozó una sonrisa irónica.

—Claro.

Thomas gruñó y bebió un sorbo de café sin decir nada.

—Siempre fuiste buen padre —le dijo Tate. De pronto, se sentía abrumado por las emociones—. Debí decírtelo más a menudo.

Thomas gruñó otra vez, pero, cuando bajó la taza de café, Tate vio la pregunta en su mirada.

—Tengo que decirte algo.

—Bueno. Sea lo que sea, encontraremos una solución, hijo. Ya lo sabes.

Tate asintió.

—Quizá prefieras que Lucy esté presente.

Thomas llamó a su media naranja y, a los pocos segundos, su cara alegre y su mata de pelo canoso y rizado apareció en la pantalla.

—Tate nos quiere decir algo —anunció Thomas.

Lucy miró a su hijastro y volvió a mirar a su marido.

—Claro —respondió, y su sonrisa se transformó en una mueca de preocupación.

—¿Recordáis ese crucero que me regalasteis hace unos años? —preguntó. Cuando asintieron, añadió—: Lo que nunca os conté fue que conocí a alguien allí.

—¿A una chica? —preguntó Lucy—. ¿Terminó mal? ¿Por eso parecías tan triste cuando volviste? ¿Y por eso no volviste a salir con nadie más? Mi amor, sé que es difícil cuando las relaciones no salen como uno espera, pero eso no significa que tengas que renunciar al amor o...

Thomas le apoyó una mano en el hombro.

—Mi vida, deja que termine de hablar.

Lucy se sonrojó.

—Sí, tienes razón —respondió. Miró a Tate y dijo—: Lo siento, cariño. Te escucho.

Acto seguido, relajó los hombros, claramente esforzándose por quedarse callada y dejarlo hablar. Tate sintió un arrebato de cariño por su madrastra. A veces era un poco intensa, pero el compromiso que tenía con sus seres queridos era extraordinario. Y estaba a punto de añadir un par de nombres más a esa lista.

—Conocí a una chica, sí. Olivia. Y... Y pensé que las cosas habían terminado mal porque se fue de golpe antes de que terminara el crucero. Ni siquiera me dijo adónde iba. Pero volví a verla ayer. Ella era la mujer que tuve que ir a rescatar cuando me llamaron.

Lucy se llevó la mano a la boca, y Tate se dijo que un poco debía ser por la sorpresa y otro poco para evitar acribillarlo a preguntas. Thomas soltó una risita y le rodeó la cintura con el brazo.

—¿Y pudisteis arreglar las cosas? —preguntó Thomas—. ¿Eso es lo que querías decirnos?

Tate luchó contra el impulso de salir corriendo mientras pensaba en el modo correcto de decírselo.

—No exactamente. Resulta que Olivia tenía que contarme algo muy importante. Veréis, cuando se fue del crucero, había tenido una emergencia familiar y, de los nervios, ni siquiera se le ocurrió despedirse de mí... o pedirme mi número de teléfono. Por eso, no tuvo manera de comunicarse conmigo semanas después, cuando se enteró...

Tate miró a su padre y a su madrastra abrir los ojos como platos y supo que ya habían empezado a unir las piezas del rompecabezas.

—Cuando se enteró de que estaba embarazada —concluyó.

Thomas carraspeó; parecía que tenía los ojos llorosos.

—Hijo, ¿estás diciendo que tengo un nieto?

Tate soltó una risita débil.

—Estoy diciendo que tienes dos. Jackie y Melissa. Son mellizas.

—Mellizas —repitió Thomas, con el mismo tono con que uno diría «el diamante más grande del mundo». Parecía encantado, asombrado, fascinado.

—¿Cuándo podemos conocerlas? —exigió saber Lucy—. Ay, Thomas, tenemos que ir a la

juguetería a comprarles algo —dijo, y volvió a dirigirse a Tate—: ¿Les gustarán los ponis? A todas las niñas les gustan los ponis, ¿verdad? Y Olivia, ¿cómo es? ¿A qué se dedica? ¿Dónde vive? ¿Está aquí de visita? ¿Hasta cuándo se va a quedar? ¿Podemos conocerlas hoy? ¡Ay, me encantaría conocerlas hoy!

Tate miró a su padre y, en silencio, le suplicó que fuera a su rescate. Thomas comprendió el mensaje y abrazó a su mujer.

—No podemos hacer nada hasta que no pase la tormenta. Debemos quedarnos seguros y resguardados. Ya nos preocuparemos por eso en un par de días.

—Pero... —protestó Lucy, derrotada, antes de soltar un suspiro de resignación—. No, tienes razón —admitió, y se las apañó para esbozar una sonrisita—. Voy a aprovechar el tiempo para hacer una lista. Después de todo, ahora tengo nietas que malcriar. Necesito hacer planes.

—Y tienes al menos dos días para hacerlos, mi amor. Mientras tanto, creo que Tate, Olivia y las niñas tienen que tomarse un respiro.

Tate asintió, aliviado de que al menos su padre lo entendiera.

—Todavía no se lo hemos dicho a las niñas. Digo, Olivia no les ha dicho... o... —Se alborotó el pelo, nervioso—. No sé cómo funcionan estas cosas.

Thomas rio por lo bajo.

—Te acostumbrarás a esa sensación —le aseguró—. A partir de ahora, nunca sabrás cómo funciona nada, así que tómatelo con calma y confía en su madre. Ella lleva más tiempo que tú haciendo esto.

Eso era cierto, claro. Y era obvio que Olivia, siendo madre soltera, había criado muy bien a sus hijas. Las niñas eran hermosas, inteligentes, intrépidas y seguras de sí mismas.

—Es una gran madre —respondió Tate—. Y las niñas son increíbles. Me, eh... Estoy deseando que las conozcáis.

—Tómate tu tiempo para conocer a tus hijas —le dijo Thomas—. Nosotros estaremos aquí, ocupados con nuestras cosas. Cuando estés listo para que vayamos a conocerlas, nos avisas.

Tate carraspeó.

—Gracias, papá.

—Otra cosa, hijo. Eres un hombre maravilloso. Y serás un padre maravilloso.

Tate acabó la llamada y se reclinó en la silla a mirar los copos de nieve caer por la ventana. El viento ya se había apaciguado y todo era paz mientras los grandes copos caían con suavidad al suelo.

«Padre», pensó, y le latió rápido el corazón. Se preguntó si en algún momento del futuro iba a sentir que la palabra lo describía. De momento, sin importar lo que dijera el ADN, no era un padre de verdad. Un padre sabría qué talla de calzado usan sus hijas, cuándo tienen recitales de baile en el colegio, cuánto dinero de paga tienen. Un padre podría resolver cualquier problema que se le presentara y responder cualquier pregunta que tuviera un niño.

No, Tate no se parecía a ninguno de los padres que conocía. Ni siquiera estaba seguro de poder ser el padre que las niñas merecían, pero se dijo que, al menos, debía intentarlo. Muchas personas confiaban en él para hacerse cargo de una tarea para la cual no se sentía a la altura. No obstante, iba a hacer todo lo posible, por el bien de Olivia, de las mellizas y también de sus padres. Solo le hubiera gustado poder creer que iba a lograrlo.



¿En qué momento se le había ocurrido que «intrépida» era una buena cualidad para una niña? Tate se arrepentía de haberlo pensado. El tobillo de Jackie parecía estar curándose a una velocidad impresionante; tanto era así que, en ese preciso momento, la niña se estaba preparando para hacer rapel desde la barandilla de la escalera.

—¡Jacqueline Marie! —la regañó Olivia.

—Pero, mami —entonó Jackie, ya con una pierna colgada sobre la barandilla—. Estamos jugando a que estamos perdidas en el barranco. Vamos a trepar y bajar como hizo Tate cuando nos rescató.

Melissa arrastró la caja llena de adornos navideños por el suelo de la sala de estar y la colocó bajo la cuerda que colgaba de la barandilla, como si fuera a amortiguar la caída de su hermana con una caja llena de objetos frágiles. Tate se preguntó de dónde diablos habrían sacado la cuerda, pero decidió que eso no era importante. Lo importante era encontrarles algo productivo (y no destructivo) que hacer antes de que tiraran abajo la casa.

—¿Sabéis qué hay en esa caja? —preguntó con tono despreocupado, y se acercó a Melissa. Había notado que la niña era más tranquila y reflexiva que Jackie. Mientras que Jackie le recordaba a Olivia, sospechaba que Melissa había heredado algo de la calma de los McConnell.

—¿Qué? —preguntó Melissa, levantando la mirada y observándolo con esos ojos serios.

—Adornos navideños. Me los mandó mi madrastra.

Por el rabillo del ojo, Tate notó que Jackie se había quedado quieta y reprimió una sonrisa ante el obvio interés de la niña. Sin más, se agachó y abrió la caja.

—¡Ay! —exclamó Jackie, todavía encaramada en la escalera—. ¡Cuánto *epumillón*!

—Espumillón —la corrigió Olivia.

Melissa no dijo nada, pero se arrodilló en el suelo y comenzó a mirar los adornos uno por uno. En la caja había un pesebre, espumillón, bolas de cristal de todos los colores y tamaños para colgar del árbol, varias guirnalda e incluso un calcetín para Langosta.

—Mami —dijo Melissa, con los ojos brillantes—. Mira qué cosas de Navidad tan bonitas.

—Son muy bonitas, mi amor. —La sonrisa de Olivia tenía tal atisbo de ironía que a Tate le dio ganas de soltar una carcajada—. Por eso mismo no podemos saltar encima de la caja.

Melissa miró hacia arriba, donde estaba su hermana, y negó con la cabeza. Jackie sacó la pierna de la barandilla y bajó la escalera del modo tradicional.

—¿Sabéis? —dijo Tate, a la vez que se levantaba y llevaba la caja a un rincón vacío de la sala de estar—. Hasta ahora no he decorado mucho que digamos, ¿no?

Las mellizas negaron a la vez.

—Nosotras tampoco decoramos en Navidad —se quejó Jackie.

—Os dije que lo vamos a hacer en cuanto nos mudemos a la nueva casa —dijo Olivia con tono conciliador.

—Quizá me podáis ayudar a decorar mientras esperáis a poder hacer la mudanza.

Jackie chilló y se puso a saltar. Melissa se levantó de un salto, fue corriendo hacia su madre y le tomó la mano con expresión suplicante. Olivia sonrió y Tate sintió que el corazón le daba un vuelco, como una tortita cuando hay que darle la vuelta en la sartén.

—Podéis, siempre y cuando tengáis cuidado con las cosas de Tate y él os dé permiso.

Él la miró a los ojos.

—Claro que tienen permiso. Quizá cuando terminemos le podemos mandar unas fotos a Lucy, mi madrastra —dijo Tate, y pensó que, si incluía a las niñas en la foto, quizá lograra contener a Lucy uno o dos días más.

—¡Sí! —canturreó Jackie—. ¡Vamos a decorar! ¡Vamos a decorar!

—Bueno —dijo Tate, caminando hacia la puerta trasera—. Lo primero que vamos a hacer es buscar un árbol.



—¿O sea que puedes *balar* un árbol cuando quieras? —preguntó Jackie.

Tate la llevaba a caballito; Melissa iba agarrada a la presilla de su pantalón para no perder el equilibrio mientras caminaban en la densa nieve. Langosta corría junto a ellos, olfateando los copos helados y, cada tanto, se desviaba del camino. El tiempo había mejorado lo suficiente como para que pudieran salir, pero Olivia no podía evitar mirar el cielo con desconfianza, esperando para ver si aparecían nuevas nubes de tormenta.

—Talar. Y sí, así es. Yo no lo hago muy a menudo, pero estos árboles están en mi terreno, así que los puedo talar si quiero.

Olivia iba atrás del todo en la pequeña comitiva, y no dejaba de sorprenderse de lo bien que se le daba a Tate relacionarse con las niñas.

—¿Qué os parece este? —preguntó Tate, señalando un árbol.

A Melissa le pareció demasiado bajo. A Jackie le pareció que el siguiente árbol era demasiado escuálido. Cinco árboles después, Olivia tomó una decisión ejecutiva, y Tate cogió su hacha y comenzó a talar.

Al poco tiempo, las niñas se aburrieron y empezaron a hacer angelitos en la nieve; después,

comenzaron a tirarse bolas de nieve. Mientras tanto, Olivia intentaba no mirar tanto los brazos musculosos de Tate, que blandía el hacha y talaba el árbol con destreza. A pesar del frío que hacía, se había quitado el abrigo y solo tenía puesta una camiseta, lo cual a Olivia le pareció una gran idea. Recordaba la sensación de esos bíceps bajo sus dedos mientras yacían en la cama en el barco que se mecía gentilmente. Recordaba el aroma de Tate, a cítricos y brisa marina. Y también recordaba su manera de besar, como si tuviera todo el tiempo del mundo y quisiera invertirlo en ella.

Olivia suspiró cuando Tate blandió el hacha por última vez y, con un golpe firme, derribó el árbol, que cayó sobre la nieve densa y mullida. Aunque no quería que él muriera congelado, se apenó al ver que volvía a ponerse la camisa de franela y el abrigo.

En el camino de vuelta, las niñas charlaron sin cesar acerca de lo que harían con el árbol. Acordaron dividirlo en dos: así, cada una podría decorar su mitad como quisiera. El temperamento naturalmente taciturno de Tate se complementaba con el de las mellizas a la perfección. Ellas hablaban, él escuchaba y, cada tanto, hacía un comentario. Al poco tiempo, ya estaban otra vez en la cálida cabaña. Mientras las niñas se disponían a decorar el árbol, Olivia buscó los ingredientes para hacer chocolate caliente.

—Olivia —le dijo Tate, que acababa de entrar a la cocina, y apoyó su perfecto trasero contra la encimera frente a ella—, con todo lo de, eh, las noticias de anoche, no tuve oportunidad de decirte cuánto lamento lo de tus padres.

Ella bajó el fuego y lo miró.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

—No me imagino por lo que habrás pasado —continuó él. Su expresión era tan dulce y amable que, al instante, Olivia se retrotrajo al momento en que habían estado juntos mirando el atardecer—. Ojalá hubiera podido acompañarte. Para ayudarte.

—Lo sé. En retrospectiva, tendría que haber ido a buscarte. Y no lo digo por... —Olivia hizo un gesto hacia la sala de estar, donde Langosta estaba mirando a las niñas decorar el árbol—. Después, cuando se me pasó la conmoción, me di cuenta de que, aunque ni siquiera sabía tu apellido, me habrías ayudado. —Tras mirar hacia abajo y tragar saliva, añadió—: Teníamos una conexión muy fuerte, ¿no?

Él siguió su mirada y se quedó mirándose las manos, como si hubiera olvidado que había tomado las de Olivia. Cuando habló, la voz le salió ronca.

—Sí. Cuando te fuiste, no logré entender cómo habías sido capaz de marcharte así, sin decir ni una palabra. Sentía que te conocía bien y que no habrías hecho algo así.

Al ver su sonrisa dulce, a Olivia se le aceleró el corazón. Tate era como un oso enorme: fuerte, cálido y un poco gruñón. No le costaba nada comprender por qué se había sentido tan atraída por él en el barco. Era irresistible.

—¡Tate! —gritó Jackie—. ¡Necesitamos ayuda!

Olivia sonrió, y Tate le soltó la mano.

—Ahora os llevo el chocolate caliente —dijo ella antes de que él se diera la vuelta, obediente, y

fuera hacia la sala de estar.

Unos minutos después, con la decoración ya terminada, Tate colocó la estrella dorada en la punta del árbol, y ambas niñas dieron saltos de alegría.

—Tate es muy alto —dijo Jackie.

Olivia trató de no sonreír. Sí, Tate era muy alto. Y, sin duda alguna, los hombres altos tenían un no sé qué.

—Ahora hay que poner espumillón en el techo —ordenó Melissa.

—¿En el techo? —preguntó Tate, mirándola con expresión escéptica.

—Sí, como cuando cuelga —insistió Melissa.

Tate cogió algunas cintas de espumillón y miró el techo, claramente dubitativo.

—Creo que quiere ponerlo como cortinas —dijo Olivia, y se acercó para mostrarle—. Pero del techo no. ¿Qué os parece si las ponemos en la repisa de la chimenea y en las ventanas y puertas?

Tras ponerse de acuerdo, Tate se puso manos a la obra para colgar cintas de espumillón por todos lados. Era muy paciente y amable con las niñas, pero también podía disciplinarlas cuando era necesario. O distraerlas (el truco favorito de todo padre, y uno para el cual él parecía tener un talento innato).

Las niñas encontraron el lugar perfecto para colgar el calcetín de Langosta, y el perro pareció comprender que era suyo, pues lo olfateó y se acostó justo debajo de él.

Por fin, llegaron al final de la caja. Cuando Olivia fue a la cocina a buscar más chocolate caliente, vio que las niñas susurraban y reían, y, al regresar, notó que Tate acababa de colocar la última cinta del muérdago artificial que había colgado de la escalera.

—¿Listo? —preguntó Olivia, dándoles las tazas a las niñas y Tate.

—Ya no queda nada —respondió Melissa con tristeza, y observó la caja vacía.

—Bueno —dijo Tate, recorriendo la habitación con la mirada—, yo diría que está bastante navideño.

Langosta se levantó y ladró, como dándole la razón a su dueño, y las mellizas saltaron y aplaudieron. Después, empezaron a susurrar otra vez. Tate miró a Olivia.

—¿Debería preocuparme? —le preguntó.

—Definitivamente —respondió ella.

Fue Jackie la que dio el primer paso, con Melissa de pie detrás de ella, supervisando.

—¿Mami? —dijo Jackie con tal inocencia que Olivia supo que lo que le iba a pedir era completamente inapropiado.

—¿Sí? —preguntó, y miró de reojo a Tate, que no parecía tener ni idea de qué estaba pasando.

Jackie soltó una risita y señaló el muérdago.

—Tú y Tate deberíais besaros como en las películas.

—¿Qué?

Tate se giró a ver qué señalaba Jackie, y Olivia se sonrojó.

—Mi amor, no puedes decirle a la gente...

—Pero son las reglas —dijo Melissa, por fin saliendo de detrás de su hermana—. Es lo que hacen en la tele.

Olivia miró a Tate sin saber qué hacer, y él se rascó la cabeza, incómodo.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!

Las niñas empezaron a cantar al unísono, saltando de entusiasmo, y Langosta se les unió y contribuyó con un par de ladridos. Olivia suspiró. Tate carraspeó y levantó la voz para hacerse oír por encima del tumulto.

—Creo que vamos a tener que hacerlo.

—Si tú estás dispuesto, yo también —respondió Olivia, y dio un paso hacia él.

Tate le agarró los codos con sus grandes manos y la miró, y a ella le empezó a latir rápido el corazón. Los ojos de Tate eran preciosos, como dos trozos de ámbar. Tenía pestañas oscuras y tupidas; su nariz era recta y con carácter. Sin poder evitarlo, Olivia suspiró.

—No va a ser tan malo —le aseguró Tate con una sonrisa irónica—. Después de todo, así terminamos con ellas.

Después, se agachó y la besó. Fue un momento ínfimo, unos segundos como mucho, pero, en ese breve contacto, Olivia sintió todo. La felicidad que la había embargado al conocerlo, el dolor que había sentido al perderlo, los días y las noches de anhelo desde entonces. Los labios de Tate eran suaves y cálidos, y olía a pino, nieve y chocolate. Olivia sintió que la agarraba más fuerte antes de alejarse, y después simplemente se quedaron mirándose, con millones de palabras sin pronunciar pendiendo en el espacio que los separaba. «Lo siento». «Te eché de menos». «Me alegro de que hayamos vuelto a encontrarnos».

Y después Tate ya no estaba, se había alejado y estaba diciéndole a Langosta que era hora de dar un paseo. Olivia parpadeó, y el momento desapareció, pero supo que nunca desaparecería de su corazón. Jamás.

CAPÍTULO OCHO

*C*inco años atrás

Olivia se despertó con los labios de Tate besándola en lugares agradables. Se retorció y soltó una risita cuando él se abrió paso hasta sus labios.

—Buenos días —murmuró ella.

—Buenos días para ti también —respondió él, y la observó un momento—. Te quemaste un poco la nariz ayer.

Ella se la frotó.

—No tendríamos que habernos quedado tanto tiempo en la piscina, pero hacía tan buen día que no me pude resistir.

Tate se puso encima de ella y se acomodó entre sus muslos.

—Además, está la barra libre al lado de la piscina —añadió.

Olivia sonrió, disfrutando de sentir su calor y su peso. Tate no estaba apoyado del todo sobre ella, sino que sostenía su peso con los brazos, marcados y musculosos, mientras la acorralaba en la cama.

—¿Sabes? —dijo ella, y él volvió a poner en acción sus labios mágicos, esa vez sobre su cuello—. Ya no recuerdo cómo es mi camarote. Hace un montón que no duermo ahí.

—Quizá deberías mudarte aquí —respondió él, y la besó apenas en los labios.

—Es una lástima que no supiera que iba a conocerte; así, me habría ahorrado dinero y habría estado aquí contigo desde el principio.

Olivia pasó las manos por la espalda desnuda de Tate, firme, musculosa y suave. Después, se curvó contra su cuerpo, disfrutando de lo enorme que era al lado de ella; tan sólido, tan masculino.

—Bueno —susurró él—, tal vez podríamos planear unas vacaciones juntos cuando terminen estas. Así podemos ser compis de habitación sin problemas.

Ella lo miró un momento, tratando de descifrar si hablaba en serio o no.

—¿De verdad? —preguntó, seguramente con voz demasiado esperanzada.

Tate sonrió.

—Es una medida para abaratar costos. Podemos viajar el doble, porque costará la mitad.

Él le guiñó el ojo y Olivia supo que estaba en problemas, así que lo besó como si tuviera los segundos contados. No se le ocurría un mejor modo de invertir el tiempo.



Treinta minutos después, Olivia estaba parada en el baño, chorreando agua de la ducha, y mirando el vestido arrugado que había usado la noche anterior.

—Voy a tener que volver a mi camarote —le dijo a Tate, que se estaba poniendo unos pantalones cortos—. Este vestido apesta a protector solar y sudor, y no puedo desayunar en bikini.

—Lo cual es una pena —dijo Tate—. Los hombres de la tripulación te lo agradecerían mucho.

Ella puso los ojos en blanco e hizo una mueca mientras se ponía el vestido.

—Voy a cambiarme y te veo en el restaurante, ¿vale?

—Y después podemos ir a buscar el resto de tus cosas y traerlas aquí. No tiene sentido que estés yendo y viniendo lo que queda de viaje. —Tate hizo una pausa y añadió—: Digo, si te parece bien.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—Me parece muy bien.

Mientras caminaba hacia su camarote, Olivia volvió a pensar en lo que había dicho Tate. Ir de vacaciones juntos. Sonrió y dio un saltito en el pasillo. Quizá Tate quería verla de nuevo. Y ella definitivamente tenía ganas de verle de nuevo. Estas vacaciones estaban resultando ser las mejores de su vida. Casi al llegar a su camarote, vio a dos empleados del barco llamando a la puerta.

—¿Disculpen? —les dijo cuando se acercó más—. Es mi camarote, pero no hace falta que lo limpien. Hace un par de días que no lo uso.

Los hombres se giraron a mirarla.

—¿Olivia Wickham? —preguntó el más grande de los dos.

—Sí. Soy yo. Este es mi camarote.

—Señorita, tenemos un mensaje urgente para usted. Tiene que ir a la oficina del capitán.

Ella frunció el ceño, confundida.

—¿Qué ha pasado?

—Ha recibido una llamada. Es una emergencia familiar. Si viene a la oficina del capitán, puede

usar el teléfono.

Olivia sintió que se le paraba el corazón. ¿Una emergencia familiar? Pero ¿qué podía ser? Si sus padres tenían una salud de hierro y sus abuelos habían fallecido hacía muchos años.

—¿Quién me ha llamado? —preguntó mientras los hombres la guiaban por el pasillo.

—Un señor llamado Jeffrey Coldwell, señorita.

El mejor amigo de su padre. Olivia se quedó helada.

—¿Os ha dicho qué ha pasado?

—Solo dijo que ha habido un accidente, señorita. Y que lo llame de inmediato.



Cuarenta minutos más tarde, Olivia era huérfana. No, eso no era cierto: llevaba casi un día siendo huérfana, pero se había enterado hacía cuarenta minutos. Y ¿quién sabía cuánto tiempo más iba a pasar hasta que procesara la verdad? De momento, se sentía conmocionada y paralizada. La estaban llevando a la costa, que estaba a ocho kilómetros de distancia, en una pequeña lancha motora. Una vez allí, tomaría un taxi hasta el aeropuerto y volvería a su casa, en Spokane, donde ya se estaban llevando a cabo los preparativos para el funeral de sus padres.

Se dio la vuelta a mirar el barco, que cada vez parecía más pequeño, todavía conmocionada e incapaz de hacer mucho más que seguir instrucciones. El capitán y el tío Jeff se habían encargado de todo. Olivia solo había metido sus pertenencias en un bolso y había subido a la lancha.

De repente, se dio cuenta. Comprendió que, en medio de esa pesadilla, se había olvidado de algo muy importante: de Tate. ¿Qué no hubiera dado por tenerlo junto a ella, abrazándola con esos brazos fuertes? Pero le había dejado atrás sin siquiera despedirse. Por un momento, pensó en decirles a los marineros que dieran la vuelta, pero dudaba que le hicieran caso, aunque lo intentara. Tenía un avión que coger, lugares a donde ir, y había perdido su oportunidad.

Tendría que ponerse en contacto con él más adelante, cuando tuviera las ideas más claras y el mundo volviera tener sentido. Ya llegaría ese momento... o, al menos, eso esperaba.

CAPÍTULO NUEVE

Tate le sonrió a Olivia al verla bajar la escalera.

—¿O sea que duermen de día? —preguntó él.

Ella se echó a reír, y para Tate fue como si un rayo de sol hubiera irrumpido en la habitación.

—Ya no duermen la siesta todos los días, pero venimos de unos días bastante intensos. Creo que están exhaustas.

—¿Quieres algo? —le preguntó Tate.

—¿Una conversación adulta?

Él sonrió y, con un gesto, la invitó a sentarse en el sofá. Ella se sentó en una punta y él, en la otra.

—Bien. —Tate la observó, maravillándose de lo hermosa que era. Era como si el recuerdo de Olivia se hubiera convertido en una fotografía borrosa, y la imagen real fuera mucho más vibrante—. ¿Por qué no me cuentas más del embarazo y... no sé... de todo?

Ella abrió la boca un par de veces para hablar, pero volvió a cerrarla.

—¿Por qué no empiezas por el principio? —le sugirió él amablemente.

—Vale. Bueno, las primeras semanas tras el funeral de mis padres, estaba muy abrumada. Papeleo y abogados, reclamos del seguro, bancos; parecía que nunca se iba a terminar. Tuve suerte de que en mi trabajo me dieran un mes entero para lidiar con todo.

Tate sintió un nudo en el estómago, una culpa inexplicable por no haber estado ahí para ayudarla.

—En el momento, no lo entendí, pero tuve la suerte de que mis padres tuvieran un seguro de vida y me dejaran una casa que ya estaba pagada —continuó Olivia con una sonrisa irónica—. Me di cuenta de lo mucho que iba a necesitar esas cosas unas semanas después, cuando descubrí que estaba embarazada.

—¿Y qué pasó cuando descubriste que eran mellizas?

Olivia soltó una carcajada.

—No voy a mentirte. Lloré más que en el funeral de mis padres. Estaba... —hizo una pausa—

aterrada. Ni siquiera podía imaginar cómo iba a hacerlo.

Entonces, Olivia frunció el ceño, y Tate tuvo que aguantar las ganas de estirar la mano y acariciarle el entrecejo. Odiaba saber que Olivia había tenido que pasar por todo eso sola, pero, más que nada, estaba impresionado de lo bien que había manejado la situación.

Ella se secó los ojos y sorbió.

—Nunca le he dicho esto a nadie, pero tú eres el padre, así que creo que mereces saber toda la verdad.

Tate asintió y por fin se atrevió a tocarla, y le tomó la mano. De repente, se sentía como parte de un equipo, como parte de algo que lo excedía. Era la primera vez que se sentía así desde que había estado con ella en el crucero, viviendo aventuras nuevas durante el día y explorando sus cuerpos de noche.

—Las primeras semanas después de enterarme... pensé en darlas en adopción.

El corazón de Tate latió con fuerza dos veces, una por cada niña. Se frotó el pecho, dolorido, pero entendía a Olivia. ¿Cómo no la iba a entender?

—Hablé con algunas agencias y evalué todas las opciones.

—Pero... —la interrumpió él, porque tenía que haber un gran «pero».

—Pero, a medida que pasaba el tiempo y me hacía a la idea de que estaba embarazada, también empecé a hablar con otras personas, como los amigos de mis padres y mi jefe. Todos me daban consejos e ideas de qué hacer para manejar la situación. Podía tomarme doce semanas de baja por maternidad, y el seguro de vida de mis padres cubría todos mis gastos y hasta más. El mejor amigo de mi padre, que fue quien me llamó para darme la noticia, se aseguró de que la casa estuviera en perfectas condiciones para que no tuviera ningún problema inesperado. Una de las amigas de mi madre le pagó a una enfermera para que me ayudara con las niñas el primer mes.

Tate trató de respirar tranquilo y de recordar que eso había quedado en el pasado. Todo había salido bien. Olivia estaba bien. Las niñas estaban bien. Realmente, no lo habían necesitado. Le habían demostrado que estaban bien sin él. Si él hubiera estado ahí, dando vueltas y estorbando, tal vez las cosas habrían sido peores.

—Entonces, durante mi embarazo, pasé de estar sola y asustada y dudando de mí casi todo el tiempo a sentirme al menos un poco segura de que podría hacerme cargo de las niñas. No era el modo en que siempre había imaginado ser madre, pero tampoco me parecía imposible.

—¿Te lo habías imaginado? —preguntó Tate, perplejo. Él nunca se había imaginado siendo padre. No era algo que le pareciera posible.

Olivia sonrió.

—Claro que sí, muchas veces. Pero se suponía que primero iban a pasar otras cosas.

—¿Como qué?

—Conocer al hombre perfecto, enamorarnos, comprometernos, construir una vida juntos —dijo ella, y su sonrisa se tiñó de ironía—. Y entonces ser madre, una vez que ya estuviera todo

resuelto. En cambio, conocí al hombre perfecto y me salté todo lo demás

—¿Yo? —Tate sintió que se le secaba la garganta—. No soy perfecto. Ni mucho menos.

Ella solo suspiró; parecía un poco triste.

—No esperaba que fueras literalmente perfecto. Solo tenía la esperanza de que fueras perfecto para mí... Pero no tuvimos la oportunidad de averiguarlo, ¿verdad?

Tate debía admitir que a él Olivia sí le había parecido perfecta. Pero eso habían sido unas vacaciones, no la vida real. Aunque los padres de ella no hubieran tenido un accidente y hubieran pasado más tiempo juntos, Tate no estaba del todo convencido de que las cosas hubieran funcionado entre ellos. Por lo general, sus romances no solían terminar bien.

—Aun así —añadió Olivia—, al menos tenemos el presente. Qué locura que haya pasado esto. Casi me hace creer en el destino. O sea, terminé consiguiendo un trabajo aquí, en el mismo pueblo donde has vivido toda tu vida, y me quedé atrapada a tan solo unos kilómetros de tu casa, y tú eres voluntario en el equipo de búsqueda y rescate... ¿Cuáles eran las probabilidades de que pasara eso? Es obvio que el destino tenía otros planes para nosotros.

Tate tragó saliva; sentía la garganta cerrada, los pulmones comprimidos. El destino también se había llevado a Olivia del barco (y de sus brazos) aquella mañana. El destino se había llevado a su madre cuando él todavía la necesitaba, y había estado a punto de llevarse a su padre unos años atrás. Parecía que el destino se daba cuenta de que él no era el tipo de hombre que formaba una familia. Si no, ese poder superior no habría insistido en arrebatarse a las pocas personas que le importaban.

—No sé si creo en el destino —le dijo—. Es verdad, no había muchas probabilidades, pero a veces pasan cosas extrañas y ya está.

Olivia frunció el ceño otra vez, y Tate se dijo que la táctica que le había resultado efectiva con las niñas tal vez funcionara con ella.

—Cuéntame un poco más sobre tu trabajo y sobre la casa donde vais a mudaros —le pidió.

Olivia se removió en el sofá, y Tate se preguntó si la había distraído de verdad o si ella solo quería darle el gusto, pero, fuera como fuera, lo dejó cambiar de tema sin protestar.

—Bueno, como te comenté, soy la nueva directora ejecutiva de Sueños para todos. He trabajado estos últimos años para una de sus organizaciones hermanas en Spokane y llevo los últimos dos años tratando de conseguir un ascenso, así que cuando vi la vacante para este puesto, me dije que era el momento de arriesgarme. ¿Y tú? Háblame más de a qué te dedicas.

—Bueno, mi padre tuvo un infarto un año después del crucero, así que tuve que hacerme cargo del rancho.

A Olivia se le transformó la cara de la preocupación.

—¿Está bien?

Tate recordó la imagen de su padre en la cama del hospital, pálido como un fantasma, con tubos y sensores conectados por todos lados, pero asintió e intentó sonreír para tranquilizar a Olivia.

—Sí. Debe tomarse las cosas con calma y evitar estresarse, pero está muy bien, y mi madrastra lo cuida mucho. Por cierto, les he contado lo de las niñas.

Olivia abrió los ojos como platos.

—¿Cómo se lo han tomado?

—Más o menos como esperaba. Estaban sorprendidos y entusiasmados a la vez. Si alguna vez deseaste que las niñas tuvieran abuelos, tus deseos se han hecho realidad. Si no fuera por el tiempo, creo que mi madrastra ya estaría derribando la puerta cargada de regalos para malcriarlas. Pero, tal como está la cosa, han aceptado darnos unos días para acostumbrarnos y para esperar a que pase la tormenta antes de venir a visitarnos.

Olivia rio por lo bajo.

—Es mucho para procesar, pero las niñas son pequeñas. Creo que todo va a ir bien, y Dios sabe que no van a oponerse a tener más personas que las mimen y las consientan —dijo. Entonces, le miró a los ojos y, en voz baja pero intensa, preguntó—: ¿Y ahora qué pasa? Digo, ¿cómo vamos a manejar todo esto? Hay muchas cosas que tener en cuenta. ¿Cómo se lo decimos? ¿Cuánto tiempo quieres pasar con ellas de ahora en...?

Antes de que pudiera terminar de hablar, y antes de que Tate tuviera un ataque de pánico, una vocecita llegó flotando desde el rellano de la escalera.

—¡Ha dejado de nevar, mami! ¡Y está viniendo alguien!

CAPÍTULO DIEZ

El sonido de un motor había interrumpido la siesta de las niñas. Tate se levantó y, con Langosta pegado a él, fue hasta la puerta principal. La abrió justo a tiempo para ver a Vince y Marjory Andrews acercarse en sus *quad* idénticos. Cuando se detuvieron frente al porche, Tate cerró la puerta y Langosta fue corriendo a recibirlos.

—¡Hola, amigo! —lo saludó Vince, mientras el perro meneaba la cola para todos lados a modo de saludo. El hombre le rascó detrás de las orejas antes de bajar del vehículo.

—Espero que no sean malas noticias lo que os trae aquí —dijo Tate, y comenzó a bajar los escalones del porche. Se llevaba bien con el jefe del equipo de rescate y su mujer, pero no tanto como para que pasaran a saludarlo en medio de una tormenta—. ¿Hay otro rescate?

Marjory agarró a Tate de los hombros y lo besó en la mejilla. Su aspecto maternal siempre le hacía sentir a Tate que debía peinarse bien y decir «Sí, señora» constantemente.

Los Andrew se habían jubilado tras muchos años trabajando en el distrito escolar. Él había sido profesor y ella había sido secretaria de instituto. Tate no recordaba cuándo les había conocido, pero cuando se había unido al equipo de búsqueda y rescate a los veintipico es cuando había empezado a relacionarse con ellos como adulto. Eran buena gente y habían perfeccionado el equipo hasta convertirlo en uno de los mejores de ese lado de las Montañas Rocosas.

—¿Cómo estás? —le preguntó Vince. Se acercó y le estrechó la mano.

—Bien. Todo bien por aquí —respondió Tate y, otra vez, se preguntó: «¿Para qué habrán venido?».

Vince bajó la voz y se acercó más a Tate.

—Marjory está preocupada por tus invitadas. Piensa que tal vez no se sientan cómodas alojándose con un desconocido.

Tate frunció el ceño.

—¿Y por eso habéis venido hasta aquí? Podríais haber llamado y pedido hablar con Olivia.

Vince sonrió.

—No. Hay una cierva atrapada en la nieve cerca del hotel. Esperaba que pudieras venir a ayudarme.

—Vale —respondió Tate—. Olivia y las niñas estarán bien solas.

—Genial. Entremos a avisarles.

Tate siguió a Vince hacia la casa. Se sintió aliviado de tener una excusa para salir un rato y, al instante, se sintió culpable por sentirse aliviado. No era que no quisiera estar con Olivia y las niñas, pero pasaba cada segundo preocupado, pensando que iba a meter la pata. Incluso si ellas iban con él al bosque, al menos iba a tener una actividad para mantenerlas ocupadas, e iba a haber otras personas para vigilar a las niñas, así toda la responsabilidad no recaía sobre él.

Sinceramente, comparada con la idea de ser padre, luchar contra una cierva asustada para sacarla de la nieve parecía pan comido.



Olivia sonrió, sentada en el asiento trasero del *quad* de Tate. Las mellizas iban con los Andrew, una en cada vehículo, y Langosta se había quedado en la cabaña para evitar asustar a la cierva, que ya estaba bastante estresada de por sí.

Cuando los hombres habían dicho adónde se dirigían, Olivia se había entusiasmado ante la posibilidad de salir de la cabaña. Aunque le gustaba tener la oportunidad de hablar con Tate y se había sentido aliviada al contarle lo de las niñas, necesitaba un respiro de la situación. Era muy intenso estar encerrada en una cabaña con un hombre al que había creído que no volvería ver. Necesitaba salir y tomar aire fresco. Por suerte, Marjory pareció intuir lo que le pasaba, pues les dijo a los hombres que iban a ir todos juntos a rescatar a la cierva.

Marjory era una mujer alegre y cariñosa, y a Olivia le recordaba un poco a su difunta madre. Había entrado como un remolino en la cabaña, preguntando cómo estaban las niñas, revisando el tobillo de Jackie, hablando con Olivia en privado para ver si se sentía cómoda con Tate. Hasta había empezado a dar un discurso acerca de lo mucho que conocía a Tate y lo fiable que era, pero, cuando Olivia le explicó que ya se conocían, Marjory pareció relajarse.

Vince bajó la velocidad y aparcó bajo una arboleda. Más adelante, Olivia vio un gran bloque de nieve que se había deslizado del camino.

—Debe estar ahí —dijo Vince, y todos frenaron. Olivia no pudo evitar notar cómo se marcaban los músculos de Tate cuando lo agarró de los brazos para bajar del *quad*.

—Las chicas nos quedamos aquí, a menos que necesitéis ayuda —dijo Marjory.

Vince y Tate asintieron y fueron hasta el lugar donde se había producido la pequeña avalancha para evaluar la situación.

—Mami, ¿podemos hacer un muñeco de nieve? —preguntó Jackie.

—Claro, mi vida, pero quedaos donde pueda veros —respondió Olivia.

Marjory sonrió al ver a las niñas adentrarse en la nieve, y después abrió un termo que había sacado del maletero del vehículo. Tras ello, cogió dos tazas de metal y sirvió un líquido humeante y oscuro en cada una.

—Toma —dijo, ofreciéndole una a Olivia.

Ella sonrió y levantó la taza para que el vapor le calentara la nariz. Entonces, soltó un grito de sorpresa y alejó la cara. Marjory se echó a reír.

—Sí, es café con una ayudita. El whisky te calentará los pies. Además, tú no tienes que conducir. —Le guiñó el ojo y bebió un sorbo de café irlandés—. ¿Así que Tate y tú os conocisteis en un crucero hace unos años? —le preguntó.

—Sí —respondió Olivia, preguntándose cuánto revelar acerca de su pasado. No quería pasar por encima de Tate y hablar de más con sus amigos, pero, a la vez, sabía que, tarde o temprano, en un pueblecito tan pequeño, todo el mundo se iba a enterar de que las mellizas eran hijas suyas. Por el momento, no obstante, decidió contar la versión más simple de la historia—. Nos conocimos el primer día y pasamos bastante tiempo juntos. Hacíamos actividades de día y cenábamos juntos casi todas las noches. Pero perdimos el contacto porque tuve que marcharme repentinamente. Tuve una emergencia familiar.

Marjory miró a las niñas, que estaban jugando, y murmuró:

—Ajá.

Jackie le lanzó una bola de nieve a Melissa, que estaba de pie, muy seria, evaluando el rudimentario muñeco de nieve que habían construido hasta el momento.

—¿Y hace cuántos años dices que fue esto? —preguntó Marjory.

—Cinco.

Olivia enterró la respuesta en otro sorbo de café, pero después notó la mirada suspicaz de Marjory. La mujer observó a las niñas un momento más antes de girarse y sonreírle a Olivia con dulzura.

—¿Sabes? Yo trabajé para el distrito escolar hasta hace unos años —dijo. Olivia se quedó esperando, recelosa—. Primero empecé como enfermera de la escuela primaria, después me contrataron como secretaria del instituto. Conozco a Tate desde que era un pichoncito. Desde los cinco o seis años. —Olivia contuvo la respiración, consciente del brillo sagaz que relucía en los ojos de Marjory. La mujer señaló a Melissa—. Cuando Tate estaba concentrado en algo, ponía exactamente esa misma cara. El ceño fruncido, el mentón elevado.

Olivia sintió que se le iba a salir el corazón del pecho. Carraspeó como si fuera a hablar, aunque no sabía qué decir.

—¿Él lo sabe? —continuó Marjory.

Sin encontrar las palabras, Olivia se limitó a asentir.

—¿Siempre lo ha sabido?

—¡No! Ay, no, no quisiera que pienses que... Él no tenía idea, de verdad. No sabíamos cómo ponernos en contacto. Yo lo intenté, pero... —A Olivia se le quebró la voz, y se sonrojó—. Estábamos de vacaciones, ¿sabes? Yo sabía que él era de Montana, pero nada más. Sabía su nombre, pero no su apellido. Sabía algunos detalles sobre su familia, pero nada que me ayudara a

encontrarlo.

Maggie le dio una palmadita en el hombro.

—Eso pensaba. Tate es un buen hombre y se toma muy en serio sus responsabilidades. Además, no me lo imagino ocultándoselo a su padre y a Lucy tantos años. Me alegro de que no fuera así.

Olivia miró a Tate y Vince, que estaban llevando un montón de sogas y arneses a un cabrestante amarrado al *quad* de Vince.

—No sé cómo se lo piensa contar a los demás... No hemos tenido tiempo de...

—No te preocupes, cielo. No se lo voy a decir a nadie.

Al oírla, los latidos furiosos de Olivia se aquietaron un poco.

—¡No, Jackie! —se oyó la voz de Melissa—. Los brazos tienen que ir más arriba.

Olivia no pudo evitar soltar una risita al pensar en Tate de pequeño, como una versión masculina de Melissa.

—¿O sea que siempre fue así de serio? —le preguntó a Marjory, y bebió el último sorbo de café. Sintió que la calidez le inundaba el pecho y calmaba un poco la intensidad de las emociones que la abrumaban.

Marjory rio.

—Ay, sí, siempre. Callado, serio y muy metódico con todo. Su madre era artista. Era la mujer más buena del mundo, pero tenía temperamento de artista, ¿sabes? Era muy introvertida.

Olivia procesó lo que acababa de escuchar. ¿Cómo podía ser que Tate nunca lo hubiera mencionado? Tal vez porque jamás hablaba de su madre.

—Tiene sentido —le dijo a Marjory—. A mis hijas les encanta el arte. Vale, ya sé que a la mayoría de los niños les gusta el arte, pero tienen mucho talento. Todos siempre me felicitan por lo bien que dibujan para su edad.

Marjory sonrió.

—Yo no tenía mucha relación con Anne, pero compartíamos el mismo grupo de amigas. Ella pintaba y dibujaba unos paisajes preciosos, con un estilo muy distintivo. Tenía su propia manera de ver el mundo.

Olivia se sintió conmovida. Por más que se esforzara por mantener vivo el recuerdo de sus propios padres para que las niñas sintieran un vínculo con sus abuelos, siempre había habido un hueco en su pasado, un vacío que ella no había podido llenar. Ahora, por primera vez en cuatro años, iba a poder darles la otra mitad de la historia, contarles por qué eran como eran.

—Muchas gracias por contármelo —dijo—. Es muy importante para mí saber de ella. Tate nunca habla de su madre.

Marjory se terminó el café y cogió la taza de Olivia. Después, volvió a guardar las dos tazas y el termo en el maletero.

—Para Thomas y él fue muy duro perderla. A muchos nos pareció que, por su personalidad, a Tate se le hizo incluso más difícil. No es muy bueno expresando sus emociones, e incluso a una cotorra como yo le costaría encontrar las palabras para expresarse en una situación así.

Sin poder evitarlo, Olivia sonrió. «No es muy bueno expresando sus emociones». Sí, eso seguro. Se rodeó el cuerpo con los brazos, más por la necesidad de contención que por el frío, y dijo:

—Yo perdí a mis padres. Por eso tuve que marcharme del crucero. Creo que puedo imaginar lo que habrá sentido Tate.

Marjory la miró con expresión compasiva y le dio una palmadita en la mano.

—Pobrecita. Lo siento mucho.

Justo en ese momento, Olivia vio que Tate empezaba a descender en rapel hacia el lugar donde estaba atrapada la cierva. Al notar que parecía estar colgado sobre la nada misma, se puso tensa.

—¿Alguna vez se ha hecho daño algún rescatador? —le preguntó a Marjory, tratando de respirar con calma.

Marjory siguió su mirada.

—No, casi nunca. Algún que otro golpe o rasguño, sí, pero desde que Vince está al mando, nunca ha pasado nada más grave que una contusión leve. Y Tate es uno de los mejores rescatadores. No tienes por qué preocuparte.

«Gracias a Dios», pensó Olivia. Lo único que le faltaba era perder al padre de las niñas ahora que acababa de encontrarlo.

—¡Mami! —exclamaron las mellizas al unísono antes de que Olivia pudiera responder—. ¡Ven a ver nuestro muñeco de nieve!

—¿Yo también lo puedo ver? —preguntó Marjory—. Tal vez tenga chocolate caliente aquí, pero solo si me dejáis ver al muñeco de nieve.

Las niñas chillaron de alegría, y Marjory le guiñó el ojo a Olivia.

—¿Te he dicho que tengo nietos de su edad? Yo me encargo.

Olivia sonrió. Cogieron las tazas de metal (esta vez, llenas de chocolate caliente) y caminaron hacia las niñas. Les iba a gustar estar allí, lo sabía. Montana parecía un buen hogar. Y les había jurado a las niñas que allí era donde las había llevado: a su hogar.



—¿Está bien? —preguntó Vince cuando llegó al pie de la colina. La nieve le llegaba hasta las rodillas.

—Sí, está asustada, pero no creo que ataque —respondió Tate.

Estaba agachado sobre la nieve a unos metros de Vince, con la mano sobre el cuello de la cervatilla, y la estaba acariciando con cautela. La cierva se había alborotado un par de veces,

pero estaba tan enredada en las ramas y tan hundida en la nieve que había caído del árbol que no podía moverse mucho.

Vince se abrió paso con cuidado entre la nieve hasta que llegó al pequeño bosquecillo.

—Qué pequeña, ¿no? —preguntó.

—Sí, no debe de tener más de un año —respondió Tate—. Veamos cómo reacciona cuando le pongamos el arnés.

Ambos hombres empezaron a cavar en la nieve para poder colocar las tiras del arnés alrededor del cuerpo del animal.

—Tranquila, bonita —dijo Vince cuando la cierva se sacudió—. Bien, háblame de tus invitadas —le dijo a Tate, extendiéndole un extremo de una tira.

Tate siguió trabajando en silencio. Ni siquiera había tenido un momento para pensar en cómo se lo iba a contar a los demás, pero debía haber sabido que no iba a poder guardar el secreto mucho tiempo. Greenwood era un pueblo muy pequeño y los trapos sucios siempre salían a la luz en una semana, como mucho. El único motivo por el que aún tenía cierta privacidad era que las carreteras estaban bloqueadas por la nieve. Supuso que, si Lucy todavía no había llamado a todas sus amigas para contarles las novedades, al día siguiente iría a visitarlas en persona para decirles que tenía no una, sino dos nietas nuevas.

—Vale... —dijo por fin. Carraspeó y amarró firmemente una tira alrededor del torso de la cierva, que gimíó, molesta—. Resulta que Olivia y yo ya nos conocíamos.

Vince levantó las cejas con curiosidad; estaba claro que le interesaba escuchar la historia.

—Estuvimos, eh... Fuimos al mismo crucero hace unos años.

—Un crucero, ¿eh? Creo que recuerdo cuando te fuiste de viaje. Tu padre te regaló el pasaje, ¿no?

Tate amarró el segundo juego de tiras y le acarició el hombro a la cierva, que estaba aterrada.

—Sí. Olivia y yo nos conocimos ahí, y pasamos bastante tiempo juntos. Hay un montón de eventos y actividades en esas cosas.

Vince soltó una risita.

—Eso dicen.

Tate apretó la mandíbula al darse cuenta de que tendría que explayarse un poco más.

—Un día, la llamaron para que volviera a tierra, y no la volví a ver.

—Hasta ayer —añadió Vince.

—Exacto.

Los dos hombres empezaron a cavar en la nieve para liberar a la cierva de esa barrera pesada y húmeda que la tenía prisionera.

—¿Y su marido? —preguntó Vince.

—Está soltera —respondió Tate, tratando de hacerse el desinteresado. Por la mirada que le echó Vince, parecía que no le salía muy bien—. Acaba de conseguir trabajo aquí. En esa ONG, Sueños para todos.

—¿La que está en la avenida principal?

Con cuidado, Tate desenredó una rama que estaba atorada en la pata trasera izquierda de la cierva.

—Sí. Debe ser muy buena en su trabajo, porque la han contratado de directora ejecutiva.

Vince negó con la cabeza.

—¡Vaya! Guapa, inteligente y soltera. Hasta un viejo como yo sabe que esa es la combinación perfecta —dijo, y le sonrió a Tate.

Tate frunció el ceño. Vince ni siquiera sabía que las mellizas eran hijas suyas, y ya estaba intentando hacer de casamentero. Cualquier persona de más de cincuenta años en Greenwood haría lo mismo. Ser un hombre soltero en Greenwood era un poco como ser un zorro en la campiña inglesa. Y Tate había tratado de conectar con alguien, de verdad... pero la única vez que había sentido esa conexión había sido con Olivia.

—Combinación perfecta o no, es mi invitada durante unos días, y nada más. Para mañana por la tarde, las carreteras ya van a estar despejadas, y va a poder seguir con su vida como tenía planeado.

Vince negó con la cabeza otra vez.

—Tendrías que invitarla a salir. Acaba de llegar, así que seguro que le gustará que alguien le enseñe el pueblo.

Tate suspiró, ajustó la última tira alrededor de la cierva y empezó a amarrarle las patas delanteras. Si las tenía sueltas mientras subían la colina, existía el riesgo de que se le atoraran y se rompiera un hueso.

—Yo no sirvo para tener citas, Vince. Lo aprendí hace años. Estoy mejor solo. —O más cómodo, al menos, se dijo. ¿Y no era más o menos lo mismo?

Vince había empezado a amarrar las patas traseras de la cierva, pero levantó la vista y lo observó.

—Por favor —refunfuñó—. Estoy seguro de que piensas eso, pero no significa que sea cierto. —Cuando terminó su tarea, se incorporó—. Sé que lo has pasado mal, hijo. Peor que mal. Y sé que no te ha resultado fácil encontrar a alguien para ti, a alguien que te haga feliz solo por el hecho de estar cerca de esa persona. Pero te juro que esa persona existe. Hasta ayer, te hubiera dicho que, si te quedabas encerrado en tu cabaña, nunca la ibas a encontrar. Pero ahora, mira. Tienes a una chica encantadora que te sonríe como si fueras el único hombre en el mundo, y está ahí mismo en la cabaña contigo. A mí me parece que es cosa del destino. ¿Tan terrible sería ver qué pasa? ¿Darte la oportunidad de ser feliz por una vez? Creo que, si lo intentas, verás que es mejor de lo que piensas.

CAPÍTULO ONCE

Las mellizas soltaron un grito ahogado, asombradas, cuando el cabrestante dio una última sacudida y Tate y Vince subieron a la cierva por el borde de la colina y la llevaron hasta el camino junto a los *quads*.

—Mami —dijo Melissa en voz baja—. ¿Está herida?

—No creo, mi amor. Seguro que está asustada y se muere por volver corriendo a su hogar, pero no parece herida.

Tate y Vince empezaron a quitarle el arnés a la cierva, que estaba echada en la nieve y respiraba agitada. Olivia observó la tranquilidad con que Tate le hablaba al animal, el ritmo seguro de sus manos al pasarlas sobre su pelaje para revisarle los huesos de las patas primero y los de las rodillas después.

Tate tenía el pelo oscuro descubierto (había perdido su gorro de lana en algún momento del rescate) y tenía el abrigo desabrochado; seguramente el esfuerzo lo había hecho entrar en calor. Olivia recordó su pecho desnudo, puro músculo y suavidad. Y, cuando un mechón de pelo le cayó sobre un ojo mientras maniobraba, recordó ese mismo mechón haciendo lo mismo cuando había estado sobre ella, con sus cuerpos rozándose, compartiendo un único ritmo.

De repente, la cierva se puso de pie y Vince y Tate retrocedieron de un salto y se interpusieron entre el animal y las mujeres. La cervatilla se alejó trotando unos metros; después, se dio la vuelta y los observó un momento. Agachó la cabeza una vez y, sin más, saltó en el aire y se marchó, desapareciendo entre los árboles que bordeaban una curva del camino. Las niñas chillaron, entusiasmadas, y dieron saltos de alegría.

Tate se dio la vuelta y, por un momento, su mirada y la de Olivia se encontraron. Él estaba sonriendo con ganas y le brillaban los ojos. Ella no pudo evitar sonreír y, durante un segundo, fue como si estuvieran los dos solos, igual que en el barco, sintiendo una conexión pura y poderosa. Entonces, Vince le dio una palmada en el hombro a Tate y él se giró para mirarle; el momento desapareció. Olivia se quedó inmóvil, como si le hubieran succionado todo el aire de los pulmones.

—Bueno, creo que podemos guardar todo e ir a la fiesta —les dijo Marjory a las niñas.

Al oírla, Olivia salió de su ensimismamiento.

—¿Qué fiesta?

—Los que nos avisaron lo de la cierva fueron los del hotel. Nos dijeron que fuéramos allí cuando termináramos. Van a hacer una barbacoa para celebrar que la tormenta ha parado.

—¿Qué es una barbacoa? —preguntó Jackie, frunciendo la nariz.

—¿Te gusta el pollo? —preguntó Marjory a su vez, agachándose para estar a la altura de la niña.

—¡Sí!

—Bueno, una barbacoa es un modo de cocinar la comida para que el pollo quede delicioso, y —añadió, bajando la voz hasta transformarla en un susurro— me han dicho que de postre, hay *brownies*.

Las mellizas se giraron para mirar a Olivia con expresión suplicante.

—Por favor, mami —suplicó Jackie—. Ya sé que hemos bebido chocolate caliente, pero ¿podemos comer *brownies*?

Olivia se echó a reír.

—Supongo que sí. Además, todas nuestras cosas están el hotel, así que por fin vamos a poder cambiarnos de ropa.

Mientras ayudaban a guardar el equipo de rescate y se preparaban para el viaje hacia el hotel, Olivia se percató de que sus días de confinamiento con Tate estaban a punto de terminar. En cuanto las carreteras estuvieran despejadas, iban a tener que lidiar con más personas, no solo con Marjory y Vince. Iban a tener que enfrentarse a la realidad. Para empezar, tendrían que decirles a las niñas que Tate era su padre antes de que alguien más hiciera un comentario delante de ellas. También tendrían que decidir cómo de presente iba a estar Tate en su vida.

Y ella también tenía qué descifrar qué sentía por el hombre que le había cambiado la vida para siempre en un momento fugaz en un crucero hacía cinco largos años. ¿Todavía se sentía atraída por él? Sí, sin duda alguna. Y, por la química que aún había entre ellos, estaba segura de que el sentimiento era mutuo. Pero ahora había mucho más que perder. No era solo su corazón lo que estaba en riesgo. ¿Podría darle una oportunidad a Tate? Y ¿estaría dispuesto él a darle una oportunidad a ella?



Tate no sabía cómo, pero, de algún modo, lo habían convencido de ir a la barbacoa en el hotel Greenwood. Había puesto los ojos en blanco cuando había oído que habían despejado un lugar en la nieve para poner la vieja parrilla. Se había preparado para decir que no cuando las niñas habían ido corriendo, entusiasmadas y adorables, a hablarle de pollo asado y *brownies* y un montón de cosas que no entendía muy bien. Sin preguntarle nada, todos habían dado por sentado que él iba a ir también. Tate entendía por qué Olivia quería volver al hotel; después de todo, sus cosas todavía estaban ahí, y estaba bastante seguro de que se moría por cambiarse la ropa. Pero ninguna de esas cosas exigía su participación.

Y sin embargo, allí estaba, parado en medio del vestíbulo del hotel, que parecía sacado de una película navideña, mirando cómo todos los invitados, empleados y Vince y Marjory bebían sidra

y charlaban antes de que abrieran el salón para ir a comer.

—¡Tate! —lo llamó Marjory desde donde estaba, cerca de la mesa de bebidas—. Ven aquí, así te presento a estas personas. Quiero que les cuentes lo de la cierva.

Tate gruñó por lo bajo, pero obedeció y fue a saludar a Linda y Clyde, de Denver, que quedaron encantados al oír que había rescatado a una bonita cierva. Estaban hablándole sobre su hijo, que iba a la Universidad Estatal de Montana, cuando Tate oyó su nombre desde lo alto de las escaleras. Cuando levantó la vista, vio a las niñas, vestidas con vaqueros y jerseys navideños, y con el pelo recogido en coletas altas. Estaban apoyadas en la barandilla, saludándolo. Tate sintió que se le detenía el corazón (de hecho, estaba seguro de que se había saltado un latido) porque tuvo la sensación de estar mirándose al espejo. Había algo en el modo en que sonreían, en la curva de sus mejillas en ese preciso momento, que le resultó muy familiar. De repente, sintió como si hubiera aparecido un lazo enorme que le ataba a ellas.

—Disculpad —les dijo a Marjory y a los demás—. Tengo que hacer algo...

Caminó casi en trance y, para cuando llegó al pie de las escaleras, las dos niñas ya estaban ahí, con grandes sonrisas y las mejillas sonrojadas, y tan parecidas a él que se quedó sin aliento.

—Hola —les dijo, todavía prisionero de esa extraña sensación que se había apoderado de él.

—¿Y la barbacoa? —preguntó Melissa, extendiéndole la mano. Él se la tomó y, en ese momento, sintió que acababa de encontrar la pieza que le faltaba al rompecabezas de su vida.

—Creo que está a punto de empezar—respondió—. ¿Dónde está vuestra madre? —preguntó, mirando la escalera desierta.

—Nos dijo que viniéramos a buscarte y que viene en unos minutos —respondió Jackie.

—Vale. ¿Queréis sidra? —les preguntó, cogiendo la mano de Jackie con la otra mano.

—Sí, por favor —respondieron ellas al unísono.

Los tres fueron juntos hasta la mesa de bebidas y, allí, Tate les sirvió dos vasos de sidra tibia, tras lo cual buscó dónde sentarse. Cuando por fin divisó un gran sillón y una otomana frente al pesebre más grande que había visto en su vida, guio a las niñas hacia allí, las sentó en el sillón y se acomodó en la otomana.

Las niñas se pusieron a parlotear sobre la cierva, el muñeco de nieve y los nuevos jerseys que, por suerte, habían podido recuperar tras volver al hotel, y Tate las escuchó en silencio. Por momentos, asentía sin dejar de mirarlas, disfrutando de la cadencia de sus voces y del modo en que gesticulaban cuando hablaban.

Jackie se parecía tanto a Olivia que Tate no pudo evitar sonreír. Era alegre y juguetona, y muy abierta a la hora de hablar de sus ideas y sentimientos. Todo estaba a la vista, y era fácil escucharla y comprenderla. Pero Melissa... Tate supuso que la gente habría dicho que se parecía a él, y eso le generó una sensación en el pecho, un dolor extraño que nunca había sentido.

Melissa era callada y, casi todo el tiempo, parecía muy concentrada. Cada tanto, se mostraba alegre con su hermana, pero después volvía a ponerse seria. Tate se preguntó si así era cómo los demás lo veían a él. ¿Estaba así de serio todo el tiempo? ¿Tenía esa misma línea entre las cejas?

Sin siquiera pensarlo, se llevó el dedo a la cara para tocarse el entrecejo y, efectivamente, sintió un surco marcado allí. El resultado de una vida entera de pensar en silencio y observar incesantemente todo a su alrededor.

De repente, sintió ganas de agarrar a Melissa de los hombros y decirle que todo iba a ir bien, de explicarle que no hacía falta que estuviera tan preocupada ni callada ni seria, porque, ahora que lo habían encontrado, no iba a dejar que volviera a preocuparse por nada. Pasara lo que pasara, quería que la niña supiera que podía contar con él. Siempre. Y no iba a dejar que perdiera su infancia por culpa de preocupaciones, temores ni tribulaciones. No. En ese momento, Tate juró que iba a hacer todo lo necesario para asegurarse de que sus hijas tuvieran la infancia más alegre, segura y feliz del mundo.



Olivia se detuvo un momento de camino al vestíbulo repleto de gente. Observó a Tate, que estaba sentado junto a las niñas. Él asentía con la cabeza y, cada tanto, estiraba la mano para evitar que alguna de las mellizas volcara su vaso de sidra. Mientras lo miraba, Olivia sintió un revoloteo extraño en el pecho. Había pensado en Tate muchas veces a lo largo de los años (¿cómo no hacerlo?), pero nunca había imaginado que le vería así: pasando tiempo con sus hijas, mirándolas como si fueran su vida entera. Le ardieron los ojos por el esfuerzo de contener las lágrimas, pero se recompuso y fue hacia ellos.

—¿Tate os ha dejado beber sidra antes de cenar? —preguntó al acercarse al grupito.

Las niñas la miraron con expresión culpable y asintieron. Tate parecía confundido.

—Eh, ¿he hecho algo malo?

Olivia le sonrió.

—Por lo general, no las dejo consumir azúcar antes de la comida, pero podemos hacer una excepción. Es una ocasión especial.

—¿Una ocasión especial? —preguntó Jackie—. ¿Ya es Navidad?

Melissa abrió los ojos, esperanzada.

—Todavía no —respondió Olivia—. Pero sobrevivimos a la tormenta de nieve y vosotras habéis hecho un muñeco muy bonito. Me parece que es una ocasión especial.

«Y estáis aquí con vuestro padre», añadió para sí misma.

—Ay, ahí están esas dos preciosidades —dijo Marjory, acercándose—. ¿Estáis listas para probar la barbacoa? —preguntó, y las mellizas asintieron—. Preguntadle a vuestra madre si podéis venir a comer conmigo y Vince. Casi nunca tenemos la oportunidad de comer con jovencitas tan encantadoras que prueban comida de barbacoa por primera vez.

—¿Estás segura? —preguntó Olivia—. Van a liarla.

Marjory rio.

—Segurísima. Además, para algo existen las servilletas.

La mujer extendió las manos y las mellizas le cogieron una cada una. Después, se alejaron las tres; las niñas se reían de las cosas que les susurraba Marjory.

—Bueno —dijo Olivia—, no me habían ayudado tanto con las niñas desde que nos marchamos de Spokane hace una semana.

Tate se levantó y miró a su alrededor.

—¿Adónde han ido todos?

Olivia reprimió una risita. De algún modo, Tate no se había percatado de que la habitación se había vaciado hacía unos minutos, pues todos se habían ido al salón a comer.

—¿Quieres ir a comer? —preguntó Tate.

—¿Sabes? Prefiero tomarme unos minutos para coger aire. ¿Quieres que nos sentemos junto al árbol de Navidad? —preguntó Olivia, y señaló una esquina de la habitación donde había un magnífico abeto cargado de adornos rústicos, tan alto que casi llegaba hasta el techo.

Con un gesto, Tate le indicó que fuera ella primero, y él fue detrás. Se sentaron en un pequeño sofá que flanqueaba el gran árbol brillante.

—Gracias por cuidarlas mientras me duchaba —dijo Olivia, y se giró para mirarlo.

—Me estaban contando una historia sobre un niño de preescolar... ¿Billy? ¿Bobby?

—Bucky Nelson.

—¡Sí! Ese mismo. Al parecer se comió una cucaracha.

Olivia trató de contener la risa.

—Sí. Bucky es famoso por haber comido insectos más de una vez.

Tate se rascó la cabeza.

—¿Y eso es normal? Digo, Jackie y Melissa no... No harían eso, ¿no?

Al oírlo, Olivia ya no pudo contener la risa. La mirada de Tate, una mezcla de confusión y terror, habría hecho morir de risa a cualquiera. Entre carcajada y carcajada, Olivia intentó responderle.

—No, no. Tus hijas no comen bichos.

Entonces, ocurrió algo de lo más extraño. A Tate le cambió la cara: adoptó una expresión más dulce, le brillaron los ojos y miró a Olivia fijamente. Ella dejó de reír.

—Dilo otra vez.

Ella ladeó la cabeza, sin entender a qué se refería.

—Lo que has dicho de mis hijas. Mis. Hijas.

Ella sonrió y una sensación cálida le inundó el pecho.

—Tus hijas —repitió—. Es real.

—Nunca pensé que escucharía esas palabras, pero debo admitir que me gusta cómo suena. Me gusta.

La sensación cálida se extendió por todo su cuerpo y, antes de comprender lo que estaba haciendo, Olivia estiró la mano para apartarle un mechón de pelo de los ojos. Cuando Tate la miró, la sensación se transformó en más que calidez. Era caliente y familiar, a pesar de todos los años que habían pasado sin que Olivia supiera nada de Tate. Él le cogió la mano. Sus dedos grandes rodearon los de ella, pequeños y, cuando habló, su voz sonó ronca y grave.

—Lo que has hecho es increíble. Tuviste a las niñas y las alimentaste, cuidaste y criaste sin ayuda de nadie. Sin pareja. Sin familia.

Ella lo miró y pestañeó, con un dolor gestándose en su pecho. Él. Él era el hombre que había conocido en el crucero. El hombre del que casi se había enamorado tras unos cuantos días tantos años atrás.

—Nunca tuve mucho tiempo de pensar en eso —le dijo, y era verdad—. Y no tenía con qué compararlo, así que hice lo que tenía que hacer y ya está.

Él se acercó un poco más sin soltarle la mano.

—Eres increíble —susurró.

Se miraron a los ojos, perdidos en una especie de limbo donde no existía ni el antes ni el después, solo el ahora. Entonces, él se le acercó más y le rozó los labios, un roce delicado, suave como un susurro. Olivia contuvo la respiración y le devolvió el beso una vez, y otra vez más. Con la mano libre, Tate le agarró la nuca, y ella le oyó exhalar como si hubiera estado aguantándose durante días. Él ladeó la cabeza y la besó con más ganas, hundiéndole los dedos en el pelo cuando ella se movió para acercarse más a él. Tate sabía a tarta de manzana y olía a pino y a nieve y a algo más que era sencillamente suyo.

Cuando sus manos encontraron la llanura firme del pecho de Tate, Olivia se sintió abrumada por los recuerdos. No sabía cómo era posible que, después de tanto tiempo, aún recordara lo que se sentía al tocarlo, pero así era... y se sentía como volver a casa.

Tate susurró su nombre mientras le acariciaba el pecho con el pulgar, y ella jadeó. Había perdido noción del tiempo y del espacio y solo podía concentrarse en un deseo: más.

Por suerte, parecía que Tate sí conservaba un poco la cordura, porque cuando se abrió una puerta en la otra punta de la habitación, llevando el sonido y el ajetreo de la barbacoa, tuvo el sentido de común de alejarse de golpe, y Olivia se quedó confundida y agitada.

—Creo que están ahí —se oyó la voz de Marjory—. Id a decirles que ya es hora de cenar.

El correteo de dos niñas de cuatro años retumbó en el piso de madera. Tate carraspeó y Olivia se movió rápidamente para poner distancia entre ellos.

—¡Mami! —exclamó Jackie.

—Tienes que ir a cenar —la regañó Melissa.

—Y Tate también —añadió Jackie.

Olivia miró a Tate y se encogió de hombros.

—Bienvenido a la paternidad —murmuró antes de levantarse para ir al encuentro de las mellizas.

CAPÍTULO DOCE

Para cuando terminó la cena y los huéspedes del hotel empezaron a escabullirse a sus habitaciones, la temperatura había bajado bastante. La noche se había vuelto negra y glacial, y Tate supo que no podría volver a su casa hasta la mañana siguiente. Los empleados del hotel le dijeron a Vince que había dos habitaciones de cortesía para el equipo de rescate, así que Marjory y él le dieron las llaves de una habitación a Tate antes de dirigirse a la suya.

Tras ir a buscar las cosas de aseo que tenía en el *quad* en caso de emergencias, Tate le mandó un mensaje a su padre para preguntarle si podía ir a ver a Langosta, y cuando volvió a entrar, se encontró con Olivia en el vestíbulo. Se quedó mirándola mientras ella se subía a uno de los sofás grandes y mullidos y buscaba entre los almohadones.

—¿Se te ha perdido algo? —le preguntó, acercándose por detrás.

Ella soltó un chillido y casi se cae del sofá, así que Tate la agarró rápidamente de la muñeca para evitar que ella y su bonito trasero aterrizaran en el suelo.

—Ay, Dios —dijo Olivia, riendo. Se llevó la otra mano al pecho y la dejó allí un momento, a la vez que respiraba profundamente—. Casi me matas del susto.

Con reticencia, Tate le soltó la muñeca.

—Disculpa. Estoy acostumbrado a acercarme a los caballos por detrás, y lo mejor es no hacer ruido para no alertarlos. No eres la primera a la que asusto.

Ella sonrió, y a Tate le pareció que toda la habitación resplandecía más. El gran candelabro que pendía sobre ellos emitía una luz tenue y la única persona que estaba allí además de ellos, el empleado de recepción, estaba muy absorto viendo una película en su iPad. De todos modos, podrían haber estado en Times Square, en el medio de la fiesta de Año Nuevo, y Tate tampoco habría podido despegar los ojos de Olivia. No se cansaba de mirarla.

—No te preocupes. Es que estaba muy concentrada. Jackie ha perdido su brazalete y tenía la esperanza de encontrarlo antes de que se durmieran.

—¿El plateado con cuentas rosas? —preguntó Tate.

—Sí. ¿Lo has visto?

—Solo cuando lo llevaba puesto ella —respondió él—. Pero te ayudo a buscarlo.

—No hace falta —dijo Olivia, y sonrió apenas—. He revisado todo bastante bien. Seguro se le ha caído en otro lado. Con suerte, se le ha perdido aquí y lo pondrán en la caja de objetos perdidos en un par de días. Ahora debería subir y hacer que se duerman. Si no, mañana va a ser un día muy difícil.

Tate la observó un buen rato, y ella pareció simplemente dejarlo; sus ojos marrones lo miraban con paciencia y confianza. Obligándose a salir de su ensimismamiento, Tate volvió a hablar.

—Después de que se hayan dormido, ¿podemos hablar?

Olivia asintió.

—Estaba esperando que me lo preguntaras —dijo. Se sonrojó, y a Tate le latió más rápido el corazón—. Siento que tenemos que planificar muchas cosas... —Se detuvo y su sonrisa se tiñó de timidez—. Y también resolver un par de cosas.

Tate asintió. No sabía bien cómo se sentía, pero sí sabía que todo estaba pasando muy rápido y que, si no se tomaban las cosas con calma, era probable que cometieran un error. Tras decirle a Olivia en qué habitación estaba, se separaron.

Cuando llegó a su habitación, Tate colgó su abrigo, acomodó las cosas de aseo en el baño y encendió la televisión para ver un partido de baloncesto. Se sentó en el sillón y se estiró; el largo día por fin se estaba haciendo notar y, con él, llegó un cansancio absoluto.

Había sido un largo día en todos los sentidos. La verdad, no recordaba la última vez que había tenido un día tan largo. Y, si bien algunas partes habían sido increíbles, en su mayoría, le había resultado confuso y abrumador, y esas eran emociones que no sabía manejar muy bien. Tres días atrás, era el mismo Tate de siempre: soltero, dedicado a su rancho y con una vida organizada y predecible. Ahora, estaba sentado ahí, esperando a la madre de sus hijas, con la que había compartido un beso de película hacía menos de cuatro horas.

Susurró y reclinó la cabeza hacia atrás, a la vez que cerraba los ojos. Vaya beso. Había sido eléctrico y dulce a la vez, como un chocolate con chile. Le había hecho recordar el crucero mucho más que ver a Olivia y hablar con ella. Había recordado la conexión que habían sentido, los deseos que Olivia había despertado en él por primera vez. Era emocionante y aterrador al mismo tiempo.

Tate había descartado la idea de tener una familia hacía mucho tiempo. Todas las personas que habían ido al colegio con él habían encontrado pareja, sentido cabeza, formado familias... y, durante todo ese tiempo, él siempre había estado solo. El rancho había sido su vida entera: pasaba todo su tiempo con los animales, aprendiendo a ser ranchero y cuidando a su padre como un halcón porque, según creía, era la única persona que lo amaba. Llevaba una vida tranquila y moderada y se decía que era mejor así. Pero, ahora, tenía que enfrentarse a las dos niñas y la hermosa mujer que habían irrumpido en su vida. Por lo tanto, aunque tener una familia no estuviera en los planes de Tate, ahora tenía una, supiera o no qué hacer al respecto.

Y Olivia quería hablar con él sobre hacer planes para el futuro, y seguro que iba a preguntarle qué quería. Tate tenía que responderle algo, pero lo cierto era que no tenía ni idea. Nunca se había detenido a preguntarse qué quería él. Lo único que importaba era lo que necesitaba el rancho, o lo que podía hacer para ayudar al equipo de búsqueda y rescate, o para hacer felices a

Lucy y a su padre. Lo último que recordaba haber deseado tener para él era.. bueno, a Olivia. La hermosa y vibrante Olivia, que lo hacía olvidar todo lo demás. La dulce y apasionada Olivia, que parecía hecha para estar entre sus brazos. La valiente y extraordinaria Olivia, que podía hacerle frente a cualquier cosa que se le presentara, incluso a un embarazo de mellizas estando completamente sola.

Por supuesto que había deseado a Olivia. Por supuesto que todavía la deseaba. ¿Quién no lo haría? Cada detalle nuevo que aprendía sobre ella la volvía más interesante y atractiva a sus ojos.

Pero ¿qué esperaba ella de él? Tate sabía que todavía tenían química; ese beso lo había dejado más que claro. Y, por las cosas que había dicho, sabía que quería que él estuviera presente en la vida de las mellizas. Pero estar con ella de verdad, como amante y compañero y padre de las niñas... ¿sería lo que ella esperaba de él? Y, más importante aún, ¿era capaz él de ser todo eso?

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos, y se estiró para apagar la televisión antes de levantarse. Todavía no tenía ninguna respuesta, pero quizás él y Olivia pudieran encontrarla juntos.



Olivia entró en la habitación de Tate y le mostró el monitor infantil.

—Si alguna de las dos se despierta, tengo que irme corriendo.

—Entendido —dijo él—. ¿Quieres tomar algo? —le preguntó, señalando el minibar que había en una esquina de la habitación.

—Tal vez agua.

Olivia se sentó en el sofá que estaba frente a la televisión, junto al sillón y una mesa baja. Cuando él le dio la botella de agua, ella la abrió y bebió un sorbo. Después, la dejó sobre la mesa. Tate se sentó junto a ella y carraspeó.

—Tenemos tantas cosas que resolver que no sé por dónde empezar.

Olivia respiró hondo y recordó el beso que se habían dado en el vestíbulo.

—Quizá podríamos empezar por las niñas. No quiero obligarte a hacer algo con lo que no te sientas cómodo, pero al mismo tiempo, no quiero seguir ocultándoles la verdad.

—Vale, esperaba que dijeras eso. Estoy listo para decírselo. O, al menos, creo que tienen derecho a saberlo cuanto antes. En parte porque quiero ser sincero con ellas, y en parte porque cuando abran las carreteras mañana y os vayáis a vuestro nuevo hogar, ya no podremos guardar el secreto. Mi madrastra está tan entusiasmada por lo de las niñas que no va a quedarse callada mucho más tiempo. Se van a enterar las abuelas del pueblo y después lo sabrá todo el mundo.

Olivia sonrió al pensar que el pueblo era tan pequeño y unido que a todos les interesaría saber que las niñas eran hijas de Tate.

—Tengo noticias para ti. Marjory ya lo sabe.

Tate puso los ojos como platos durante un momento.

—¿Se lo has contado?

—No —respondió Olivia deprisa—. No, jamás se lo habría contado sin consultarlo contigo antes, pero... lo adivinó.

—¿Lo adivinó?

—Empezó a preguntarme cosas del crucero y la edad de las niñas, y después me dijo que Melissa se parece mucho a ti. Si ella sirve de muestra, todo el pueblo se va a dar cuenta en un santiamén, se lo contemos o no.

Tate negó con la cabeza y soltó una risita.

—Tienes toda la razón —murmuró, y se pasó la mano por el pelo—. Supongo que entonces está decidido. Debemos decirles la verdad a Jackie y Melissa mañana antes de irnos.

—Estoy de acuerdo.

—Me gustaría estar presente cuando se lo digas.

Tate la miró muy serio y Olivia se conmovió al ver lo comprometido que estaba con su nuevo rol.

—Me parece bien. Siempre y cuando puedan hablar conmigo en privado después si quieren.

Tate asintió.

Ya resuelta esa cuestión, Olivia estaba acercándose a un tema que no sabía bien cómo abordar. Nunca había tenido que compartir a las niñas con nadie, y no sabía qué planes tenía Tate con respecto al lugar que ocuparía en sus vidas. Al mismo tiempo, también quería que las niñas tuvieran todo lo mejor, y eso incluía tener a un padre presente.

—Quisiera saber cómo planeas que siga todo cuando nos mudemos.

Él ladeó la cabeza y la miró con curiosidad.

—Digo, espero que quieras verlas con frecuencia, dejar que te conozcan mejor... —empezó a decir Olivia, pero después enmudeció, pues se quedó sin palabras. Ni siquiera sabía bien qué le estaba pidiendo a Tate, mucho menos cómo pedirselo.

—¿Te refieres a pactar horarios de visita, la custodia, cosas así?

Olivia frunció los labios; no le gustaban esos términos. Sonaba como un trámite, como una obligación en lugar de algo que Tate realmente quería hacer. Como si pudiera leerle la mente, él aclaró:

—Quiero verlas y quiero conocerlas, pero tú eres su madre, así que dependo de ti para que me digas cuál es el mejor modo de hacerlo. No quiero hacer nada que las haga dudar de su hogar o las personas que las quieren.

La angustia que sentía cedió, y Olivia le tocó ligeramente el brazo.

—Gracias. Yo quiero lo mismo. Tal vez podríamos empezar cenando juntos un par de veces por semana o algo así.

Tate asintió.

—Vaya, eso ha sido más fácil de lo que pensaba.

Olivia asintió, pero sabía que el siguiente tema era un poco más espinoso.

—Creo que lo más complicado es el beso que nos hemos dado en el vestíbulo —admitió.

Él la miró a los ojos y esbozó una sonrisa irónica.

—Sí, ese beso... —dijo, y dejó que las palabras se quedaran allí, suspendidas entre ellos.

—Supongo que no hemos perdido lo que teníamos en el crucero —acotó ella, sin poder evitar sonreír.

—No, no lo hemos perdido.

La tensión era palpable. Olivia sentía que le faltaba el aire; le dolía el pecho, le cosquilleaba la piel.

—No puedo decirte qué significó ese beso, pero estoy dispuesto a probar otra vez y ver qué pasa —añadió Tate en voz baja, y se acercó más a ella.

—Creo que podrías convencerme de hacer el experimento una vez más —dijo Olivia, y hasta ella notó lo agitada que sonaba.

Le preocupaba un poco estar apresurándose, pero esa preocupación no bastaba para obligarla a alejarse. No con lo mucho que lo deseaba. Tate era el último hombre con el que había hecho el amor. Había tenido varias citas, en su mayoría organizadas por amigas bienintencionadas, pero ninguna había llegado a nada. Lo máximo que había compartido con esos hombres había sido un beso, y ninguno de esos besos le pisaba los talones al beso que le había dado Tate antes. Olivia quería más... necesitaba más.

Tate le agarró el rostro y, con delicadeza, la acercó a él. Olivia cerró los ojos cuando sus labios se fundieron en un beso. Él la provocó y le rozó los labios antes de deslizar la lengua en su boca. Ella jadeó, separó más los labios y se besaron apasionadamente.

En el pasillo fuera de la habitación, se oyó un portazo, y, en el monitor infantil, se oyó suspirar a una de las niñas, pero, en el refugio de la habitación de Tate, empezó a subir la temperatura. Olivia sintió una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Tate la hizo sentarse sobre su regazo, y ella se montó sobre él y sintió la evidencia de su excitación contra la pelvis.

Tate soltó un gruñido gutural y buscó su cadera con una mano. Después, la apretó posesivamente. Con la otra mano, le recorrió la curva de la cintura antes de agarrarle el pecho y rozarle el pezón con el pulgar. Pero, entonces, se quedó quieto y Olivia sintió que se ponía tenso.

—¿Qué pasa? —le preguntó, mirándolo preocupada, y, por dentro, suplicó que no se detuviera. ¿Acaso Tate se estaba sonrojando?

—Eh, es que no tengo condones, y, dado lo que pasó la última vez... —Tate se interrumpió y la

miró, como esperando que ella dijera las palabras mágicas.

Ella se frotó contra su erección y lo hizo gruñir antes de responder:

—Tomo pastillas anticonceptivas, y no he estado con nadie desde que estuve contigo.

Al instante, se mordió el labio, preocupada por haber hablado de más.

—Qué bien. Lo de las pastillas anticonceptivas, digo. Y lo otro también. Bueno, al menos desde mi punto de vista.

Olivia le pellizcó el brazo para interrumpirlo, y él soltó un grito de dolor.

—Cállate y bésame, vaquero.

—Sus deseos son órdenes, señorita.

Tate esbozó otra de esas sonrisas devastadoramente hermosas antes de trazarle un camino de besos por el cuello. Ella arqueó la espalda y sus nervios se encendieron como un sinfín fuegos artificiales. Ay, cómo había echado de menos eso. Cómo había echado de menos a Tate. Bajo las palmas de la mano, sintió su pecho, firme y musculoso de tanto trabajar la tierra. Olivia se mecía sobre él y el deseo empezó a gestarse en su interior como un volcán a punto de entrar en erupción.

—Dios, eres hermosa —susurró Tate. Hundió una mano en su pelo largo y ondulado y frotó la mejilla en la hendidura entre sus pechos.

—Tate.

El nombre brotó de los labios de Olivia como una plegaria, y él pareció entender exactamente qué le estaba pidiendo a Dios. Metió la mano entre sus piernas y le murmuró palabras ardientes al oído mientras aplicaba la presión perfecta en el lugar perfecto.

Olivia hundió la cabeza en el recodo entre su cuello y su hombro y la necesidad se hizo más grande. Al instante siguiente, Tate la estaba levantando en el aire. Ella le rodeó la cintura con las piernas y él la llevó a la cama, la recostó con cuidado y la miró.

—¿Esto es lo que quieres? —le preguntó, con un fuego arrasador ardiendo en la mirada.

—Sí —respondió ella, y sonrió antes de incorporarse y quitarse la camiseta. Él se quedó mirándole el pecho y ella sonrió otra vez. Sí, la maternidad la había ayudado un poco en ese departamento, y se alegraba de que a Tate pareciera gustarle el cambio—. Te toca a ti.

Tate se sacó la camiseta agarrándola de la parte de atrás del cuello, y Olivia se preguntó, no por primera vez, cómo hacían los hombres para que algo tan mundano pareciera tan sexy. Tras quitarse la camiseta, él se inclinó para besarla otra vez, y después se incorporó y le dijo:

—Ahora te toca a ti.

Olivia se paró en la cama y pasó los dedos por el elástico de sus pantalones de yoga antes de bajárselas. La cama mullida resultó ser un problema cuando intentó mantener el equilibrio y quitárselas. Cuando estaba a punto de caerse, Tate le rodeó la cadera con los brazos para que no perdiera el equilibrio y le besó el vientre.

—No me mires mucho —susurró ella, acariciándole el pelo—. Estoy llena de estrías.

Él se alejó un poco y observó las tenues marcas plateadas que le atravesaban el abdomen. Olivia se sorprendió cuando él trazó las líneas de sus estrías con los dedos y las besó una a una.

—Son preciosas. Cada una de ellas. Son la prueba de lo increíble que eres —dijo, y Olivia se derritió de amor.

En poco tiempo, Tate la despojó de toda su ropa, y después se despojó de la suya. Olivia se quedó acostada mientras él la miraba con ternura.

—¿Recuerdas la noche que cenamos en ese lugar italiano en el barco? —le preguntó, con la voz casi tan suave como la sensación de su aliento sobre la piel de Olivia.

—Fue la primera vez que probaste pesto —respondió ella, tratando de hacer memoria.

Tate rio y le agarró una pierna para que le rodeara la cintura.

—En realidad, me refería a lo que pasó después de cenar.

Sí, Olivia se acordaba. Habría sido difícil olvidar esa noche. De hecho, si hubiera tenido que adivinar, habría dicho que esa era la noche en que se había quedado embarazada. Al recordar los sucesos de esa noche en particular, se sonrojó.

—Eh, sí, me acuerdo.

—Esa fue la noche en que decidí que eras la mujer más perfecta que había conocido.

Olivia suspiró mientras Tate le rozaba el clítoris con los dedos y le besaba el cuello. Despacio, tan despacio que casi la hizo gritar, Tate la penetró, centímetro a centímetro, hasta que la sensación de plenitud fue tan perfecta y deliciosa que Olivia pensó que iba a morir de placer. Cuando Tate volvió a hablar, su voz salió agitada y acelerada.

—Todavía eres la mujer más perfecta que he conocido —le dijo. Se detuvo, sacó su pene y volvió a penetrarla más fuerte—. Y sentido.

—Más —jadeó ella, arqueándose contra él.

Y después, ya no hubo más palabras, solo suspiros y caricias, el roce de la piel transpirada, el susurro de las sábanas suaves. Cada detalle se convirtió en parte de un todo; la curva de un pecho, el ángulo de una muñeca, el sudor y la piel y el deseo incontrolable que se apoderó de Olivia y la hizo gritar el nombre de Tate. A modo de respuesta, él gruñó, le mordió el espacio entre el cuello y el hombro y se estremeció sobre ella.

Una vez recuperados, y con él acostado junto a ella en la cama tibia, acariciándole el pelo mientras ella reposaba la cabeza sobre su pecho, Olivia intentó recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido tan bien. Había pasado muchos días increíbles en los últimos cinco años: eventos especiales y logros de las niñas que la habían llenado de felicidad, días más tranquilos, de placeres sencillos que la habían llenado de paz. No obstante, nunca se había sentido completa del todo, porque, al final del día, se iba a dormir sola. No había nadie con quien acurrucarse y compartir su felicidad. Nadie que la abrazara y se asegurara de que no se sintiera sola. En ese momento, con la mejilla apoyada contra el hombro de Tate, por fin podía admitir lo

sola que se había sentido. ¿Sería posible que su soledad por fin se hubiera terminado?

—Creo que nunca te he visto tan callada —murmuró Tate—. ¿Estás bien?

Ella sonrió, aunque él no podía verle el rostro.

—Más que bien —dijo, y se acomodó para poder mirarlo a los ojos—. Estoy feliz de que te hayamos encontrado. Cuando me enteré de que existía la posibilidad de trabajar en Montana, lo primero que pensé fue: «¿No sería una locura si me lo cruzara en la calle algún día?». Y después me dije que las probabilidades de que pasara eso eran una entre un millón. Pero aun así quise mudarme aquí. —Tate le acarició la mejilla suavemente y Olivia sintió que se le paraba el corazón—. Además de que es un lugar genial para criar a las niñas, tenía la esperanza de que conocer Montana me ayudara a que las niñas se sintieran más unidas a su padre. Fue el único modo que se me ocurrió de que estuvieras presente en sus vidas, aunque fuera un poco.

Tate carraspeó sin despegarle la mirada.

—Yo también me alegro de que me hayáis encontrado. Y no lo digo solo por las niñas. —Bajó la mano para apretarle el trasero y sonrió—. No sé si me entiendes.

Olivia soltó una risita.

—Eres una mala influencia, y me gusta más de lo que debería. Pero, aunque las dos diablillas todavía no han dicho ni pío, tengo que volver a mi habitación.

—Bueno. Entonces, ¿mañana podemos desayunar y hablar de esto con las niñas? —preguntó Tate.

—Sí. ¿Por qué no pedimos servicio de habitaciones? Y puedes venir a nuestra habitación a las ocho.

—Allí estaré —dijo él. Tras besarla suavemente en los labios, preguntó—: ¿Estás segura de que no te puedes quedar?

—Muy segura —respondió ella a su pesar, y se sintió aliviada cuando él se alejó y no intentó convencerla.

—Pero está todo bien, ¿verdad? —preguntó él. Parecía dubitativo—. ¿Esto no va a complicar nada ni a hacer que sea incómodo? No... No he arruinado las cosas, ¿no?

Tate le escrutó el rostro, y ese surco que tenía entre las cejas, tan parecido al de Melissa cuando la niña se preocupaba por algo, se acentuó más.

—No, no, no has arruinado nada —se apresuró a asegurarle Olivia—. Está todo bien. Te lo prometo. —En realidad, esperaba que todo estuviera más que bien, y que estuvieran en camino a construir algo juntos más allá de la custodia compartida. No obstante, no quería precipitarse ni asustarlo—. Por eso podemos preocuparnos más tarde. Por ahora, hablemos con las niñas. Paso a paso.

Él asintió, y esa arruga de preocupación se atenuó un poco.

—De acuerdo. Paso a paso.

CAPÍTULO TRECE

Solo hicieron falta cinco minutos y una charla motivacional consigo mismo para que Tate se armara de valor y llamara a la puerta de Olivia. Como había pensado que iba a necesitar al menos diez minutos, todavía era temprano cuando ella le abrió la puerta.

—Hola —le dijo, con una sonrisa tan hermosa que a Tate le costó mucho contener las ganas de besarla. Pero no sabía si tenía permiso para hacerlo.

—Hola —respondió él—. ¿Habéis empezado bien la mañana?

—Bueno, las niñas vieron un episodio de *Peppa Pig* en mi tableta, así que ellas la han empezado muy bien.

—No tengo ni idea de qué es eso. Creo que voy a tener que familiarizarme con los programas infantiles —dijo Tate y, tras el gesto de invitación de Olivia, entró en la habitación.

Ella se rio.

—Ya te acostumbrarás —dijo.

Entonces, se giró a mirar a las niñas, que estaban sentadas frente a la encimera de la cocina, coloreando muy concentradas. Tate no lograba darse cuenta de qué estaban dibujando, pero le hizo gracia el modo en que Melissa dibujaba, metódica y cuidadosamente, en contraste con Jackie, que se entregaba a la tarea con desenfreno.

—Niñas, ¡mirad quién ha llegado! —exclamó Olivia, y las mellizas levantaron la mirada. Sus sonrisas golpearon a Tate como un puñetazo en el pecho. Eran *sus* niñas. Y sonreían al verlo.

—¡Tate! —exclamó Jackie—. ¡Ven a ver el panda que he dibujado!

—Qué bonito —dijo él—. Nunca había visto un panda púrpura y verde.

—El púrpura es mi color favorito —le informó ella—. El verde es el segundo. El azul es el tercero. Antes, el rosa era el cuarto, pero creo que ahora me gusta más el amarillo. ¿A ti te gusta el amarillo, Tate?

—Me encanta el amarillo.

—Niñas, os pido que dejéis de colorear un minuto —intervino Olivia antes de que prosiguiera la conversación—. Tate y yo tenemos algo que deciros.

Melissa frunció el ceño.

—Estás nerviosa. ¿Nos vamos a mudar otra vez?

Olivia levantó las cejas.

—No, mi amor, claro que no. Ya os dije que vamos a quedarnos aquí. Pero... ¿recordáis que, cuando hablamos de la mudanza, os dije que vuestro padre vivía en Montana?

Las niñas asintieron a la vez.

—¿Y recordáis que me preguntasteis si le veríamos aquí, y yo os dije que no lo sabía, pero que tal vez sí? ¿Que tal vez algún día levantaríamos la vista y él estaría allí?

Las niñas volvieron a asentir.

—Vale, pues el otro día cuando Jackie se torció el tobillo y estábamos esperando que vinieran a rescatarnos... Levanté la vista —dijo Olivia, mirando de reojo a Tate—. Y allí estaba él.

—Pero el que nos rescató fue Tate —dijo Melissa, frunciendo el ceño, y a Tate se le hizo un nudo en el estómago. ¿Acaso a la niña no le gustaba la noticia?

—Exacto —respondió Olivia—. Tate es vuestro padre.

Sin dejar de fruncir el ceño, Melissa se bajó del taburete y caminó hacia Tate. Él se agachó para poder mirarla a los ojos.

—¿Eres mi papá?

Tate carraspeó.

—Sí. Soy tu papá.

La niña ladeó la cabeza como contemplando la idea; era un gesto tan conocido que Tate casi se quedó sin aliento del asombro. Pero, al instante, Melissa se acurrucó contra su pecho, le rodeó el cuello con los brazos, y Tate tuvo que dar todo de sí para contener el llanto.

—Hola, papi —le susurró ella al oído, y le abrazó más fuerte.

—Hola, mi amor —respondió él, y también la abrazó.

Otro par de brazos lo rodeó un segundo después y él se giró para incluir a Jackie en el abrazo. Oyó un clic y, cuando levantó la vista, vio a Olivia, llorando sin disimulo y con el móvil en la mano: estaba haciéndoles una foto. Tate nunca había sido de tener muchas fotografías en su casa, pero quería tener esa. Era un momento que no quería olvidar jamás.



Tate habría estado feliz de quedarse suspendido en ese momento para siempre, pero Olivia y las niñas tenían cosas que hacer. Específicamente, iban a empaquetar sus cosas y conducir al pueblo para conocer su nueva casa.

—¿Dónde está la casa? —preguntó Tate al conocer sus planes.

—En la avenida Wyatt, cerca de la avenida principal. Es una casa de dos habitaciones.

—¿Es uno de los bungalós de la señora Anderson?

—¡Sí! Justamente —respondió Olivia. Parecía sorprendida.

—No hay muchas casas de alquiler en el centro. ¿Te importa si te acompaño? —le preguntó él. Norene Anderson tenía fama de ser una pésima casera, y le daba terror la idea de que el nuevo bungaló de Olivia fuera mucho menos atractivo de lo que había pensado ella al alquilarlo en línea.

—Claro que no —respondió ella, sonriente—. Estás más que bienvenido a acompañarnos.

«Menos mal», pensó Tate. No había modo de saber en qué condiciones estaría la casa que Norene quería alquilarle a Olivia.

Una hora más tarde, tras guardar todas las cosas de Olivia y las niñas en el maletero del Honda, Tate condujo hasta su cabaña para buscar su camioneta y a Langosta, que no podía más de ansiedad, y después Olivia y las niñas lo siguieron por el camino montañoso hasta el centro del pueblo. Tate se pasó todo el viaje mirándolas por el espejo retrovisor y suspiró aliviado cuando por fin dejaron atrás las montañas y llegaron a las carreteras más seguras, cerca del centro.

Al llegar a la dirección que le había pasado Olivia, Tate fue bajando la velocidad y miró por el parabrisas con aprensión. La señora Anderson, que las había citado allí para darles las llaves de la propiedad, estaba parada en la entrada, cubierta de nieve que nadie se había molestado en quitar con una pala, y hablaba con Jake Pickelner. El mismo Jake Pickelner que era dueño de Servicios de Restauración Pickelner, tal como anunciaba el rótulo en el lado de su camioneta: «Inundaciones, granizo, delitos e incendios: arreglamos todo al mejor precio».

Tate se bajó de la camioneta sin esperar a que Olivia y las niñas aparcaran detrás de él y bajaran del coche. Sin más, se dirigió directamente hacia Norene y Jake, con Langosta caminando a su lado.

—¿Qué tal, Tate? —lo saludó Jake, extendiéndole la mano—. ¿Qué te trae por aquí?

Tate le estrechó la mano y saludó a Norene con un gesto de la cabeza. Ella lo miró con los ojos entrecerrados; estaba claro que estaba preguntándose qué hacía él allí.

—He venido a ayudar a la nueva inquilina de Norene con la mudanza.

—No sabía que conocías a la señorita Wickham —dijo Norene.

—Sí, la conozco —respondió él, sin dar más explicaciones. Sabía que, hablara o no, se iba a correr la voz en muy poco tiempo, y él no le debía nada a Norene, ni siquiera una explicación—. ¿Hay algún problema con la casa? —preguntó, señalando la casita, cuyo porche delantero era del tamaño de un sello, más o menos.

Jake miró a Norene, que puso su mejor cara de «no hagas enfadar a la vieja bruja».

—Se han roto algunas tuberías durante la tormenta, así que el agua ha causado varios daños.

Tate contuvo las ganas de maldecir. Desde el momento en que Olivia le había dicho que había alquilado una de las pocilgas de Norene, había sabido que iba a pasar algo así.

—¿Cuántos daños? —preguntó, mirando a Jake, que parecía incómodo, pero respondió de todos modos.

—Va a haber que cambiar o restaurar los pisos de madera, depende. En algunas partes están hinchados y están llenos de manchas, incluso en las habitaciones. —Jake pateó un montoncito de nieve junto al neumático de la camioneta—. También habrá que cambiar la mampostería de la cocina y de la sala de estar, y hay que cambiar las tuberías que han explotado en la cocina y en el baño. Justo le estaba diciendo a Norene que también sería buen momento para cambiar la instalación eléctrica, aunque eso tendría que salir de su bolsillo, porque el seguro solo cubre los arreglos de los daños causados por el agua. El cableado que hay ahora es el clásico de perilla y tubo de los años treinta.

Norene se ponía más seria a cada segundo que pasaba.

—Vamos a esperar hasta que hayas secado la casa. No tiene sentido reemplazar la instalación eléctrica si funciona bien.

A menos que eso significara correr el riesgo de que se incendiara la casa donde vivían sus hijas, pensó Tate, mirando a esa vieja taimada con el ceño fruncido.

—Hola —los saludó Olivia, que por fin había llegado—. ¿Usted es la señora Anderson? Soy Olivia Wickham.

Le extendió la mano a la mujer educadamente, y Norene se la estrechó sin ganas, y le soltó la mano en cuanto pudo. Tras las presentaciones correspondientes, Olivia miró a Tate.

—¿Por qué siento que pasa algo raro?

Jake le explicó la situación, y Olivia lo escuchó muy atentamente.

—Bueno, igual podemos entrar a mirar, ¿verdad? —preguntó—. O, al menos, entrar a hablar. Disculpad, pero me estoy congelando aquí fuera.

Tate había olvidado que Olivia era de una región con un clima más cálido, al menos según los parámetros de Montana.

—Gran idea —dijo Jake.

Norene murmuró algo que sonó como «no van a durar» y «urbanitas remilgadas» y, cuando Tate la fulminó con la mirada, cerró la boca, pero ella también le lanzó una mirada asesina. Olivia llamó a las niñas, y todos se dirigieron al interior de la vivienda.

Cuando se cerró la puerta, Tate se quedó parado en la entrada de la casa, impactado. Era peor de lo que había pensado. El agua había viajado desde la cocina hasta la sala de estar, y también hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones. Los pisos de roble amarillo estaban oscurecidos por las manchas y levantados en los bordes, en las partes donde se había acumulado el agua. Tate empezó a recorrer la casa para mirar todo de cerca. Cuando pisó un charco en una esquina de la habitación, levantó el pie con cuidado.

—¿Mami? —dijo Jackie con tono quejumbroso—. No me gusta esta casa. Volvamos a la otra.

Olivia miró a Tate con expresión suplicante.

—¿Sabéis qué hay aquí? —les preguntó a las niñas, tomándolas de la mano—. Un patio lleno de nieve. ¿Queréis hacer un muñeco de nieve?

Tal como esperaba, las mellizas aceptaron y, después de acompañarlas al patio trasero, que estaba vallado, volvió a entrar y se dirigió a Norene.

—Esta casa está inhabitable —le dijo sin preámbulos.

—Cuando la sequen, tal vez mejore —intervino Olivia.

Tate la miró con una ceja levantada y ella abrió la boca para decir algo más, pero volvió a cerrarla.

—No —dijo Jake—, Tate tiene razón. Pasará un buen tiempo hasta que se pueda vivir aquí. Ni siquiera lo digo porque sea incómodo; es peligroso, sobre todo para las niñas.

Para alivio de Tate, Olivia por fin se mostró preocupada.

—Bueno, ya has pagado el primer y último mes, y no voy a devolverte el dinero —anunció Norene—. Podemos aplazar la mudanza, pero asumiste un compromiso por doce meses. No puedes rescindir el contrato.

Tate estaba a punto de saltarle a la yugular cuando Olivia lo miró y le preguntó:

—Podemos quedarnos contigo hasta que la arreglen, ¿verdad?

Él la miró y, por un momento, no supo qué decir. ¿Quedarse con él? No un día o dos, sino, posiblemente ¿semanas? Quería pasar tiempo con ellas (de hecho, esperaba hacerlo), pero había pensado que las cosas iban a suceder a un ritmo más gradual, lento. Que tendrían la oportunidad de acostumbrarse a estar juntos. Eso no era gradual. Era ir a la velocidad de la luz, y no estaba preparado en absoluto. Pero, con todos mirándolo, ¿qué podía hacer? Se obligó a sonreír y dijo:

—Sí. Por supuesto.



Olivia, parada en medio de la sala de estar de Tate, con Langosta a su lado, se quedó mirando a las niñas subir la escalera arrastrando sus pequeñas y coloridas mochilas. Tate estaba fuera talando madera. Olivia no entendía bien por qué, dado que había una gran pila de leña en el porche y otra más dentro, junto a la chimenea, pero Tate parecía convencido de que hacía falta más. Olivia oía los golpes monótonos del hacha que venían desde el fondo.

Al oír a las niñas jugando en el piso de arriba, Olivia suspiró profundamente y dio una vuelta completa para observar el espacio que la rodeaba. Aunque había estado allí hacía tan solo veinticuatro horas, sentía que habían pasado meses.

Langosta arrimó la cabeza a su mano, y ella le acarició con actitud distraída. Tate había estado muy callado tras descubrir que ella y las niñas no podrían mudarse a la casa que había alquilado, y Olivia no pudo evitar preguntarse si él no quería que se quedaran en su casa. Después de la noche que había pasado juntos y la hermosa mañana que habían compartido, en la que las niñas lo habían aceptado como su padre, había pensado que habían dado un gran paso. No habían

hablado en profundidad de lo que pasaba entre ellos, pero Olivia creía que ambos estaban de acuerdo en querer ver adónde iba todo. ¿Acaso había malinterpretado por completo la situación?

Un bocinazo interrumpió sus pensamientos y, cuando se acercó a la ventana, vio una gran camioneta de caja abierta, parecida a la de Tate, que acababa de aparcar frente a la cabaña. Un hombre mayor, que llevaba sombrero, vaqueros y abrigo, bajó del asiento del conductor, y una mujer de pelo rojizo recogido en un moño y un abrigo igual que el del hombre bajó del asiento del copiloto.

Cuando Tate apareció desde el fondo de la casa, la mujer fue corriendo y le dio un gran abrazo y dos besos antes de soltarlo. El hombre, más reservado, le estrechó la mano y le dio una palmada en el hombro.

Esos debían ser los padres de Tate. Olivia respiró hondo y trató de prepararse. Montana le había dado un recibimiento tremendo, y parecía que estaba a punto de ponerse aún más intenso.



—Él es mi padre, Thomas —dijo Tate, quitándose su abrigo y colgándolo en el armario junto a la puerta antes de coger los abrigos de las visitas—. Y ella es mi madrastra, Lucy.

Olivia esbozó una sonrisa radiante y estiró la mano para saludarlos, pero Lucy le dio un abrazo de oso.

—Nada de formalidades —le dijo la mujer, sonriendo—. Ahora somos familia.

—Encantada de conoceros —les dijo Olivia mientras Tate guardaba los abrigos de sus padres.

—Bueno, debo decir que esto ha sido toda una sorpresa, pero nosotros también estamos encantados de conocerte —dijo Thomas amablemente.

—¿Quieres un café, papá? —preguntó Tate—. Descafeinado —añadió, y miró rápidamente a Lucy buscando su aprobación.

—Me encantaría —respondió Thomas—. Pero ponle un poco de leche. El descafeinado solo está imbebible.

Tras preguntarles a Lucy y Olivia qué querían tomar, Tate se dirigió a la cocina, y Olivia se sentó en la sala de estar con Thomas y Lucy. Aguzó el oído para ver qué estaba pasando en el piso de arriba. Se notaba que las mellizas estaban absortas en lo que fuera que estuvieran haciendo, pero ya llevaban diez minutos tranquilas y no era probable que se mantuvieran así mucho más. Girando la cabeza hacia los invitados, les dijo:

—Sois muy amables al venir a visitarnos, y sé que seguramente os morís por conocer a las niñas.

A Lucy se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió. Thomas le dio una palmadita en la mano a su mujer.

—Si te parece que están listas —respondió Thomas.

—Han tenido que vivir muchos cambios estos últimos días, pero creo que se lo están tomando

bien.

Olivia se quedó callada y miró a Lucy, que estaba reclinada contra Thomas. Era obvio que estaban muy enamorados. Le recordaron a sus padres y, de golpe, sintió una explosión de pena en el pecho al pensar que sus hijas iban a conocer a sus abuelos paternos, pero nunca iban a tener la oportunidad de conocer a los maternos. El dolor de la pérdida todavía la embargaba en determinados momentos, no tan a menudo como al principio, pero lo suficiente como para sentir ese pinchazo en el pecho. No obstante, sabía manejar la situación. Respiró profundo para superar el dolor y se recordó que debía concentrarse en la gratitud. Una semana antes, ella y las niñas solo se tenían las unas a las otras. Ahora, en cambio, tenían padre, y estaban a punto de tener abuelos. Era algo positivo. Muy positivo.

—Esta mañana, les hemos dicho que Tate es su padre, y parece que la noticia las puso muy contentas. Todavía no hemos podido contarles que también tienen abuelos, pero creo que les va a gustar la idea.

En ese momento, Tate apareció con el café y comenzó a repartir las tazas.

—Vale, ha llegado la hora, ¿no? —preguntó. Parecía bastante nervioso.

Olivia se acercó a él y le apretó la mano.

—Todo va a ir bien.

Sin más, subió las escaleras y fue a buscar a las niñas. Las encontró sentadas con demasiada cara de inocentes, lo cual no podía significar nada bueno... pero ninguna de las dos estaba sangrando y no vio nada roto, así que decidió dejarlo pasar, al menos de momento.

—Vamos abajo —dijo—. Hay unas personas que quieren conoceros.

—¿Qué personas? —preguntó Melissa.

—Los padres de papá —respondió Olivia.

—¿Papá tiene padres? —preguntó Jackie. Parecía asombrada.

—Claro que sí —dijo Olivia, y la ayudó a bajar la escalera. Aunque parecía que a la niña ya no le dolía el tobillo, mejor prevenir que curar.

Olivia oyó a Lucy soltar un grito ahogado cuando vio a las niñas por primera vez. En cuanto bajaron el último escalón, Jackie y Melissa fueron corriendo hacia Thomas que, como notó Olivia, tenía los ojos un poco llorosos. Lucy, por su parte, estaba secándose las lágrimas sin disimulo. Los dos estaban sonriendo de oreja a oreja.

—¿Eres el papá de mi papá? —le preguntó Jackie a Thomas.

El hombre rio.

—Así es. ¿Y sabes qué significa eso? —Cuando las mellizas negaron con la cabeza, Thomas sonrió—. Significa que soy vuestro abuelo. —Estiró la mano y tomó la de Lucy—. Y ella es vuestra abuela.

Melissa miró a Lucy con mucho interés.

—Papá nos habló de ti. Tú le diste esos adornos tan bonitos de Navidad, ¿no?

—Sí, fui yo —confirmó Lucy—. Y debo decir que ha quedado todo maravilloso. Me encanta el árbol. ¿Vosotras ayudasteis a decorarlo?

Después de eso, la timidez desapareció por completo. Las niñas se interrumpían la una a la otra mientras describían hasta el último detalle del proceso, desde el momento de escoger el árbol hasta el momento de decidir qué adorno iba dónde. Lucy y Thomas las escuchaban atentamente, como si fuera la historia más fascinante que habían escuchado en su vida. Al poco tiempo, Jackie ya estaba instalada sobre la falda de Lucy y Melissa estaba sentada junto a Thomas, con la misma cara seria de siempre, preguntándole a su abuelo cosas sobre Tate de cuando era pequeño.

—Cuando era pequeño, ¿mi papá tenía un perro como Langosta?

Al oír su nombre, el labrador sacudió la cola, levantó la cabeza desde donde estaba acostado, a los pies de Tate, y soltó un ladrido. Thomas rio y chasqueó los dedos y, cuando el perro se acercó, comenzó a acariciarle la cabeza sedosa. Después, rodeó a Melissa con un brazo y le habló con dulzura.

—Cuando tu papá era pequeño, teníamos un *golden retriever*. ¿Has visto uno alguna vez?

La niña miró a su madre en busca de ayuda.

—Los padres de Jessie tienen un *golden retriever* —le recordó Olivia.

Melissa asintió, y Thomas se puso a contarle historias sobre el perro de la infancia de su hijo. Tate estaba callado como siempre; miraba todo lo que pasaba a su alrededor, pero no participaba mucho. Cuando se levantó a servirse otra taza de café, Olivia lo siguió a la cocina.

—Parece que todo está saliendo bien —comentó, mirándolo.

—Así parece —respondió él.

—Mira... —Olivia bajó la voz para que no la escucharan los demás—. Sé que esto ha sido mucho para todos. Y también ha sido... —hizo una pausa y respiró hondo— rápido.

Tate pareció relajarse un poco y el alivio que sentía se hizo evidente en su rostro.

—Muy rápido —dijo.

—Ahora que ya se han terminado las grandes revelaciones, intentemos establecer algún tipo de normalidad y de ser pacientes el uno con el otro. Sé que tú tienes tu vida y la pusiste en pausa durante la tormenta, pero ahora ya puedes retomarla, y las niñas y yo estaremos bien. Planifiqué la mudanza en esta época para tener tiempo de instalarnos antes de que vayan al colegio y yo empiece a trabajar. Quizá no estemos instaladas como había planeado con todo el tema de la casa, pero aun así, tengo cosas que hacer. —Apoyó la taza en la encimera y empezó a contar con los dedos—. Tengo que abrir la cuenta bancaria, coordinar citas con el médico y el dentista, y tendré que guardar todos los muebles en un guardamuebles cuando llegue el camión de la mudanza.

Tate llenó la taza de café de Olivia y se la dio. Después, se quedó mirándola. Ella le puso un poco de leche y lo removió antes de continuar:

—Lo que estoy diciendo es que los dos tenemos muchas cosas que hacer y no hace falta que tomemos más decisiones por ahora. Me quedaré en la habitación de invitados con las niñas. Podemos tomarnos un tiempo para hacer todas las cosas que debemos hacer normalmente. Ninguno se irá a ninguna parte. Tenemos tiempo de sobra para decidir cómo queremos que siga todo.

Tate parecía cada vez más aliviado y esbozó una sonrisa tímida.

—Tienes razón —le dijo—. Gracias. Han sido un par de días bastante intensos y sería bueno que todo volviera a la normalidad por un tiempo.

Olivia bebió un sorbo de café. Era cierto. Sería genial tener un poco de normalidad después de los días más caóticos que había vivido en mucho tiempo.

CAPÍTULO CATORCE

—Entonces, ¿moviste al rebaño al terreno norte? —le preguntó Tate a su capataz John afuera de la casa de su padre.

—Sí, logré moverlo antes de que llegara la tormenta. Esta mañana temprano he mandado a algunos de los chicos a que controlaran que estuvieran bien y que aguantaran el mal tiempo.

Tate desbloqueó la pantalla de su iPad y asintió ausente.

—Bien. ¿Cómo vamos con las reparaciones del establo auxiliar?

Mientras oía el informe de John, Tate contempló el terreno cubierto por la nieve que nacía junto a la puerta de la casa de su padre. Le sentaba bien volver a trabajar. Olivia tenía razón: necesitaba volver a la normalidad. Se había levantado antes de que ella y las niñas se despertaran, y creía que era lo mejor. Todos necesitaban un poco de tiempo y espacio a solas para volver a incorporarse a su rutina de trabajo. Al terminar de organizar la jornada con John, Tate se giró y se dirigió a su camioneta.

—¿Hijo? —lo llamó su padre desde la puerta de su casa. Tate se dio la vuelta y se encontró con Thomas en el porche—. Veo que estás activo desde primera hora —comentó junto a Tate, contemplando el horizonte con una taza de su café de siempre en la mano. Vestía una chaqueta de piel de oveja y su viejo sombrero de vaquero de trabajo, así que cumplía a la perfección con el estereotipo del viejo ranchero curtido.

—He estado atrapado en la cabaña casi tres días —le respondió Tate mientras se acomodaba su sombrero de vaquero y metía la mano en el bolsillo de su abrigo—. Por desgracia, mis labores no se cogieron vacaciones.

Thomas le dedicó una mirada fugaz.

—Pensaba que ibas a querer pasar más tiempo conociendo a tu nueva familia. Me podrías haber llamado, yo me puedo ocupar de esto. Sabes que no tengo problema en hablar con John y encargarme de que todo aquí marche sobre ruedas.

Tate sabía que su padre había administrado el rancho con éxito durante varias décadas, pero cuando él pasó a estar al mando, cambió muchas cosas, instaló nuevos sistemas y reordenó las prioridades. Le inquietaba un poco pensar en su padre teniendo que lidiar con esa situación, esforzándose y estresándose por mantener todo bajo control.

—Gracias, pero anoche, Olivia y yo decidimos que lo mejor para todos iba a ser que volviéramos a la normalidad. Hemos recibido demasiada información en solo tres días, así que necesitamos volver a nuestra rutina, ¿sabes?

Thomas frunció el entrecejo, y se mostró anonadado. Tras recomponerse, dijo:

—Comprendo que han pasado muchas cosas en muy poco tiempo, pero ¿te has dado cuenta de que ahora tu normalidad es otra?

Tate sintió una punzada en el estómago, pero respiró hondo.

—Sí, claro. Hemos hablado del tema, hemos quedado en que voy a pasar tiempo con las niñas para incorporarme a sus vidas. Olivia me sugirió que empezáramos juntándonos a cenar de vez en cuando. Pero eso no tiene nada que ver con mi trabajo. Con o sin hijas, yo tengo que ocuparme de este rancho, y eso no va a cambiar.

Como Thomas no le respondió, Tate se tranquilizó. Bien. Era obvio que su padre entendía lo que le estaba diciendo. Le hacía mucha ilusión que las niñas formaran parte de su vida, y deseaba poder construir algo con Olivia, pero no había prisa. No todo tenía por qué cambiar. Algunas cosas podían seguir su curso normal. Satisfecho por haber aclarado las cosas, se despidió de su padre y dio inicio a su jornada. Iba a ser un día largo, así que no podía perder más tiempo hablando.



Una semana más tarde, Olivia miraba lo que había sido la sala de estar de la casa en la que se suponía que ya debía estar viviendo. El suelo no estaba colocado y de las paredes solo quedaban los montantes. Las cosas que había traído de Washington estaban en un guardamuebles carísimo en el pueblo contiguo, que estaba a más de 15 kilómetros por carretera.

—Habrà que colocar placas nuevas, acondicionarlas, reemplazar el panel de yeso, colocarle cinta y mezcla, revestimiento texturizado y, por último, darle una mano de pintura —explicó Jake y se acercó a Olivia—. Yo no te he dicho nada, pero deberías insistirle a la señora Anderson para que renueven la instalación eléctrica antes de que coloquemos el panel de yeso. Ya tendrían que haber reemplazado este cableado de perilla y tubo, lleva aquí más de 30 años. —Dobló el papel con la lista de cosas que había que arreglar, se lo metió en el bolsillo y la miró serio—. No estoy intentando sacarte más dinero, te lo juro, es que es literalmente ilegal que este cableado siga instalado, y créeme que por algo es. No voy a denunciar a la señora Anderson porque es propietaria de la mitad de los alquileres del pueblo y yo necesito trabajar, pero si el inspector se llegara a enterar de esto, la multaría por una suma mucho más abultada que la suma total de la nueva instalación.

A Olivia le zumbaba la cabeza. Había intentado concentrarse en lo positivo, como estaba acostumbrada a hacer, y casi siempre lo lograba si se esforzaba lo suficiente, pero estaba siendo una semana particularmente desafiante, incluso para ella.

—¿Existe la posibilidad de que pueda alquilar otro lugar? —le preguntó a Jake—. Creo que me va a ser más fácil zafarme de este contrato que lograr que la señora Anderson reemplace el cableado.

Jake soltó una carcajada, pero se puso serio cuando vio que Olivia no bromeaba. Se rascó la nuca, incómodo, y le respondió:

—La última vez que unos inquilinos intentaron zafarse de uno de sus contratos de alquiler, ella los demandó. Al final perdió, pero alargó tanto el proceso que terminaron pagándole diez mil dólares al abogado por honorarios. Les hubiera salido más barato pagarle el alquiler a ella. —Le sonrió con simpatía y añadió—: Además, es la única propietaria del pueblo. La otra opción es que te vayas a la montaña.

Olivia soltó un suspiro.

—Bueno, le voy a comentar lo del cableado, pero prométeme que harás todo lo posible por ir agilizando el resto de las cosas que hay que hacer. Es difícil para mis hijas no tener su propio espacio, y como nuestras cosas siguen en el guardamuebles, estamos un poco estresadas.

Jake la miró perplejo.

—Conozco la casa de Tate. Es preciosa.

—Sí, pero no es nuestra casa. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Él asintió, aunque ella no creía que él la entendiera del todo.

Mientras Olivia conducía a la casa de Thomas y Lucy, donde había dejado a las niñas para hacer los recados por la tarde, hizo un repaso de los últimos días. A partir de la noche en la que le había dicho a Tate que debían retomar sus rutinas, parecía que él se había dispuesto a cumplir la sugerencia a rajatabla. Pero volver a la normalidad implicaba irse a trabajar cuando todavía estaba oscuro, regresar a su casa bien entrada la noche, pasar el tiempo leyendo revistas de rancheros y sacar a pasear a Langosta por la nieve.

Tate había compartido con ella y las niñas una sola cena y un solo desayuno, y habían cruzado, como mucho, cincuenta palabras en ese tiempo. Olivia tenía la impresión de que él no sabía cómo manejarse con ellas en su casa... o en su vida.

Si le daba importancia a esa idea, se le iba a romper el corazón, así que lo pasó por alto, pues no tenía tiempo para preocuparse por eso. Faltaban solo tres días para Navidad y aún no tenía nada que regalarles a las niñas. El árbol que habían decorado en casa de Tate había quedado bien, pero sus adornos de toda la vida, los que había heredado de sus padres, los que las niñas usaban siempre, estaban guardados en el guardamuebles, por ende, el espíritu navideño brillaba por su ausencia. No habían ido a ver a Papá Noel, no habían preparado galletas navideñas ni habían ido a fiestas en casa de sus amigos. Las niñas estaban de mal humor, Olivia estaba alterada, y cualquier posibilidad de formar pareja se había esfumado tan rápido como Tate esa mañana cuando se había ido a trabajar.

Aparcó frente a la casa de Thomas y Lucy y soltó un suspiro profundo. Lo único bueno de todo lo que estaba pasando era que podía contar con ellos. No podía haber pedido abuelos que fueran más amables y mejores personas que ellos. Ese era sin dudas un regalo irremplazable que le había obsequiado la mudanza.

Estaba subiendo las escaleras del porche cuando se abrió la puerta y Melissa salió rebotando y abrazó sus piernas, gesto que sorprendió a Olivia viniendo de su hija más callada.

—Hola, Lissa, ¿va todo bien?

Los ojos de Melissa brillaron mientras observaba a su madre.

—Mami, ¡nos hemos divertido mucho! —exclamó en un susurro, como si temiera que al gritar se arruinara el momento.

Olivia sonrió y acarició el pelo de su pequeña.

—Pues me alegro mucho. ¿Por qué mejor no me cuentas todo adentro, que está más calentito?

Dejó que Melissa la llevara adentro y se quitó el abrigo y las botas. Escuchó las voces de Lucy y Jackie en la cocina, pero Melissa no la llevó allí, sino que fueron para el estudio. Las paredes de esa gran habitación estaban cubiertas por estanterías llenas de libros. Los muebles, que parecían muy cómodos, eran de estilo occidental, había sofás y sillas de cuero mullidos, y también había un gran escritorio de roble y alfombras de cuero.

Thomas estaba sentado en un sillón de un cuerpo, con las gafas de cerca colgando de la nariz, y un álbum de fotos en las manos.

—Ahí estás —dijo esbozando una sonrisa cálida—. Hemos estado mirando por la ventana a ver cuándo llegabas —añadió y le guiñó un ojo.

—Me han dicho que lo habéis pasado muy bien —dijo Olivia mientras se sentaba en el sofá que estaba cerca de Thomas.

Melissa fue a sentarse en el regazo de Thomas como si fuera algo cotidiano y, al ver la escena, Olivia pestañeó sorprendida. Él dejó el álbum de fotos a un lado para hacerle espacio a su nieta y la abrazó de forma casual.

—Vale, ¿quieres contarle a tu madre lo que hemos estado haciendo?

Melissa se giró hacia Olivia y le hizo una letanía de las actividades del día: habían visitado el establo, habían aprendido los nombres de los arreos para los caballos (y los nombres de los caballos, por supuesto), después habían ido al ático a probarse el vestido de novia de su abuela fallecida, habían aprendido a cortarle la punta al puro («Pero el abuelo no puede fumar, solo puede masticar el tabaco»), y por último les habían contado un cuento con el apoyo del álbum de fotos, y el protagonista era «papi».

Cuando Melissa terminó la historia, Olivia tenía los ojos llenos de lágrimas, y tuvo que tomarse un momento antes de poder hacer un comentario sobre todo aquello.

—Hace... —Carraspeó—. Hacía mucho no escuchaba acerca de un día tan increíble como el que habéis tenido hoy. —Miró a Thomas y añadió—: No sé cómo agradeceróslo.

Él le sonrió con gentileza.

—Esperamos que sea el primero de muchos. Hacía años que no me divertía tanto.

—¿Tu hermana ha hecho todo esto contigo? —le preguntó Olivia a Melissa.

—Estuvo para lo del establo y lo del vestido. Después quiso ir a plantar hierbas a la cocina y hornear galletas. —Melissa miró a Thomas con ternura—. Yo quería quedarme con el abuelo. La

abuela Lucy dice que la próxima vez podemos cambiar, y que voy a poder comer galletas, aunque no las haya horneado.

Thomas se rio y dijo:

—Te apuesto a que, si vas ahora mismo a la cocina, verás que la abuela Lucy ya tiene galletas listas para comer, y seguro que un vaso de leche también.

Melissa miró a su madre.

—Anda, ve —le dijo Olivia sin poder contener la risa—. Enseguida estoy con vosotras.

Melisa salió corriendo y Olivia se puso de pie para ir detrás, pero Thomas la detuvo.

—Las niñas nos han contado que Tate solo pasó tiempo con ellas apenas llegaron, y que ahora casi ni lo ven —comentó apenado.

Olivia dudó sobre qué decir, pues no sabía cómo manejar la situación. No quería que Tate creyera que ella se había quejado de él con sus padres. Además, Thomas y Lucy habían sabido respetar los límites de su relación hasta el momento, y no quería que eso cambiara. Sabía que sería inapropiado dejar que ellos interfirieran en lo que fuera que estaba pasando en casa de Tate.

—No me tienes que decir la verdad —le dijo Thomas, que parecía estar leyendo sus pensamientos—. No quiero entrometerme en vuestras cosas, pero conozco bien a mi hijo. —Suspiró y puso el álbum de fotos en la mesa baja mientras se inclinaba hacia adelante y apoyaba los codos en las rodillas—. Melissa me recuerda mucho a él de niño. Es muy observadora. Le gusta aprender cosas nuevas y no se arriesga a hacer nada sin antes cerciorarse de que le va a salir perfecto.

Olivia no podía creer lo bien que él conocía a su hija.

—Tate fue siempre así, pero... bueno, empeoró cuando perdió a su madre. —Olivia lo vio tragar con fuerza—. Anne era un ángel. Transmitía paz y tranquilidad con cada cosa que hacía. —Carraspeó. Era obvio que seguía sintiendo cosas por ella—. Cuando Anne murió, yo no tuve las herramientas para entender lo que su muerte iba a causar en Tate. Hice lo que creí que había que hacer: lo mantuve ocupado y me aseguré de estar siempre en casa cuando volvía del colegio. También aprendí a cocinar algunos de los platos que le preparaba su madre. Yo creía que si no se portaba mal ni me decía que estaba angustiado era porque estaba bien.

Olivia se le acercó y le dio un apretón en la rodilla en señal de apoyo.

—Estoy segura de que hiciste todo lo que estuvo a tu alcance. Debe haber sido una etapa muy difícil para ambos.

—No me di cuenta de que con niños como Tate, o Melissa, hay que buscar la forma de ayudarlos a decir lo que sienten... —Se encogió de hombros— porque si no, no lo hacen.

Olivia no sabía qué responder, y tampoco sabía qué esperaba oír Thomas, así que esperó en silencio.

—Pero he sido el padre de Tate más de tres décadas, y hace muchos años que soy su único padre. Con el paso del tiempo, desarrollé la habilidad de darme cuenta de lo que no logra decir. A mi

hijo le cuesta conectar con la gente. En el fondo, creo que le da miedo involucrarse con los demás porque sabe lo mucho que duele perder a quien uno ama.

A modo de respuesta, Olivia soltó un sonido extraño y se le llenaron de lágrimas los ojos.

—Hace años que mantiene una sana distancia entre él y el resto. Cuando las niñas me dijeron que no habían pasado mucho tiempo con él esta semana... Dios, cuando lo vi llegar a trabajar antes de las siete de la mañana, entendí que se estaba aislando de nuevo.

«Maldita sea», pensó Olivia. Justo cuando creía que su día no podía empeorar. Negó con la cabeza y dijo:

—No sé qué hacer con esto que me dices. —Miró a Thomas apenada—. ¿Qué me estás pidiendo?

El hombre le sonrió con dulzura y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Eso depende de ti, cariño. Como te he dicho, no me quiero entrometer. Solo me parecía importante que lo supieras, tal vez puedas ser paciente con él. Él sabe querer con pasión, pero se ha estado retrayendo durante mucho tiempo. No va a cambiar de la noche a la mañana. —Se oyó la voz de Lucy desde la cocina, y después se sumaron las de las niñas, que los llamaban—. Será mejor que vayamos —dijo el hombre y se puso de pie.

Olivia fue detrás.

—Madre mía, qué bien huele todo. Felicidades a las cocineras —les dijo Olivia a Lucy y Jackie mientras entraba a la espaciosa cocina detrás de Thomas. Recorrió el lugar con la mirada y se sorprendió por la cantidad de estantes que estaban llenos de galletas recién hechas.

—Son para comer en Navidad —explicó Jackie, que estaba hecha toda una pastelera con su delantal cubierto de harina—. Pero hemos hecho algunas de más para comer ahora, ¿verdad, abuela?

—Así es —respondió Lucy a la vez que abría uno de los armarios y sacaba vasos para servir un poco de leche.

Olivia vio a Melissa inspeccionar las galletas mientras su hermana le susurraba al oído los diferentes tipos que habían hecho. Como si hubieran estado cronometradas, Melissa cogió una galleta con azúcar decorada con lo que parecían ser trocitos de caramelo de menta y chocolate blanco.

—Esas son de mis favoritas —le dijo Lucy y le dio un mordisco a una.

Melissa eligió una y se la llevó a la boca para darle un mordisco con mucho cuidado. Pareció que sus ojos se iluminaron al saborear la frescura de la menta con la dulzura del chocolate blanco, y asintió para mostrar que estaba de acuerdo con Lucy. Señaló unas galletas que parecían de canela y Jackie muy orgullosa dijo que las había hecho ella, así que Olivia cogió una. Antes de darle un mordisco, respiró hondo para sentir el aroma del azúcar y la canela.

—Bueno, no me quiero quedar fuera —dijo Thomas para meterse en la conversación.

Su voz rompió el hilo de pensamiento de Olivia. Charlaron y se rieron mientras se atiborraban de

galletas tibias con leche fría. Era la primera vez en casi cinco años que Olivia sentía una sensación similar a la que había experimentado en el pasado cuando estaba con sus padres, y eso la tranquilizó un poco. Estas dos personas querían a sus hijas. Eran buenas, eran de fiar, y la apoyaban.

Tras abrigar a las niñas, se dirigieron al coche y Olivia se dio cuenta de que al menos una cosa en su nueva vida ya estaba clara. Sin importar lo que pasara con Tate, tanto ella como las niñas tenían personas en quienes apoyarse. Thomas y Lucy iban a ser muy buenos abuelos. Lo que no sabía era si su hijo iba a poder cumplir con su rol de padre.

CAPÍTULO QUINCE

La vuelta a la normalidad no incluía a una melliza gritando mientras la otra permanecía desnuda chorreando agua por todo el suelo de la sala de estar. Tate estaba cruzado de brazos frente a Melissa, que temblaba y goteaba agua. Jackie, que estaba igual de empapada, lloraba en brazos de Olivia.

—Tranquila —la calmó la madre—. Si lloras, no puedo entender lo que me quieres decir.

La expresión obstinada de Melissa le dio a entender a Tate que lo que fuera que había pasado debía ser culpa suya. Él estiró el brazo hacia el respaldo del sofá, tomó una manta de chenilla, se agachó y envolvió a esa pequeñita de menos de veinte kilos que estaba pasada por agua.

Jackie escondió el rostro en el hombro de Olivia y poco a poco dejó de llorar. Tate odiaba ver tristes a las niñas, pero había tenido un día interminable en el rancho. Había soñado con volver a casa, sacar a Langosta a pasear, comer frente al televisor y leer *El ranchero trimestral* hasta quedarse dormido, cuanto antes mejor.

En cambio, volvió a casa y se encontró con una cocina por la que parecía haber pasado un tornado, con dos niñas que estaban fuera de sí, y con Olivia, que estaba intentando completar unos documentos para poder alquilar su casa, controlar a las niñas, lavar pilas de ropa y preparar la cena de Langosta, todo al mismo tiempo.

Tate no tardó en darse cuenta de que no iba a poder cocinar lo que quería, ni mirar lo que quería, ni hacer lo que quería. Esta era la nueva normalidad sobre la que le había advertido su padre, y era aterradora. Nunca habría esperado sentirse tan perdido y desubicado en su propio hogar.

—¿Por qué no empezamos por el principio? —le sugirió a Melissa mientras se arrodillaba frente a ella—. ¿Qué ha pasado?

Mientras hablaba, oyó a Olivia suspirar a la vez que mecía a Jackie en sus brazos. Melissa seguía con el ceño fruncido.

—Lissa —le dijo Olivia—, dinos qué ha pasado.

La niña negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—Vale —dijo Tate, sin saber qué hacer. Solo se le ocurría una cosa que podía funcionar—. Creo que mejor nos vamos todos a dormir.

Jackie empezó a llorar de nuevo y Melissa lo fulminó con la mirada antes de que le empezara a

temblar el labio inferior. Giró y subió las escaleras dando pisotones. Tate miró a Olivia y ella entrecerró los ojos y apretó los labios más fuerte que de costumbre. Después ella también subió las escaleras con Jackie en brazos, dejando una estela de indignación a su paso. Tate se puso de pie y miró a Langosta, que había sabido quedarse en su cama en la esquina de la sala de estar durante el caos.

—Al menos ha vuelto a reinar la calma —murmuró, aunque no servía de consuelo, pues las tres mujeres de la casa estaban enfadadas con él. Langosta soltó un suspiro y con sus ojos grandes le dedicó una mirada acusadora.

Al cabo de media hora, tras limpiar la cocina por segunda vez desde que había llegado a la casa, Tate por fin se sentó en el sofá y abrió la revista *El ranchero trimestral*. Eran pasadas las nueve de la noche y tenía que llegar al trabajo antes de las seis de la mañana, así que no esperaba leer demasiado.

—Tenemos que hablar —escuchó decir a Olivia.

Levantó la vista y vio que había bajado la escalera. Por su tono supo que no iba a ser una buena conversación. Dejó la revista a un lado y le dijo:

—Vale.

Ella comenzó a caminar de un lado a otro frente a la chimenea, cruzada de brazos, hasta que por fin habló.

—Sé que has tenido un día largo de trabajo, que todo esto es nuevo para ti, y que tenernos a nosotras metidas aquí en tu casa en pleno invierno no es lo más placentero del mundo.

Al escucharla, Tate asintió para sus adentros.

—Pero no puedes pretender que las cosas se resuelvan diciéndoles que se vayan a dormir. Cuando están angustiadas, necesitan que les prestemos atención, no que las hagamos a un lado como si molestaran. Están aprendiendo a lidiar con sus sentimientos, y no quiero que crean que reprimir u ocultar lo que les pasa es buena idea.

—¿Qué tienen que reprimir? —le preguntó Tate, genuinamente confundido—. O sea, por lo que parece, se han peleado por algo mientras se bañaban. No hay tanto misterio

—El problema es por qué se han peleado. Esta es su forma de demostrar que están incómodas. Tienen cuatro años —dijo Olivia agotada—, y han pasado por muchas cosas estas últimas semanas. Se han ido de la casa en la que habían vivido toda su vida, se han mudado a otro estado, se han quedado sin nadie con quién jugar y, de repente, conocen a su padre y a sus abuelos, gente que no sabían que existía... —Se le quebró la voz y respiró hondo antes de resoplar.

«Ay, no», pensó Tate. ¿Cómo podía haberse olvidado de que no solo él o las niñas estaban pasando por mil cosas a la vez? Olivia estaba en la misma situación, y él no había sido de mucha ayuda. Se puso de pie al instante, pasó por al lado de la mesa baja y cogió a Olivia en sus brazos.

—Lo siento —murmuró Tate mientras sujetaba su cuerpo rígido tan cerca como ella le permitía—. No quise... —Estaba buscando las palabras correctas para terminar la frase.

—¿Ser un capullo? —le ayudó ella.

—Sí. Exacto.

Ella volvió a resoplar, y él sintió su cabeza asentar contra su pecho. Entonces Olivia se empezó a relajar y se fundió en el abrazo poco a poco.

—Necesitan que seamos muy pacientes con ellas.

Él le acarició el pelo y se quedó quieto abrazándola. Era evidente que ella también requería paciencia.

—He estado intentando poner todo en orden, pero esto parece una carrera de obstáculos. La casa que alquilé prácticamente tiene que reconstruirse desde cero, el único pediatra que acepta pacientes nuevos está en Melton, a más de 30 kilómetros de aquí, el director que deja el puesto me manda más de diez correos a día con cosas que cree que tengo que saber, nuestros adornos de Navidad están guardados en un guardamuebles, mañana es Nochebuena —dijo, soltó un suspiro que delataba su cansancio y añadió—: y no tengo ni un regalo para las niñas.

Tate la soltó y la apartó hacia atrás para poder mirarla a los ojos. Olivia se veía... angustiada. Y preciosa. Y triste. En ese momento, Tate estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, hasta darle sus órganos con tal de verla sonreír de nuevo.

—Lo siento. Me sabe mal que todo parezca ir mal. Creo que nos hemos apresurado al intentar volver a la normalidad. —Ella le sonrió con ironía—. Sé que no puedo arreglar tu casa ni ser el pediatra de las niñas —dijo y asintió para enfatizar lo siguiente—, pero puedo ayudar con los regalos de Navidad.

Ella puso los ojos como platos.

—¿Sí?

Él sonrió y le dijo:

—Claro que sí, hombre. ¿Qué te parece si mañana me tomo el mediodía libre y dejamos a las niñas con mis padres, o les preguntamos a Vince y Marjory si las pueden cuidar, y nos vamos al centro a comprar todo lo que haya que comprar?

Ella soltó un suspiro titubeante y Tate vio cómo la tensión abandonaba su cuerpo.

—No sabes cuánto me ayudarías.

Él le dio un beso suave en la frente y sintió esa mezcla de emociones que le provocaban un torbellino en la barriga cada vez que la tocaba.

—Vale, pues entonces haremos eso.

Ella levantó la cabeza para mirarlo, y él no pudo evitar robarle otro beso, esta vez en sus labios suaves y rosados. Antes de poder darle el tercero, una de las niñas gritó desde arriba. Al escucharla, él y Olivia soltaron un suspiro.

—Yo subo —dijo él—. Tengo que disculparme por lo de antes y tú tienes que tomarte una taza de té y quedarte sentada un rato.

—Gracias —se limitó a decirle ella.

Sin embargo, esas palabras fueron más que suficientes para que Tate se sintiera orgulloso.



—Y Lucy dice que, si llegamos a su casa a eso de las once, van a tener tiempo de envolver regalos con las niñas antes de que llegue todo el mundo a las cuatro para cenar.

Tate cambió el peso del paquete que llevaba e intentó no rechinar los dientes. Le había parecido una buena idea ir a hacer las compras de Navidad, pero se había olvidado de lo mucho que odiaba estar rodeado de esa horda de gente que compra todo a última hora. Lo único que hacía que la experiencia fuera más o menos tolerable era que iba aprendiendo qué actividades y juguetes le gustaban a cada melliza. Además, estaba embelesado viendo a Olivia hacer lo suyo. Era una gran madre. Le impresionaba ver que ella había logrado combinar los regalos que las niñas querían con otros más educativos pero cautivadores. Y eso no era todo: él había elegido algunos juegos y había acertado.

Sin embargo, desde que se habían ido de la última tienda, Tate había tenido que soportar un sinfín de idas y venidas sobre la organización de la reunión familiar aparentemente masiva que estaban panificando Olivia y Lucy para Navidad. No sabía cómo ponerle fin a la locura. Se había hecho a la idea de que iba a pasar la Navidad con las niñas y Olivia, y hasta estaba emocionado por que las pequeñas abrieran sus regalos, pero solo pensar en la locura que implicaba estar con el resto le producía urticaria.

Olivia le había explicado que las niñas tenían que abrir una segunda tanda de regalos en la casa de los padres de Tate junto con los sobrinos nietos de Lucy. A las cuatro de la tarde, iban a tener la cena en familia, a la que iban a asistir ni más ni menos que veinticinco personas, entre quienes estaban la hermana de Lucy, su cuñado, sus hijos y nietos, el capataz del rancho y su familia, el primo segundo de Thomas, y los familiares de Lucy, que venían de Butte.

—Por eso debemos conseguirles al menos un regalo a tu padre y Lucy, y quizás algún detallito para los niños que van a venir. Se me ocurre que podríamos llevarles ese chocolate con forma de naranja que rompes y comes a gajos. ¿Lo probaste de niño? A las niñas les encanta.

Tate no tenía idea de qué estaba hablando Olivia, pero no le interesaba averiguarlo. Su plan era pasar por la casa de Thomas y Lucy un rato al mediodía para intercambiar regalos y después irse a casa, como hacía todos los años. Siempre se las ingeniaba para no estar presente en la tradicional cena multitudinaria en casa de sus padres, sobre todo porque parecía que cada vez había más gente. Ellos lo invitaban año tras año, pero a él siempre se le ocurría una muy buena excusa para faltar. Había tanta gente en ese rancho que nadie iba a echarlo en falta. No lo necesitaban.

—¿Tate? —La voz de Olivia interrumpió sus pensamientos—. Lo del chocolate de naranja.

Él carraspeó y trató de apaciguar su insatisfacción, que iba en aumento.

—Nunca lo he probado, pero suena bien.

Tate divisó la tienda ecuestre de Reed, Arreos y monturas, y su insatisfacción se derritió como

los copos de nieve cuando tocan el cemento cálido.

—Dame un minuto —le dijo a Olivia. Ella se giró a verlo, curiosa—. Quiero entrar —le explicó él señalando la tienda.

Ella parecía confundida, pero se encogió de hombros y fue detrás de él. Tate respiró profundamente para oler los increíbles aromas del cuero, el aceite y la lana. Una de las paredes tenía monturas de todo tipo y tamaño. El último tercio del lugar estaba lleno de cascos de montar, sombreros vaqueros, mantas para caballos y equipos de cuidado. En la pared del final, frente a las monturas, estaban colgados todos los tipos de arreos imaginables. Había de nailon y de cuero, grandes y pequeños. Reed no solo tenía todo lo que un jinete experto podía querer, sino que también les ofrecía a los principiantes los mejores equipamientos del estado.

A Tate se le empezó a dibujar una sonrisa en el rostro. Se le había ocurrido el regalo perfecto. Le iba a obsequiar a cada niña su propio equipo de montar, y lo iban a poder usar con el poni del rancho. Mientras que una aprendía a arrearlo y cuidar de él, la otra iba a poder montarlo en la pequeña pista que estaba afuera del establo. Así tenía que ser la Navidad.

—Buenas, colega —le dijo Jess Reed a Tate cuando entraron a la tienda e hicieron sonar la campanita de la puerta.

—Jess —Tate saludó al hombre mientras se daban un apretón de manos.

Le presentó a Olivia y se dirigió al final de la tienda, donde estaban exhibidas las monturas más pequeñas.

—¿Con qué os puedo ayudar? —le preguntó Jess.

—Vale, pues necesito cosas para el poni que ha tenido mi padre desde que yo era joven.

Jess sonrió.

—¿Conoces a alguien pequeñito como para montar al viejo Rupert?

Tate sintió que Olivia lo estaba mirando.

—Sí, mis mellizas de cuatro años.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Algo había oído. —Se giró hacia Olivia—. Tú debes de ser la madre.

—Así es —respondió ella.

—Pues qué buena noticia. Venid conmigo, os daré lo mejor de lo mejor para ese viejo poni y las dos futuras jinetes.

Mientras Jess hablaba de lo emocionados que debían estar Thomas y Lucy de tener dos nuevas nietas, Tate revisaba la selección de monturas para ponis. Podía llevar dos del mismo modelo, o podía darle a cada niña una montura distinta y cruzar los dedos para que les gustara el que hubieran recibido.

—Esa es muy bonita —dijo Jess cuando vio a Tate tocando una montura de cuero blanquecino decorado con conchas plateadas—. La pedí por encargo de México. Allí trabajan muy bien el

cuero.

Olivia pasó la mano por la etiqueta de cartón chapada a la antigua y, mirando el precio con el ceño fruncido, dijo:

—No sé si las niñas necesitan algo tan elaborado.

Pero Tate ya estaba analizando la segunda opción, una montura de cuero marrón oscuro pulido con estribos de latón con un bordado decorativo sutil. La levantó de la repisa y la inspeccionó, después hizo lo mismo con la de México. Miró algunas más, pero terminó volviendo a esas dos.

—Creo que me llevo estas —dijo.

—Tate —soltó Olivia con dulzura.

Sin embargo, él sintió la censura en su tono. Como si supiera que se avecinaba un desacuerdo entre los dos, Jess tomó las dos monturas y comentó:

—Me las llevaré al mostrador mientras vosotros miráis un poco más. Si encontráis alguna que os guste más, las cambiamos.

Giró y se fue de prisa al mostrador de la entrada. Tate miró a Olivia.

—Vas a gastarte como mil dólares en monturas —le dijo ella al instante—. No se han subido a un caballo en su vida. —Subió una ceja desconfiada y añadió—: Quizá lo odien.

No iba a pasar eso. Tate estaba tan seguro de eso como de que a Langosta le encantaba que le rascaran la barriga después de cenar. Estaba tan seguro de eso como de que Lucy siempre intentaría que socializara más. Sabía que ningún hijo que llevara su sangre iba a rechazar a los caballos.

—No lo van a odiar —le aseguró—. Son mis hijas. Ya verás que les va a encantar montar a caballo. Además, estas monturas las van a poder usar los niños que vengan a visitar el rancho. Así se van a entretener con mi padre. Y por el precio no te preocupes. No me falta el dinero. Trabajo y vivo solo desde los dieciocho años, así que me sobra dinero para comprarles a mis hijas un par de monturas. —Hizo una pausa y miró hacia la entrada de la tienda—. Es más, creo que tú también necesitas una.

—Ay, no creo que... —La voz de Olivia se fue apagando porque Tate se fue a la sección de monturas para mujeres.

—¿Jess? —llamó al hombre, que estaba en el mostrador de la entrada—. ¿Qué te parece si le buscamos algo a Olivia?

—Pues claro, algo vamos a encontrar —respondió el hombre y miró a Olivia de arriba a abajo—. Eres pequeña, así que sospecho que Tate te dará a una de las yeguas.

Tate asintió y miró a Olivia y a una montura marrón oscuro con un bordado de cuero blanco.

—Tenemos una bellísima Cuarto de Milla que se llama Matilda. No sale a trabajar tanto ahora porque es demasiado pequeña para que la monte el personal. Cuando Robbie Junior trabajaba con nosotros, la montaba a ella porque era de su tamaño.

Jess soltó una risa.

—Antes de que Robbie Junior pegara el estirón, ¿verdad?

Tate se rio y asintió.

—Yo no necesito una montura —protestó Olivia.

Tate miró hacia donde ella estaba mirando y vio que estaba leyendo el precio en la etiqueta con el ceño fruncido.

—Claro que sí —le aseguró él y su tono dio a entender que no estaba dispuesto a debatir al respecto—. Así podrás salir a andar con las niñas por las tierras que rodean la casa. Confía en mí, cuando llegue el verano no querrás hacer otra cosa. —Olivia lo miró sin más. Él se giró para mirar a Jess—. Pues nos llevaremos tres monturas, dos equipos de cuidado y tres cascos.

Jess asintió y se llevó la tercera montura al mostrador de la entrada para envolverla junto con las dos más pequeñas para las mellizas.



Tate estaba más que satisfecho cuando se subió a la camioneta después de que Jess dejara las compras en la caja.

—Podríamos hacer que las niñas lleven las monturas a lo de mi padre después de que las abran, así pueden montar el poni cuanto antes —propuso mientras encendía la camioneta y se alejaban del bordillo.

Olivia apretó los dientes mientras debatía en su mente qué decirle al hombre más despistado del mundo.

—Creo que a Jackie le va a hacer mucha ilusión el detalle de plata tan sofisticado de su montura, ¿verdad?

Olivia respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

—Me parece que tendríamos que haber hablado un poco más del tema antes de que te gastaras casi dos mil dólares en monturas y accesorios para dos niñas de cuatro años que nunca han montado a caballo en su vida.

Él le echó un vistazo antes de volver la mirada al camino. Tenía el ceño fruncido y parecía confundido.

—¿En serio te preocupa que no quieran montar? —le preguntó.

Ella se movió en el asiento mientras se preguntaba cuándo se detendría esa montaña rusa de emociones por la que avanzaba su vida. Se estaba empezando a preguntar si mudarse a Montana había sido una buena idea.

—No lo sé, Tate, ¡y tú tampoco! No has hablado del tema ni conmigo ni con ellas.

Para sus adentros añadió que Tate no parecía tener problema en gastar una fortuna en regalos,

pero pasar cinco minutos del día con él era más difícil que buscar una aguja en un pajar. Tate se puso rígido ante su crítica.

—Ah, ¿o sea que tengo que preguntarte a ti antes de hacerles cualquier regalo?

A Olivia se le hizo un nudo en el estómago.

—No he dicho que...

—Sí, es lo que has dicho —le respondió—. Si quieres, te enseño mi cuenta bancaria para que entiendas que dos mil dólares no me suponen ningún problema.

Vaya. Qué rápido había escalado el asunto.

—No estoy cuestionando tus finanzas...

—Pero estás cuestionando mi capacidad de elegir regalos para mis hijas. Montar es muy especial para mí, y quiero compartirlo con ellas. ¿Tan mal está?

Sonaba tan triste que Olivia se sintió una imbécil.

—No es eso... —Bajó la voz cuando se detuvieron en el último semáforo antes de tomar la carretera—. Es que siento que solo te relacionas con ellas a través del dinero en vez de pasar tiempo de calidad para poder conocerlas.

Tate se puso serio y se alejó de ella para apoyarse contra la puerta de su lado.

—Sí, supongo que tú las conoces mejor que nadie— le dijo en tono monocorde e hizo una pausa como si estuviera pensando cómo decir lo siguiente—. Tú estuviste a cargo de ellas durante cuatro años. Nunca tuviste que compartirlas con nadie. Nunca tuviste que lidiar con que alguien hiciera algo con ellas que no habías planeado tú. Nunca tuviste que pasar por la situación de aceptar que alguien más podía ofrecerles cosas que tú no.

«Auch», pensó Olivia. «Me dolió». Sobre todo, le dolía porque sabía que tenía razón.

—Bueno... es cierto que nunca he tenido que llegar a ningún acuerdo con nadie, pero eso no cambia el hecho de que tú prefieras gastar dinero en ellas antes que pasar tiempo con ellas. Te puedo decir ya mismo cuál de las dos es más importante.

Tate asintió, y si bien no apartó nunca los ojos del camino, Olivia notó lo enfadado que estaba.

—Vale, creo que lo has dejado bastante claro. No quisiera ser ese tipo de padre que intenta comprar el cariño de sus hijos. Mañana temprano devolveré todo —dijo en voz baja.

«Ay, no», pensó Olivia y se frotó la frente mientras contemplaba la noche fría y oscura por la ventanilla de la camioneta.

—No hace falta —le respondió ella en un tono tan bajo que casi parecía un susurro.

Él no dijo nada, e hicieron los últimos quince minutos de viaje en silencio. Cuando llegaron a la cabaña, Tate aparcó, bajó de la camioneta y colocó una lona sobre la caja. Olivia entró y puso su mejor sonrisa para saludar a Vince y Marjory, que habían sido tan amables de quedarse con las niñas y acostarlas. Se fueron y Olivia se quedó una hora esperando a que Tate entrara a la casa, pero no lo hizo, así que se fue a dormir agotada, enfadada y triste. Cuando se despertó a la

mañana siguiente, él ya no estaba, como de costumbre.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Tate empujó su plato vacío a un lado y fijó la mirada en una pinta de cerveza que estaba bebiendo en la taberna del pueblo. Estaba escuchando a Vince y al resto del equipo de rescate hacer bromas mientras se pasaban la hoja de turnos del próximo mes para apuntarse. El día anterior había sido muy largo, y esa mañana había estado corriendo de un lado para otro en el rancho hasta que Thomas fue a buscarlo al establo para recordarle la reunión que tenía con el equipo de búsqueda y rescate en el pueblo. De no haber sido porque no tenía ganas de ver a Olivia, le habría dicho a Vince que lo apuntara a los turnos que estuvieran libres, pero a juzgar por cómo estaban las cosas, quedar en la taberna para comer un rico almuerzo y planificar actividades con sus compañeros le pareció la excusa perfecta para no lidiar con sus problemas en casa.

Cuando la hoja llegó a Tate, él la miró y empezó a escribir su nombre en todos los huecos vacíos que había en los próximos fines de semana.

—Nadie espera que estés igual de disponible que antes —le dijo Vince por lo bajo y le apoyó una mano en el hombro mientras se le acercaba y miraba al joven escribir.

Tate levantó una ceja y siguió escribiendo su nombre en cada espacio vacío.

—¿Por qué? —le preguntó.

Vince quitó su mano, negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Entonces lo miró fijamente y le dijo:

—Eres un hueso duro de roer.

Tate resopló y le pasó la hoja a Becky, que estaba al otro lado. Le dio un buen sorbo a la cerveza y esperó a que Vince se explayara.

—¿Te he hablado alguna vez de mi hermana Jean? —le preguntó el hombre de la nada.

—No —le respondió Tate con la mirada puesta en el gran televisor que mostraba un rodeo—. No sabía que tenías una hermana.

Vince sonrió y lo miró más calmado.

—Tenía dos años más que yo, pero si la hubieras conocido, la hubieras confundido con mi madre, porque no paraba de mangonearme.

Algo en su tono hizo que Tate dejara de prestarle atención al televisor y lo mirara a él.

—Murió cuando yo tenía dieciséis.

A Tate se le hizo un nudo en el estómago.

—Se cayó del caballo y se rompió el cuello, entonces murió casi al instante. Fue en medio de un temporal. Se quedó atrapada al norte del terreno que tenían mis padres en el camino de Red Creek. Participaba en las carreras de barriles. Nunca vi a nadie tan en sintonía con un caballo. —Negó con la cabeza y esbozó una sonrisa agridulce ante el recuerdo—. Suponemos que cayó un rayo, el caballo echó a correr y la tiró, y ella cayó mal.

Se encogió de hombros antes de darle un sorbo a su cerveza. Tate esperó a que continuara. Sentía el corazón sensible. Le dolía.

—Terminé la secundaria y me uní a la Marina. No quise admitírmelo a mí mismo en aquel entonces, pero no me interesaba seguir vivo. Jean era terriblemente mandona, pero era mi todo. Cuando la perdí, sentí que nada merecía la pena en esta vida.

—Lo siento —murmuró Tate—. ¿Y cómo seguiste adelante?

Vince se acomodó en su silla y miró a Tate a los ojos.

—Me di cuenta de que estaba siendo egoísta. Jean no había tenido la oportunidad de hacer todo lo que había querido. No había llegado a enamorarse. No había llegado a ganar el campeonato de carreras de barril. No había llegado a tener hijos propios a quienes mangonear. —Sonrió con calidez—. Estaba en un campo en el Congo, escuchando a un soldado franchute que me contaba de una chica que lo esperaba en casa, y entonces me di cuenta de que yo también quería tener una chica. Quería ver a mis padres de nuevo. Quería ser dueño de una casa, convertirme en padre y tener una vida. Lo que tenía en ese entonces no contaba.

—¿Fue así, de un momento a otro? —le preguntó Tate asombrado—. ¿Tan rápido te diste cuenta de todo eso?

—Me di cuenta de que la muerte de Jean no cambiaba todas esas cosas que yo decía que iba a hacer de grande. —Bebió un poco de cerveza y atravesó a Tate con la mirada—. Yo había cambiado. Antes creía que, si Jean no había podido hacer nada de eso, entonces yo tampoco, pero eso era un desperdicio de vida. Jean se habría cabreado muchísimo conmigo por dejarme estar. —Vince apoyó la botella de cerveza en la mesa con tanta fuerza que llamó la atención de un par de sus colegas que estaban cerca. Movié la mano dándoles a entender que estaba todo bien y esperó a que volvieran a lo suyo antes de continuar—. Cada día que vives en este mundo es una bendición, hijo. Pero la vida siempre es mejor compartida. Te has alejado del resto durante años, y nosotros te lo permitimos. Ahora hay criaturas de por medio. Te toca espabilar y darte cuenta de la oportunidad increíble que te está dando la vida.

Tate abrió los ojos asombrado. El Vince apacible de siempre nunca le había puesto los puntos a nadie. Inalterable y paternal, el hombre lideraba el equipo de búsqueda y rescate con éxito, y nunca había sido brusco con nadie, ni siquiera cuando alguien se equivocaba.

Vince bajó la voz para que solo lo oyera Tate.

—Hijo, la muerte de tu madre fue una tragedia, pero eso no te da derecho a pisotear su memoria

e ignorar la nueva vida que se te ha presentado. —Cogió la hoja de turnos, que había quedado en el centro de la mesa después de pasar entre todos los del equipo, y cogió el bolígrafo que colgaba de un hilo de la carpeta sujetapapeles y tachó todas las fechas en las que se había apuntado Tate —. No puedes volver al equipo hasta que dejes de usar este trabajo para evitar vivir tu vida.

Tate tragó saliva y sintió un nudo en la garganta. Sin quitarle los ojos de encima, Vince le dio golpecitos a la hoja con el bolígrafo, y Tate sintió ganas de salir corriendo como un niño de primaria.

—Demuéstrame que no necesitas que te rescaten y dejaré que vuelvas a rescatar a otros.

Vince saludó con la cabeza al resto del equipo, tomó la hoja y salió del bar. Tate se quedó sentado sin moverse y le clavó la mirada mientras se alejaba. Se preguntaba qué diablos tenía que hacer ahora que la vida que se había configurado había dado un giro de 360 grados.



Olivia puso un trozo de cinta adhesiva en el último regalo que le quedaba por envolver y observó su trabajo en la habitación. Las pilas de obsequios incluían juegos, libros, muñecas y materiales artísticos. Debía admitir que las niñas iban a recibir muchos más regalos de los que ella acostumbraba a comprarles, pero habían vivido un mes difícil y se merecían que las consintieran.

Al terminar, Olivia cogió una caja pequeña con el nombre de Tate. Tenía una foto enmarcada de él y las niñas abrazándose justo después de que Olivia les hubiera contado que ellas eran sus hijas. Había enmarcado la foto en un cuadro de cuero con la palabra «Papi» estampada en relieve en la base. El cuadro estaba bordado con la forma de una montura y el cuero tenía el pulido característico de los muebles desgastados. Era el regalo perfecto, pero ella no estaba segura de que él lo fuera a aceptar.

Guardó todos los paquetes en el armario y se dispuso a ordenar lo que había usado para envolverlos. Estaba yendo a abrir la puerta cuando sonó su móvil. Al levantarlo, vio que tenía un mensaje. «¿Puedes venir a tu futura casa?», rezaba el texto.

Olivia suspiró. Era la tercera vez esa semana que Jake le pedía que fuera. La señora Anderson seguía negándose a renovar el cableado, y Jake le tenía tanto miedo que no quería insistirle. Estaba demorando la colocación del panel de yeso porque esperaba que Olivia consiguiera que la bruja cediera. Ella le había hablado del cableado tres veces, pero Norene Anderson no pensaba gastar ni un centavo más del necesario en ese bungalow.

Tras responderle que sí, Olivia fue a interrumpir la película de las niñas y las subió al coche. Al llegar al pueblo, condujo directo al bungalow. Su corazón dio un vuelco cuando vio la camioneta de Tate aparcada frente a la casa, junto al coche de Norene y la camioneta de trabajo de Jake. Bajaron del coche y se dirigieron a la entrada. A medida que se iban acercando, Olivia empezó a oír la voz elevada de Tate.

—Papi suena enfadado —dijo Melissa en tono sombrío.

—Papi nunca está en casa —espetó Jackie con una mueca.

Su comentario no tenía nada que ver con esa situación, pero sus palabras tocaron una fibra

sensible en Olivia.

—¿Sabéis qué? —les dijo mientras metía una mano en el bolso y sacaba el iPad que llevaba siempre consigo—. Podríais terminar de ver la película. Nosotros vamos a hablar cosas de adultos y vosotras os vais a aburrir.

Melissa soltó un suspiro aliviada y Jackie asintió. Después, las dos pequeñas volvieron con fatiga al coche y se acomodaron allí. Olivia estaba a punto de girar el pomo del bungaló cuando oyó a Tate decir:

—Tienes que entender esto, Norene. Mis hijas y su madre no van a vivir aquí si no renuevas la instalación eléctrica. No pienso exponer a las niñas a que se incendien los cables o a que salte una toma de corriente sin conexión a tierra. Por mí, amenaza a todos los abogados que quieras, pero sabes que los McConnell son la horma de tu zapato. Y que sepas que no estoy solo. Mi padre y Lucy están dispuestos a hacer lo que haga falta, incluso si eso implica acudir a un tribunal, si es lo que tú quieres. O pones la casa en condiciones o le devuelves el dinero a Olivia. No es tan difícil.

Olivia abrió la puerta sorprendida. Norene miraba a Tate con el ceño fruncido, y él la miraba por encima. Jake había preferido observar en la distancia, en una esquina de la habitación, y se notaba que le entretenía lo que estaba pasando.

—Hola. ¿Qué está pasando? —preguntó Olivia, como si no hubiera escuchado nada.

Tate se giró para mirarla y ella lo notó tan vulnerable que se quedó sorprendida, y su enfado con él por lo del día anterior se desvaneció.

—Debes creer que soy millonaria, Tate —espetó Norene.

—Lo que yo creo es que tienes dinero más que suficiente para asegurarte que mi familia esté segura en tu propiedad —le respondió él mirándola con firmeza y cruzando sus brazos musculosos por delante de su pecho.

—¿Tate? —dijo Olivia en voz baja.

Él fulminó a Norene con la mirada un segundo más y después se giró para mirarla a ella.

—Siento haberte hecho venir hasta aquí, pero creo que ahora Norene entiende mejor la situación. Le toca a ella decidir. —La miró de nuevo—. Avísanos cuando sepas qué quieres hacer. —Se acercó a Olivia—. ¿Las niñas están en el coche?

Ella asintió y le echó un vistazo a la señora Anderson, que por primera vez desde que la conocía parecía no saber qué decir o hacer.

—Vamos a casa —le sugirió Tate.

Su mirada era amable y suplicante. De repente, lo único que le importaba a Olivia era volver con Tate y las niñas a la cabaña y pasar una gran Nochebuena juntos. No importaba dónde había estado él la última semana. Lo único que importaba en ese momento era que eran una familia.

—Vale —le respondió ella.

Él esbozó una sonrisa y, tomándola de la mano, la sacó del bungaló en el que ella no sabía si

alguna vez iba a vivir realmente. Y en ese momento, no importaba. Ahí, en ese momento, lo único que importaba eran Tate, las niñas y la Navidad.

CAPÍTULO DIECISIETE

Tras cenar un filete con patatas asadas y ver la clásica película de *Rodolfo el reno*, Tate se despidió de las niñas y esperó a que Olivia las arropara y bajara las escaleras. Al regresar abajo, Olivia se sentó en un extremo del sofá y Tate deseo tenerla más cerca.

—Se han dormido antes de que llegara a apagar la luz —le comentó ella.

Se acercó a la mesa baja y cogió la taza de chocolate caliente que le había preparado él. Cuando cerró los ojos mientras le daba un sorbo, Tate notó lo cansada que estaba. Se dio cuenta de que podría haberla ayudado de alguna manera, pero se había concentrado tanto en su propio malestar que había ignorado las necesidades de ella.

—Ha sido un día largo para todos —le respondió y se acercó un poco a ella. Olivia asintió y se quedaron sentados en silencio un momento—. Sobre lo que pasó anoche —continuó, pero ella habló al mismo tiempo.

—Siento mucho lo que pasó anoche.

Ambos se callaron y soltaron una risita.

—No —dijo él con seguridad—. Yo lo siento. Fui un cabezota y un desconsiderado. Volverte a ver y conocer a las niñas... me desbalanceó tanto que tuve que salir corriendo. Mi trabajo siempre ha sido mi lugar seguro, y me he aferrado a él de más. Ha estado mal. No debería haberte dejado lidiar con todo sola.

—Pero antes has dicho algo que es cierto. Estoy a cargo de las niñas y de mí misma desde hace tanto tiempo que no sé cómo permitirle a otra persona ser parte de nuestra vida. —Contempló el vaso y añadió—: Es lo que quiero desde hace mucho, pero ahora que estás aquí, no sé qué debería pasar.

A Tate casi se le parte el corazón en dos. ¿Cómo no se había percatado de eso? ¿Cómo no se había dado cuenta nunca de que la vida de ella también estaba cambiando radicalmente? Dios, si ella podía dar ese paso, entonces él también. Se acercó más a ella y tomó su precioso rostro entre sus manos.

—¿Sabes qué? Yo también estoy asustado. Tengo miedo de dejarte entrar en mi vida y que sientas que no merezco la pena. Desde que murió mi madre, pienso en que si yo hubiera sido mejor o diferente de alguna forma... —Su voz se fue apagando en las últimas palabras, y pestañeó para bloquear las emociones que le recorrían el cuerpo.

—Somos un desastre —le dijo ella y soltó una risa suave que lo tomó por sorpresa.

—Bueno, tú al menos eres un desastre precioso —le respondió él—. Tenemos que empezar de cero y establecer algunas reglas para ir paso a paso. —Respiró hondo y se pasó una mano por el pelo—. Pero todo va tan rápido que siento que cada vez que logramos encontrarle el truco, todo vuelve a cambiar.

Ella asintió enérgicamente.

—Cada día me levanto y pienso «Y ahora, ¿qué viene? ¿Qué bomba va a explotar hoy?».

En ese momento, Langosta entró deambulando a la habitación. Había esperado a que las niñas se quedaran dormidas antes de bajar a la sala de estar. Su devoción por ellas era admirable. Y a él le resultaba beneficiosa, porque las pequeñas lo recompensaban compartiendo su comida con él a escondidas todo el tiempo.

—Quizá primero nos convenga ocuparnos de lo más importante, ¿no? —sugirió Tate.

—Vale.

Él se rascó la cabeza e intentó ordenar sus ideas.

—Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti —admitió al fin.

Para su sorpresa, se sintió bien al decirlo. Era refrescante poder admitírselo no solo a Olivia, sino a sí mismo. Ella sonrió con dulzura.

—Me alegra saberlo, porque yo siento lo mismo por ti. Incluso si no me hubiera quedado embarazada, siempre me habría arrepentido de no haber sabido cómo dar contigo después del crucero.

—Pero no estoy seguro de que pueda ser la persona que las niñas y tú necesitáis —explicó intentando hacer caso omiso al dolor que sentía en el pecho—. Mi vida no... Nunca creí que... —Se fue quedando sin voz, pero esperaba que ella entendiera lo que sus ojos le estaban queriendo decir. Nunca había pensado en tener mujer e hijos. Nunca se le había ocurrido que ese podía ser su futuro—. Quizá si hubiéramos hecho esto al principio, yo podría haberme amoldado a esta nueva vida. Ahora no hay tiempo que perder. Si tú y yo empezamos algo, por segunda vez, las niñas van a sentir que somos una familia como cualquier otra.

—¿Y si sale mal? —preguntó ella con tristeza—. Eso es lo que te preocupa, ¿no?

Él asintió.

—Quiero que vosotras estéis seguras y seáis felices. Quiero que conozcáis a mis padres en profundidad. Quiero pasar tiempo con las niñas.

Ella le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Pero...?

Él negó con la cabeza mientras lo invadía la tristeza.

—Pero me cuesta ver eso aquí —dijo y movió el brazo de un lado a otro señalando la cabaña—. No nos veo a ti y a mí viviendo juntos. No me imagino cenando o yéndonos de vacaciones en

familia. —De repente, la ira se apoderó de él. No estaba enfadado con ella. Ni con las niñas. Estaba enfadado consigo mismo, porque sin importar cuánto lo intentara, no podía imaginarse esa vida.

A Olivia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento mucho —le dijo él. Y lo sentía de verdad. Lo decía desde el fondo de su desdichado corazón—. Eres mi familia —añadió y respiró hondo—. Y te quiero. —Se acercó a Olivia y recorrió su pómulos con el pulgar, contemplando su mirada. Aunque intentó evitarlo, su voz se puso ronca—. Te quiero de verdad. Me enamoré de ti cuando te conocí en el barco. Eso lo sé. Lo que no sé es si puedo darte lo que te mereces. —Ella se inclinó hacia él, apoyó la cabeza sobre su hombro y dejó salir un largo suspiro. Decidido a dejar en claro su posición, añadió—: No sé cómo seguir a partir de ahora.



Olivia soltó un suspiro trémulo e intentó apaciguar los latidos de su corazón. Quería que Tate le dedicara su tiempo, su atención, sus palabras. Y lo había conseguido. «Sin devolución», se recordó a sí misma para sus adentros. «Ojalá», se dijo. Ojalá se hubiera ido de ese barco con los datos de Tate. Ojalá le hubiera podido contar de las niñas antes de que nacieran. Ojalá hubieran podido aprovechar esos meses previos al parto para aclimatarse a lo que estaba a punto de llegar... juntos. Pero no había sido posible.

—Quiero que seas feliz —le dijo él—. Quiero que me digas cómo puedo hacerte feliz.

—No puedes hacerme feliz —le respondió ella con voz suave. Ella tenía experiencia en el tema. Cuando una es huérfana y madre soltera a los veinticuatro años, aprende que más allá de cualquier sueño, nadie más que una es dueña de su propia felicidad. Y solo se puede confiar en... una misma—. Nadie puede hacerme feliz. La felicidad va a llegar cuando logre crear aquí una vida que me llene. —Se giró para mirarlo a los ojos—. Tengo los ingredientes que necesito: tengo un gran trabajo, tengo a las niñas y tengo a tus padres. —A pesar de estar triste, esbozó una sonrisa—. Son caídos del cielo. No podría haber imaginado mejores abuelos para ellas.

Tate le sonrió y dijo:

—Están locos por ellas.

—El sentimiento es mutuo —comentó Olivia entre risas—. Tendrías que haberlos visto a los cuatro el otro día. Entré a casa de tus padres a recogerlas y los encontré representando una sátira. Habían disfrazado a tu padre del príncipe de *La sirenita*.

Tate se rio y negó con la cabeza.

—Le han regalado diez años más de vida a mi padre. Ya hasta está hablando de los eventos de rodeo del instituto en los que van a destacar las niñas. Es más, me juego la cabeza a que ha actualizado su testamento. Espero que me deje bastantes parcelas para poder ganarme la vida. Si no, les voy a tener que pedir a Jackie y a Melissa que me contraten como su capataz cuando hereden estas tierras.

Las palabras de Tate fueron como una caricia al alma para Olivia. Sintió lo que sentía cuando los

dos podían ser ellos mismos, sin pensar en las presiones que ejercía el entorno. Ojalá no tuvieran que tomar decisiones sobre dónde vivir o cómo llamarse el uno al otro. Ojalá no tuvieran que definir lo que estaba pasando entre ellos. Pero el mundo no funcionaba así. Los niños no funcionaban así. Y Olivia sabía que, tarde o temprano, ella se iba a cansar de esa dinámica, así que se puso los pantalones e hizo lo que siempre hacía: tomar el toro por los cuernos.

—Quiero que sepas que yo también te quiero —le dijo. Ella lo escuchó dejar de respirar un segundo mientras él la acercaba a su cuerpo y acariciaba su pelo. Olivia apoyó su cabeza en su hombro una vez más y continuó—: No estoy enfadada contigo. No tengo derecho a pedirte algo que no puedes darme. No suelo perder el tiempo arrepintiéndome de cosas del pasado, pero sí que me arrepiento de no haberte encontrado antes de irme del barco. Quizá si hubiera dado contigo, habríamos podido hacer todo esto juntos...

Él le dio un beso en la cabeza.

—No digas eso. Pensemos que estamos donde tenemos que estar.

Ella tragó saliva.

—Creo que me tengo que mudar —le dijo en voz baja—. Es difícil para todos vivir así. Tú te sientes asfixiado, yo me siento abandonada, y las niñas están confundidas.

Él carraspeó antes de hablar. Continuó recorriendo su pelo con los dedos y le dijo:

—No puedes irte a vivir a esa casa hasta que no terminen los arreglos. Sé que no tengo derecho a decirte qué hacer, pero es por vuestra seguridad. No puedo dejar que las niñas duerman en una casa que tiene un cableado de mala muerte.

Ella asintió. Estaba muy cansada como para pelear solo por principios.

—Estoy de acuerdo contigo.

Él se quedó callado, como si le estuviera dando vueltas al asunto. Al cabo de un momento, dijo:

—Pero si de verdad necesitas irte de aquí, podrías mudarte al rancho. Mis padres tienen espacio de sobra, vas a tener canguros gratis, y yo voy a estar ahí todos los días, así que puedo ayudar con lo que haga falta.

Olivia sabía que, hasta encontrar una casa propia, le convenía aceptar la oferta de Tate. Estaba agradecida, pero también triste, pues veía que poco a poco se evaporaban las posibilidades de que ella y Tate fueran más que amigos y pudieran criar a las niñas juntos. No era lo que tenía en mente cuando lo volvió a ver en aquella tormenta de nieve en la montaña.

—¿Y ellos van a estar de acuerdo? —le preguntó Olivia.

—Creo que es lo que más les gustaría en el mundo. —Miró su reloj—. Ahora es muy tarde, pero en cuanto termine la fiesta mañana, hablaré con ellos.

—Hablares los dos —lo corrigió ella.

Él sonrió.

—Sí, señora.

Se quedaron mirándose el uno al otro, respirando el mismo aire, percibiendo la misma electricidad que había en el ambiente siempre que estaban juntos. A continuación, Tate habló con una voz tan baja y ronca que hizo vibrar a Olivia.

—Nunca ha habido ni habrá nadie como tú. No para mí.

Ella no supo qué decir. Él se acercó a ella y besó sus labios con cuidado, como si fuera a romperse. Para sus adentros, ella se preguntaba si de hecho no era una posibilidad. Se preguntaba si Tate podía romper lo que no se había roto después de que ella perdiera a sus padres, se quedara sola con mellizas, se esforzara por llegar a fin de mes, y se sintiera completamente sola durante años. Se preguntaba si ese momento era el que la iba a romper. Poco a poco, él apartó sus labios de los de Olivia, quien, con los ojos aún cerrados, le susurró:

—Llévame a la cama. Solo por esta noche, Tate. Finjamos que somos lo que podríamos haber sido.

Sin decir ni una palabra, él se puso de pie y se la llevó. Subieron las escaleras en silencio y entraron a su habitación, donde él la recostó y la desvistió como si ella fuera lo máspreciado de su mundo. Después, cuando se metió dentro de ella, la besó y le cubrió el cuerpo con el suyo, Olivia se estremeció y sus lágrimas recorrieron su rostro mientras su corazón explotaba en mil pedazos tan pequeños que sintió que nunca más podría volverlos a unir.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Para cuando llegó la mañana, Tate se encontraba solo en la cama, y Langosta roncaba en la enorme almohada que había en el suelo.

Tardó un instante en darse cuenta de qué le había despertado: el murmullo de dos niñas que agitaban y palpaban todos los regalos que estaban bajo el árbol de Navidad. Tate sonrió mientras miraba el techo y las escuchaba.

—Shhh —oyó que indicaba Melissa, siempre prudente.

—Parece una bicicleta nueva —anunció Jackie en lo que Tate sabía que ella creía que era un susurro, pero que de algún modo se extendió por toda la casa.

—No puede ser una bicicleta nueva —dijo Melissa con desdén—. Es demasiado pequeño.

La observación racional y analítica hizo sonreír a Tate.

—Ay, pero he visto bicis que se pliegan —insistió Jackie—. Se pliegan tanto que puedes meterlas en una mochila.

Tate rio por lo bajo y se sentó en la cama. Supuso que lo mejor iba a ser que fuera hacia el árbol antes de que ellas se dejaran llevar y desenvolvieran algún regalo por accidente.

Al sentarse en el borde de la cama, vio los zapatos de Olivia cerca de la puerta, y se le encogió el corazón al recordar la noche anterior. El hermoso cuerpo de ella debajo del suyo. Sus labios carnosos y su piel suave. Las brillantes lágrimas en sus ojos mientras hacían el amor. Él no había dicho nada al respecto: se había limitado a besarla mientras se le partía el corazón por la mitad.

Sabía muy bien que nunca volvería a tener una noche así con ella. Comprendía que no lo merecía, y estaba convencido de que Olivia iba a estar mejor sin él. No sabía cómo ser un marido ni cómo ser el tipo de hombre que vuelve a casa a cenar todas las noches. Solo sabía cuidar de su rancho, trabajar en el equipo de búsqueda y rescate, y estar solo.

—Parece que seremos solo tú y yo, chaval —le dijo a Langosta mientras se agachaba y le rascaba detrás de las orejas.

Langosta respondió con un bostezo. Era cierto: sonaba un poco aburrido. Tate se sacudió los remordimientos y se puso una camiseta y unos vaqueros para ir a supervisar a sus astutas hijas.



Las niñas, los regalos y las tortitas ocuparon tanto la atención de Tate que no fue hasta última hora de la mañana que volvió a estar a solas con Olivia.

—¿Estás... bien? —preguntó con cautela.

Olivia había estado algo callada durante la mañana, pero no parecía enfadada.

—Lo estaré —respondió con una sonrisa que carecía de su chispa habitual.

Tate odiaba haber sido quien había puesto esa mirada en los ojos de ella, aun cuando, a la larga, aquello fuera lo mejor.

—¿Vamos a hablar hoy con tus padres? —preguntó Olivia mientras metía los últimos platos del desayuno en el lavavajillas—. De ser así, debería empezar a hacer la maleta. —Señaló hacia arriba.

El corazón de Tate dio un vuelco. Olivia tenía prisa por irse. «Cambia de casa y de página», pensó. Sin embargo, eso era lo que él quería para ella, y sabía que era lo mejor para todos, así que no podía quejarse.

—Sí. Podemos hablar con ellos en cuanto lleguemos, antes de que lleguen los demás.

Ella asintió.

—No deberíamos haber... —La voz de Tate se fue apagando—. Anoche. Te ha entristecido —dijo en voz baja mientras observaba el rostro de Olivia.

Ella negó.

—Era lo que quería. Estoy bien. De verdad.

Olivia esbozó una sonrisa demasiado amplia, y Tate se sintió cien veces peor.

—Vale —dijo él, asintiendo—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Puedes recoger los regalos de las niñas?

—Claro. Sin problema.

—Genial. Iré a preparar todo lo demás.

Tate la vio alejarse por la escalera, y una voz en su cabeza, que sonaba muy parecida a la de Vince, le dijo que estaba comportándose como un idiota y que estaba desperdiciando la oportunidad que se le había presentado. Sin embargo, otra voz, la que le había estado persiguiendo durante años, le dijo que no estaba destinado a tener una familia; que no pertenecía a nadie; que el amor no era para él; y que lo mejor era sentirse satisfecho estando solo.

Aquella voz familiar ganó.



Olivia sonrió a Tate y a su padre mientras se dirigían al patio delantero para que las niñas probaran los trineos que Lucy y Thomas les habían comprado.

—¿Por qué no vienes conmigo y hablamos mientras hago el puré de patatas? —dijo Lucy antes de cerrar la puerta principal.

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudar con la comida?

—Bueno, sería estupendo si pudieras preparar las judías verdes.

Entraron en la gran cocina y Lucy colocó en la mesa un cuenco de judías verdes y un cuchillo. Olivia les cortó las puntas, las partió y las puso en una olla grande en la que después las hervirían. Agradeció que la tarea fuera sencilla y repetitiva, ya que su mente era un caos desde que había dejado a Tate para volver a su cama a medianoche.

—Entonces, ¿ha sido idea de Tate que os mudéis aquí, o tuya? —preguntó Lucy sin rodeos mientras pelaba patatas en el fregadero de la cocina.

Olivia y Tate habían hablado brevemente con Thomas y Lucy en cuanto habían llegado, y ellos no habían hecho ninguna pregunta, sino que habían abierto su casa a Olivia y a las niñas con la misma facilidad con la que habían abierto sus corazones.

—De los dos —respondió Olivia.

A pesar de lo decepcionada que estaba con Tate, no quería causar problemas entre él y su familia. Notaba que toda la situación era difícil para él y no dudaba que Tate la quería, solo dudaba que fuera capaz de expresarlo de una manera que los hiciera felices a ambos.

Lucy, que estaba de espaldas a Olivia, emitió un pequeño sonido que no transmitía gran cosa.

—Se está esforzando —añadió Olivia para defenderlo—. Y sé que estará al lado de las niñas. Eso es lo que importa.

Lucy dejó el cuchillo de pelar a un lado, se giró hacia Olivia con una patata en una mano, y la miró con compasión.

—Apuesto a que dices eso desde antes de que ellas nacieran —dijo, y Olivia frunció el ceño—. «Mientras ellas estén bien, no importa», «Mientras ellas sean felices, todo está bien». Pero tienes que saber que tú también importas.

Olivia miró las judías verdes que tenía en las manos con el ceño fruncido.

—No basta con que esté ahí para las niñas —insistió Lucy—. Él te quiere. Cualquiera se da cuenta de eso. Y tú sientes lo mismo. Apuesto a que os enamorasteis en aquel crucero. Tuvisteis que haber sentido algo importante el uno por el otro, o esas preciosidades no existirían.

Olivia asintió mientras cortaba las judías verdes por la mitad y las echaba en la olla con el resto.

—Así es... Así fue —dijo y se encogió ligeramente de hombros—. Pero él no puede hacer más de lo que está haciendo, y yo no puedo cambiar eso. No puedo obligarle a ser un hombre de familia. Solo puedo esperar que quiera a las niñas e intente portarse como es debido con ellas.

Lucy movió la cabeza.

—Llevo años intentando que ese hombre salga de su caparazón. Pensé que tú y las niñas podríais conseguirlo por fin.

Olivia suspiró. A decir verdad, ella también había pensado que podrían, pero la idea se había esfumado en menos de cinco minutos.

—No pasa nada —mintió—. No vine aquí para encontrarlo a él. Vine por un buen trabajo y un lugar bonito para criar a las niñas. Tengo todo eso y, además, a ti y a Thomas. —Olivia esbozó una sonrisa sincera—. Y las niñas tendrán la oportunidad de conocer a Tate tal y como es. No crecerán con misterios ni preguntas. Sabrán exactamente el hombre que es su padre, y eso vale la pena.

Lucy se limpió las manos en el delantal y se volvió hacia el fregadero.

—Eres demasiado buena, Olivia —dijo, con voz entrecortada—. Está cometiendo un grave error. Le quiero como si fuera mi propio hijo, y no soporto verle desperdiciar esta oportunidad de tener una familia de verdad.

Olivia cortó más judías verdes y tuvo la prudencia de no contestar.

—El día de mañana —dijo Lucy en voz baja—, cuando Thomas y yo ya no estemos, ¿a quién tendrá Tate?

Olivia no estaba segura, pero tenía la impresión de que no sería a ella.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—**L**e han pillado el tranquilo enseguida —dijo Thomas sonriendo mientras las mellizas se deslizaban colina abajo por detrás del rancho.

Cada una había recibido un trineo nuevo: uno púrpura y el otro verde lima. Habían prometido turnarse y compartir para que ambas pudieran probar ambos trineos.

—Las dos van a ser deportistas —respondió Tate con orgullo—. Melissa tiene mejor equilibrio, pero Jackie es más enérgica. Estaba pensando que podrían jugar en el equipo de fútbol infantil de los Cachorros goleadores que tienen los sábados en el centro de recreo.

Thomas asintió, pensativo.

—También hay que subirlas pronto a un caballo. Ya tienen edad.

Tate se estremeció al recordar lo furiosa que se había puesto Olivia con las monturas y demás arreos. A decir verdad, había sido un poco brusco, pero había devuelto los objetos y había comprado una montura y una brida cabestro sencillas para que las niñas las usaran en aquel viejo poni. Sin embargo, aún no se lo había dicho.

—El otro día compré una montura y otros arreos para Harvey —le dijo a Thomas—. ¿Te gustaría enseñárselos cuando tengas un momento?

Una sonrisa iluminó el curtido rostro de su padre.

—Me encantaría —respondió él—. Las subiré a Harvey en un santiamén.

Los dos hombres observaron en silencio a las niñas, que se deslizaban en los trineos. Al cabo de unos minutos, Thomas empezó a formular las preguntas que Tate sabía que iba a hacer.

—¿Por qué quieres que se queden aquí con nosotros?

Tate intentó no suspirar. Sabía que tenía que responder a las preguntas de su padre, pero era difícil cuando él mismo no tenía tan claras las razones.

—Creo que es lo mejor hasta que tengamos el otro sitio en condiciones. Además, yo estoy aquí todo el día, así que probablemente de esta manera me verán más que en las últimas semanas.

Thomas asintió con su característica paciencia. Tate sintió que le subía la tensión. Sabía que no era una reacción lógica, pero le ocurría desde que había cumplido quince años y había

desarrollado el eterno deseo de escapar al escrutinio de su padre.

—Entonces, ¿no te imaginas un futuro con Olivia?

Tate se pasó una mano por el pelo y vio cómo Jackie caía boca abajo en un montículo de nieve y se incorporaba rápidamente, riéndose como una loca. Melissa le quitó la nieve y puso a su hermana de pie antes de tirarse en el mismo montículo a propósito.

—Yo no planeé esto, papá. —Tate miró a su padre, intentando reprimir el resentimiento—. Olivia era... es especial para mí, pero yo no estaba buscando una mujer e hijas. Haré todo lo que pueda por las niñas, y quiero que Olivia sea feliz, pero he estado soltero todos estos años por una razón. No soy el tipo de hombre que puede darle lo que necesita.

Thomas se aclaró la garganta como si fuera a contestar, pero, en lugar de eso, se llevó las manos a la boca y le gritó a Jackie que intercambiara el trineo con su hermana. Asintió cuando ellas respondieron y se volvió hacia su hijo.

—¿Es eso lo que piensa Olivia? ¿Que no eres el tipo de hombre que puede darle lo que necesita?

Tate abrió la boca y volvió a cerrarla. Sintió un dolor palpitante en la base del cráneo.

—Ella acepta lo que le digo.

Thomas resopló y sacudió la cabeza.

—Puede que hayas heredado el carácter sensible de tu madre, pero esa terquedad es cien por cien de mi padre. No sé cómo esa cualidad McConnell se saltó una generación, pero los genes son una cosa extraña.

—Diría que eres igual de testarudo al insistir en que sea alguien que no soy.

Una leve sonrisa curvó las mejillas de Thomas.

—Todos los padres son testarudos cuando se trata de la felicidad de sus hijos. Pronto lo descubrirás.

—Soy feliz, papá. Solo que mi tipo de felicidad es diferente a la tuya.

—Mmmm.

Miraron a Melissa, que giraba en círculos en medio de la colina, y a Jackie, que pasaba a su lado riendo.

—¿Serás feliz cuando Olivia encuentre un nuevo hombre y él se convierta en el padrastro de las niñas? —preguntó Thomas como quien no quiere la cosa.

A Tate se le encogió el corazón. La reacción fue inesperada y repentina. Se llevó un puño al pecho y se frotó la zona de forma inconsciente. De repente, los rostros de todos los solteros del condado de entre veinticinco y cuarenta años comenzaron a revolverse en su mente. Hombres con propiedades, hombres con casas. Hombres extrovertidos y divertidos. Hombres amables y despreocupados. Políticos, rancheros, restauradores, artistas. Montana estaba llena de hombres, y las mujeres escaseaban. Olivia iba a ser muy popular cuando se corriera la voz de que estaba soltera.

Frunció el ceño al pensar en ver a Olivia por el pueblo con otra persona. Ver a las niñas con otro. Él acababa de empezar a conocerlas. ¿Y si Olivia se mudaba con otro hombre y ellas pasaban todo el tiempo con él?

—Eso pensaba —murmuró Thomas.

Tate volvió en sí; la terquedad de la que habían hablado antes hizo su perturbadora aparición.

—Quiero que sea feliz. Si conoce a alguien que pueda darle eso, apoyaré la relación.

Thomas se volvió hacia Tate, con una sonrisa triste en el rostro. Le dio una palmada firme en el hombro y le dijo:

—Hijo, eres un completo idiota.

Después, volvió a entrar en la casa.



—Así que tú eres la famosa Olivia —dijo Roxanne, la prima segunda de Tate. Estaba parada junto a Olivia en el bufé que habían montado en el comedor.

Olivia sonrió a la mujer rubia mientras servía puré de patatas en un plato para Melissa.

—No sabía que era famosa.

Roxanne sonrió de oreja a oreja.

—Claro que lo eres. Lucy y Thomas llevan días hablando de ti y de las niñas. —Acarició a Melissa en la cabeza con suavidad—. Y tenían razón: sois monísimas.

Melissa asintió con seriedad.

—El abuelo dice que me parezco a papá cuando era pequeño, y él también era guapo.

Olivia le entregó el plato lleno a Melissa y le señaló la mesa en la que Jackie ya estaba sentada con otros niños.

—Te diré algo —dijo Roxanne—: nunca habría pensado que oiría a alguien llamar «papá» a Tate.

Olivia casi ríe en voz alta. Entendía la extrañeza.

—Se está adaptando —le dijo a Roxanne—. Es muy bueno con las niñas, y cada día lo hace mejor.

—Eso es genial —dijo Roxanne mientras esperaba a que Olivia terminara de llenar su propio plato.

Después, las dos mujeres fueron a sentarse a una de las mesas más pequeñas de la habitación. Lucy y Thomas habían invitado a tanta gente que no había forma de sentarlos a todos juntos en una mesa. Una vez acomodadas, Roxanne continuó.

—Tengo que decirte la verdad. —Bajó la voz y se inclinó hacia Olivia—. Si no hubieras aparecido, creo que Tate nunca habría formado una familia. Es un buen hombre, pero... —Su voz se desvaneció mientras se encogía de hombros.

Olivia suspiró. Sí, lo sabía. Era un buen hombre, y debajo de toda su coraza de autoprotección también era un hombre cariñoso y generoso, pero el esfuerzo que suponía encontrar a ese hombre requería más energía de la que ella sabía que tenía. Por mucho que le doliera, no podía seguir luchando contra su idea de que no estaba hecho para ser un padre de familia. Olivia estaba agotada, y tenía el coraje necesario para admitirlo.

—Él... —Hizo una pausa, y se preguntó cómo podría decirlo con diplomacia—. Va a ser un buen padre.

Ya está. Lo dejaría así.

—¿Crees que exista alguna posibilidad de que volváis a estar juntos? —preguntó Roxanne con suavidad.

Olivia negó, movió las judías verdes que tenía en el plato con la punta del tenedor y cortó un trozo de tocino.

—Lo hemos hablado, pero en realidad no encaja con sus planes. Todo esto es inesperado para él, y lo entiendo: es mucho a lo que acostumbrarse.

Roxanne bebió un trago largo de vino.

—Sería bueno para él tener que acostumbrarse a algo por una vez. Su madre era la mujer más dulce del mundo y le encantaba la vida familiar. Ella odiaría la forma en la que ha elegido vivir su vida, solo y apartando a todo el mundo. —Sacudió la cabeza, reflejando el gesto anterior de Olivia—. Y no me creo ni por un minuto que eso sea lo que de verdad le hace feliz.

Olivia ya no sabía qué creer, solo sabía que no iba a perder más tiempo intentando convencerlo de que la quisiera lo suficiente como para hacer realidad sus fantasías. Eso la destrozaba por dentro, y no podía permitírselo. Necesitaba centrarse en sus hijas y en su nuevo trabajo. No tenía energía para un hombre que no quería estar con ella.

—Bueno —le dijo a Roxanne—, quiero que sea feliz, así que espero que lo sea.

Sin más, le dedicó una sonrisa tensa a la otra mujer y cambió de tema.

Olivia no tenía lo que Tate necesitaba, y no estaba segura de que ninguna mujer lo fuera a tener, pero eso no significaba que no fuera a sufrir durante mucho tiempo por perderlo. Tal vez incluso para siempre.

CAPÍTULO VEINTE

Eran casi las diez de la noche cuando Tate al fin volvió a casa tras la reunión de Navidad en casa de sus padres. Se había despedido de las niñas y había aceptado llevarse las sobras tras la insistencia de Lucy. Entró a su casa, que estaba a oscuras, y al detenerse para rascarle la cabeza a Langosta, se dio cuenta de que era la primera vez en semanas que estaba solo.

Guardó la comida en el frigorífico y se sentó en el sofá. Langosta apoyó la cabeza en su rodilla, y Tate acarició al viejo labrador mientras contemplaba las luces del árbol de Navidad y esbozaba una sonrisa al recordar el caos que habían hecho las niñas al decorarlo. El silencio que reinaba en la casa era casi espeluznante por la ausencia de las voces de esas ardillitas en la habitación de arriba.

De repente, Tate notó que había quedado un regalo debajo del árbol; tenía el tamaño de un libro. Era imposible que se hubieran olvidado de abrir un regalo en el frenesí de la mañana. A las niñas les encantaban los regalos, les encantaba darlos y recibirlos, así que nunca habrían dejado uno sin abrir.

—¿Será que ha entrado Papá Noel cuando yo no estaba? —le preguntó a Langosta mientras se inclinaba hacia adelante para coger el paquete.

Langosta bostezó y se acurrucó en su almohada, que estaba junto a la chimenea. Tate observó el paquete, lo agitó un poco y le dio la vuelta. Al otro lado había una pequeña tarjeta de dedicatoria con su nombre. Reconoció la letra de Olivia y, con cuidado, levantó la cinta de los extremos y quitó el envoltorio. Al terminar, se encontró con un cuadro con marco de cuero, con un bordado que formaba una de las monturas decoradas que él había elegido para las niñas. En la foto se lo veía a él abrazando a Jackie y Melissa.

Recorrió el contorno de sus dulces cabecitas con su dedo pulgar. Olivia debía haberle dejado el regalo bajo el árbol antes de irse a casa de sus padres. Y ahora, ahí estaba, inmerso en esa la soledad que tanto había deseado, sosteniendo en sus manos el recordatorio de que ya no estaba solo. Esas preciosas niñas eran parte de su vida. Eran parte de él, y sin importar lo lejos que pudieran ir, él nunca iba a volver a ser un llanero solitario.

—Demonios —murmuró para Langosta.

Sosteniendo el cuadro con cuidado, se quedó mirando la imagen e intentó imaginarse a Olivia eligiendo el marco, cortando la foto con esmero para que encajara bien y puliendo el cristal para que quedara impecable. Había dedicado tiempo y esfuerzo para elegir ese regalo. Él, en cambio,

le había dado una tarjeta regalo para que la canjeara en la cafetería del pueblo. «Para tu hora del descanso en tu primer día de trabajo», le había dicho. Dios. Era un imbécil. Ahí estaba. Por eso no era el hombre indicado para ella. No merecía estar con una mujer tan atenta y considerada como ella porque él era un idiota torpe e insensible. Entonces la voz de su padre resonó en su cabeza. «Eres un idiota, hijo». Sí. Era cierto. Pero no por las razones que creía su padre. Era un idiota porque no tenía ni idea de cómo tratar a una mujer como Olivia, y no hacía más que decepcionarla con cada cosa que hacía.

—Pero al menos se lo puedo agradecer —le dijo a Langosta.

Metió la mano en el bolsillo trasero del vaquero y sacó su móvil. Seleccionó el contacto de Olivia y no tardó en escribirle un mensaje. «He encontrado la foto. No sé cómo agradecerte. Es preciosa».

Envío el mensaje y se quedó esperando con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. Sus oídos, negados a cooperar con la causa, se esforzaban por reproducir las voces de las niñas riendo y jugando en la antigua cabaña, pero lo único que escuchaba eran los suaves ronquidos de Langosta.

«De nada», le respondió Olivia. Él se quedó mirando el mensaje, esperando que le escribiera algo más, deseando oír su voz, aunque fuera solo un momento. Como no llegó nada más, le escribió dos palabras: «Buenas noches». Esperó una hora solo en la oscuridad, acompañado nada más que por las tenues luces del árbol de Navidad, pero no obtuvo respuesta. Finalmente, se puso de pie y subió a su habitación, se acurrucó bajo las sábanas e inhaló el aroma de Olivia por última vez.



Una semana más tarde, Olivia llegó a la entrada de su nueva oficina y soltó un suspiro de satisfacción. Le tocaba empezar al día siguiente, pero esta era la tercera mañana que iba a la oficina para organizar su espacio de trabajo. El edificio estaba cerrado durante la semana de Navidad y Año Nuevo, así que tenía el lugar para ella sola y podía dedicarse a descartar correos y archivos que no servían, leer acerca de los proyectos recientes de la organización y averiguar el presupuesto para el próximo año fiscal.

Desde que se había mudado con Thomas y Lucy, las cosas se les habían hecho más fáciles a las tres. Olivia se sentía culpable por todo lo que la ayudaba la pareja, pero ellos insistían en que era lo mejor que les había pasado en años. Olivia se aseguraba de ir al mercado y llenar el frigorífico, y tanto ella como las pequeñas se despertaban temprano casi todas las mañanas para prepararle el desayuno a toda la familia. Lucy y Thomas mantenían a las niñas entretenidas: les habían enseñado a ir al mercado, las habían llevado a montar en poni y también las habían llevado de compras al pueblo. Gracias a ellos, Olivia tenía tiempo libre para poner a punto su nueva oficina, hacer los miles de llamadas y los trámites necesarios para que las niñas empezaran las clases en la segunda mitad del ciclo lectivo, y ocuparse de los arreglos pendientes de la casa que iba a alquilar.

Norene no había aceptado cambiar la instalación eléctrica, pero había reemplazado las partes que podían llegar a ser más peligrosas, y Olivia había logrado que comprara una cocina y una

lavadora y secadora, así que se sentía victoriosa en cierta forma. La casita tenía mejor pinta cada día. Olivia esperaba irse a vivir ahí con las niñas al cabo de unas semanas.

—¡Mami! —exclamó Jackie desde la recepción de la pequeña oficina.

En cuanto Olivia se acercó, tanto Jackie como Melissa se abrazaron a sus piernas. Por su parte, Lucy sonreía mientras daba pisotones para quitarse la nieve de las botas y cerraba la puerta.

—¿Lo habéis pasado bien? —les preguntó Olivia mirando dos pares de mejillas sonrosadas.

—Hemos bebido chocolate caliente y hemos aprendido a quitar la nieve del parabrisas de la camioneta —le respondió Jackie.

—No sabes cuánto han ayudado —comentó Lucy sonriente—. Fuimos a correos y le pusieron sellos a todas las cartas que tenía que mandar. Después, pasamos por la cafetería a beber chocolate caliente, y cuando salimos, vimos que la camioneta estaba cubierta de nieve de nuevo, así que las niñas cogieron una escoba larga que había en la cafetería y la quitaron toda.

—Así la abuela podía ver al conducir —le dijo Melissa con seriedad.

Al oírlas decir «abuela», a Olivia y a Lucy se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Habéis ayudado mucho a la abuela —dijo la mujer entusiasmada mientras se arrodillaba y las abrazaba a las dos a la vez.

—Gracias por pasar la mañana con ellas. Ya me siento lista para empezar mi nuevo trabajo. Tengo preparada toda la documentación necesaria para inscribirlas en preescolar. Van a empezar cuando el grupo vuelva de las vacaciones de Navidad.

Lucy se despidió y se fue a pasar la tarde tejiendo con algunas de sus amigas. Por su parte, Olivia comenzó a recoger sus cosas para llevar a las niñas al mercado y después de vuelta al rancho.

—¿Mami? —dijo Jackie—. ¿Va a estar papi en casa cuando lleguemos?

Seguro que ellas sabían mejor que Olivia cuál era la respuesta a esa pregunta. Tate pasaba tiempo con ellas todas las mañanas cuando llegaba a trabajar, y a veces se quedaba hasta tarde para llevarlas a montar en poni y en trineo, pero Olivia no había cruzado más de dos palabras con él últimamente. Las niñas le contaron que pasaban tiempo con él mientras se tomaba su café de la mañana, y ella los miraba jugar en la nieve por la tarde, pero no había querido interrumpir sus momentos juntos. Tampoco le había querido pedir ningún favor. Estaba cansada y le dolía la cabeza. Por ahora, iba a dejar que las cosas siguieran su curso natural.

—No lo sé, cariño. ¿Por qué preguntas?

Jackie le echó un vistazo rápido a Melissa, que estaba dibujando en un papel que había sacado del escritorio de recepción. Olivia tomó a Jackie de la mano y la llevó a su oficina, pues sentía que la niña no quería que Melissa escuchara la conversación. Jackie se sentó en una silla y vio a Olivia sentarse en el escritorio.

—Mami, ¿cómo puede ser que papi no quiera que vivamos todos juntos ahora que sabe que existimos?

Olivia pestañeó y buscó las palabras correctas para responderle.

—Bueno, no todas las mamis y los papis viven juntos. Tú lo sabes.

—Pero antes vivíamos con papi.

Olivia soltó un suspiro. Para ella, habían existido en el espacio de Tate, pero nunca habían convivido realmente.

—Acordamos quedarnos en su casa mientras arreglaban la nuestra, y ahora nos estamos quedando con la abuela y el abuelo. Cuando terminen los arreglos, viviremos en nuestra propia casa las tres juntas, como hemos hecho siempre.

—Pero quiero a papi —soltó Jackie en voz baja.

Olivia no pudo evitar responder a eso en su cabeza: «Yo también». Sí, aún le gustaba, aunque él le hubiera dicho que no podía estar con ella, aunque ella había aceptado que nunca iban a ser la familia con la que ella soñaba. Aun así, Olivia se quedaba despierta en la cama recordando la sensación de la piel de Tate cuando entraba en contacto con la suya, recordaba el sabor de sus labios y el sonido de las palabras que le susurraba al oído en la oscuridad. Recordaba a aquel hombre del que se había enamorado en el crucero, y los vestigios que quedaban de él que había reconocido al volverlo a ver en Montana.

—Y papi te quiere a ti —le dijo a Jackie—. Pero no supo nada de nosotras durante mucho tiempo. Y formó su vida aquí. Todavía está intentando averiguar cómo hacernos un sitio en su vida. Quizás el lugar que nos pueda dar no implique vivir en la misma casa con él.

Antes de que Jackie pudiera responder, a Olivia le sonó el móvil. Al ver la pantalla, vio que Tate le había enviado un mensaje. «¿Puedes venir a la casa nueva? Necesitamos tu opinión». Olivia dejó de pensar en él. Esta era su vida. Tenía dos niñas a quienes criar, una casa que sacar adelante y un nuevo puesto de trabajo que conquistar. Quizá cuando las niñas se graduaran en el instituto, tendría tiempo para buscar a un hombre, pero hasta entonces, su lista de pendientes estaba llena.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Tate estaba en el porche de la casa de su padre y miraba a través de las ventanas hacia la sala de estar, que estaba cálidamente iluminada. Thomas estaba sentado con una niña en cada rodilla, y Lucy estaba en la silla de al lado, con las gafas de cerca puestas. Olivia les enseñaba diferentes zapatos y pedía la opinión de todos sobre cada par. Después, los lanzaba hacia diversas pilas. Todos se rieron cuando les enseñó un extraño par de zapatos de tacón con lentejuelas que tenían cadenas de oro para ajustar a los tobillos.

Tate se había quedado en el rancho hasta tarde, trabajando en el establo y ayudando a parir a una de las yeguas, y había decidido pasar por la casa para dar las buenas noches antes de emprender el frío y oscuro viaje de quince minutos de vuelta. Sin embargo, mientras los observaba desde el porche, el dolor que sentía en el corazón era tan agudo que no se atrevió a abrir la puerta.

«Esto era lo que querías», le recordó una voz dentro de su cabeza. «Dijiste que ese no era tu lugar, que no querías ser parte de eso».

No obstante, al ver la escena desde fuera y observar la calidez y el amor que había al otro lado del frío cristal, sintió muchas ganas de estar allí. En ese momento, al ver a todas las personas que quería siendo felices sin él, comprendió lo que significaba necesitar algo hasta tal punto que sobrepasara todos los miedos, reparos e inseguridades.

Tate deseó una familia más de lo que había deseado ninguna otra cosa en toda su vida. Sin embargo, ¿acaso no había tomado una decisión? Les había dicho a todos, una y otra vez, que ese no era su lugar. Con un suspiro, se dio la vuelta, se alejó del porche y se marchó hacia la camioneta, que estaba aparcada cerca del establo principal. Encendió el motor y se alejó, preguntándose si no habría cometido el mayor error de su vida.



Una semana más tarde, Tate observó a Olivia, su Olivia, que charlaba con Deke Harper en la fiesta de inauguración del carnaval de invierno.

Todos los años, el rancho McConnell patrocinaba el evento de inauguración con una barbacoa, cervezas artesanales locales y, aquel año, un trío country que había ido desde Butte. Casi todo el pueblo acudía y, al día siguiente, todos padecían la misma resaca.

Era uno de los eventos favoritos de Tate. Aunque, en general, prefería un estilo de vida tranquilo

y solitario, le gustaba el carnaval de invierno. Aquel evento inaugural siempre era una noche para relajarse, ponerse al día con los cotilleos de los pueblos cercanos y eludir las especulaciones sobre quién sería el próximo en casarse. Vale, puede que lo último no fuera del todo relajante, pero, por lo general, podía soportarlo con bastante aplomo. No era el caso esa noche.

En aquella ocasión, Tate se enfrentaba al fantasma de Olivia en público, mezclándose con la gente de su pueblo natal, haciendo amigos y cautivando a los hombres donde quiera que fuera. En un estado como ese, en el que había más hombres que mujeres, una mujer joven, soltera y atractiva era motivo no solo de celebración, sino de rápida acción. Tate había visto a no menos de tres solteros presentarse a Olivia.

Ella se estaba riendo de algo que había dicho Deke Harper. Deke Harper no era gracioso. Nunca.

—Me habría venido bien tu ayuda ayer en la autopista 6. —La voz áspera de Vince interrumpió los agrios pensamientos de Tate, que apartó la mirada de Olivia y miró a Vince con los ojos entreabiertos—. Un coche cayó a una zanja cerca de la casa de los Ramírez. Una pareja joven que iba de paso hacia Idaho. Tardamos cuarenta minutos en encontrarlos. Habían quedado sepultados con el capó hacia abajo en un montículo de dos metros.

La mirada de Tate se había vuelto a desviar hacia Olivia y Deke, pero se obligó a mirar a Vince.

—Tú fuiste el que me mandó al banquillo —masculló Tate, y bebió un largo trago de cerveza para acompañar el amargo sentimiento—. Ni siquiera sé qué se supone que debo hacer para volver a caerte en gracia. No me dejaste muy clara esa parte.

Vince resopló.

—Intenta no ser tan terco, joder. Pasa algo de tiempo con tus amigos, pórtate como es debido con tu familia. —Se inclinó hacia delante y susurró—: Evita que esa chica tuya tan guapa empiece algo con Deke delante de tus narices.

Tate estaba muy familiarizado con la impaciencia, el autocontrol y la tenacidad, pero rara vez sentía ira pura y dura, sin adulterar; la clase de rabia que hierve la sangre. De algún modo, Vince se las había apañado para apretar el gatillo, y Tate sintió que una oleada de ira al rojo vivo le recorría las venas. Un rugido brotó de algún lugar de su interior que él desconocía.

—No están empezando nada —gruñó.

Vince se limitó a sonreír, sin remordimientos.

—Siento contradecirte, pero están intercambiando números de teléfono. —Meneó la cabeza—. Quizá lo mejor sería que intervinieras antes de que programen la primera cita.

Los pies de Tate se movieron antes de que su cerebro tuviera oportunidad de reaccionar, y aunque se dio cuenta de que había sido manipulado por el astuto líder del equipo de búsqueda y rescate, casi de inmediato decidió que no le importaba. Si con eso lograba librar a Olivia de las garras de Deke Harper, ningún precio era demasiado alto.

—Olivia —dijo más bruscamente de lo que pretendía al llegar a su lado—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella lo miró, con el ceño ligeramente fruncido.

—Tate —lo saludó Deke y le tendió una mano con amabilidad—. Me alegra verte.

Tate miró la mano del hombre y volvió a mirar a Olivia.

—Tenemos que hablar.

Deke enarcó una ceja y retiró la mano, balbuceando algo que sonó muy parecido a «Pues, vale».

—Sí... claro —murmuró Olivia y dirigió una amplia sonrisa a Deke—. Muchas gracias por toda la información. Me pondré en contacto contigo en cuanto tengamos el programa en marcha. Es muy generoso de tu parte ofrecer tu rancho para nuestras actividades.

Deke asintió, lanzó a Tate una mirada recelosa y se marchó. Tate se giró hacia Olivia, que tenía el ceño fruncido. Ella cruzó los brazos.

—¿Y bien?

Tate se dio cuenta de que no tenía absolutamente nada que decirle. Se había enfadado, ¿y adónde le había llevado eso? Estaba junto a Olivia, pero no tenía ningún plan. Al menos Deke se había ido.

—¿Qué necesitabas? —insistió ella.

—¿De qué conoces a Deke? —preguntó él, siguiendo el concepto de «la mejor defensa es un buen ataque».

—¿Qué?

Él decidió insistir. «De perdidos, al río», se dijo.

—¿De qué conoces a Deke?

—Empezamos a hablar hace unos quince minutos —respondió ella con recelo—, creo que es muy pronto para decir que lo conozco.

—Pues, él es... —Tate intentó pensar en algo negativo que decir, pero lo cierto era que Deke era un buen tipo, solo que no era el adecuado para Olivia—. No es muy responsable con su ganado. El verano pasado se le escaparon más de diez reses. No mantenía las vallas en condiciones. —Olivia lo miraba asombrada. Él continuó—: Esa es una buena manera de conocer a un hombre. Puedes saber qué clase de persona es por cómo trata a los animales. —El alegato iba cobrando fuerza—. Todo el mundo sabe que la gente que no cuida bien a los animales no cuidará bien a los niños. No quiero que las niñas pasen tiempo con alguien como Deke Harper. Es probable que las deje salir de la casa y terminen en medio de alguna calle.

Tate pensó que esa era una buena explicación. Se cruzó de brazos y lanzó a Olivia la mirada que solía usar con los empleados más tercos.

—Tienes que estar de broma —espetó ella entre dientes. Sus cálidos ojos castaños estaban encendidos por la ira—. ¿Me has visto hablando con otro hombre y has venido aquí a espantarlo? ¿Es que tienes la misma edad que las mellizas? ¿Alguien ha mirado el juguete que tú habías descartado y no has podido soportar la idea de compartirlo?

Tate estaba boquiabierto. No, eso no era lo que había sucedido. ¿A ella le daba lo mismo con

quién pasaba el tiempo? ¿Con quién podía llegar a hacer que las niñas pasaran tiempo? La tomó de la muñeca y la llevó hasta las amplias puertas dobles del vestíbulo. Miró alrededor en busca de intimidad, tiró de la muñeca de Olivia y se dirigió hacia la salida más cercana.

—¿Qué haces? Hace mucho frío ahí fuera —bufó ella en señal de protesta.

Tate no se detuvo hasta que llegaron al invernadero a cargo del grupo local 4H. Tiró del picaporte y agradeció para sí cuando la puerta se abrió. Condujo a Olivia al cálido interior.

—Estoy tratando de advertirte para que te mantengas alejada de aquellos hombres que podrían no ser buenos para las niñas.

«Sí, claro. Eso era exactamente lo que intentaba hacer», se dijo.

—He hablado quince minutos con ese hombre, así que esto no tiene nada que ver con las niñas.

Tate se acercó más a Olivia, pero ella se mantuvo firme en su lugar, por lo que terminaron con los rostros muy cerca.

—Habéis intercambiado números de teléfono. Os he visto. Te estaba invitando a salir, ¿verdad? ¿Le has dado tu número para tener una cita?

Olivia abrió bien los ojos.

—¡Madre mía!

Tate entrecerró los ojos. ¿A qué se refería con eso?

—¡Estás celoso!

Él resopló de forma despectiva y abrió la boca para defenderse, pero ella no le permitió formular ni una palabra.

—¿Cómo te atreves? No puedes pasar más de un par de horas conmigo bajo el mismo techo, ¿y te pones celoso cuando me ves hablando con otro hombre?

Algo se encendió dentro de Tate: pasión. Una pasión ardiente y punzante que estaba fuera de control. Agarró a Olivia de los brazos y la estrechó contra su pecho. Oyó una bocanada de aire que salía de sus pulmones por el susto.

—No me gustaba la forma en que te miraba. —La voz de Tate era tan ronca que parecía más bien un gruñido.

En lugar de zafarse de su control, Olivia pareció fundirse con él.

—¿Cómo me miraba?

Los ojos de ambos se clavaron con intensidad en los del otro, y una electricidad crepitó en el aire que les rodeaba. Tate inhaló profundamente. El aroma de ella le recorrió el pecho, se introdujo muy dentro de él y alimentó, como oxígeno al fuego, la llama que se había encendido.

—Como si quisiera hacer esto —murmuró Tate, y acercó el rostro al de ella.



Olivia jadeó cuando la boca de Tate se cerró sobre la suya. Se le aceleró el corazón y levantó una mano para rodearle la nuca, mientras apoyaba la otra en su pecho firme, y gimió cuando la lengua de él se deslizó entre sus labios.

Aquel no era el Tate que ella conocía: no era el amante sincero del barco ni el hombre distante de las últimas semanas. Este Tate era más ardiente, más vivo, resuelto y ávido. Recorrió con las manos las curvas de Olivia hasta que le cogió el trasero y la atrajo hacia él. Sin pensarlo, ella lo rodeó con una pierna, de modo que la pantorrilla de ella quedó detrás de la rodilla de él.

El dolor en sus pezones se hizo más intenso en el momento en que Tate deslizó una mano por debajo de su blusa, le acarició el pezón con el pulgar y le agarró un pecho.

Olivia no sabía quién era ese hombre, pero lo deseaba con todo su ser. Quería sentir su tacto sobre su piel desnuda, quería oír su áspera voz de cerca, quería llenarse de él hasta sentirse a punto de estallar, como un melocotón bien maduro.

Antes de que Olivia se diera cuenta, Tate la había levantado en brazos sin dejar de besarla, se había girado y la había llevado a grandes zancadas hasta una mesa de trabajo que había a un lado. La bajó y se colocó de espaldas al exterior para protegerla con su cuerpo grande y ardiente de posibles miradas.

Tate le levantó la blusa y liberó sus pechos del sujetador. Mientras ella arqueaba el cuello y gemía, él bajó la cabeza, le acarició un pezón con su áspera lengua, lamió la delicada piel y se llevó el pecho a la boca.

—Dios mío —gimió Olivia al aire nocturno cuando el deseo se apoderó de ella; le dolía todo, la respiración se le aceleraba y la urgencia la dominaba.

—Eres tan hermosa —susurró Tate, y le acarició la clavícula con los labios.

Después de eso, no hubo más palabras. Olivia sintió que él le desabrochaba el botón de los vaqueros y oyó el sonido delator de la cremallera. Los dedos de Tate se deslizaron bajo la tela y la piel de él entró en contacto con su piel. Olivia saltó al sentir el calor de la mano y casi cayó al suelo cuando él le acarició el monte de Venus.

Mientras la fiesta continuaba dentro del iluminado edificio principal, la mente de Olivia se quedó en blanco. Tate fue llevando el ardiente deseo que ella sentía en su interior hasta un clímax tumultuoso, y le cubrió la boca con la suya para evitar que gritara en el oscuro invernadero.

La respiración de Olivia se entrecortó en el momento en que él deslizó los dedos dentro de ella y flexionó las caderas contra las suyas, que estaban apoyadas en la mesa de trabajo.

—Necesito estar dentro de ti —le dijo mientras metía y sacaba dos dedos, lo que la volvió loca de lujuria.

Con gran esfuerzo, Olivia lo empujó hacia atrás y, por un momento, creyó ver un destello de dolor en el rostro de él. Ella levantó las caderas y se bajó los vaqueros y las bragas. Al verla, Tate hizo lo mismo con rapidez. Aunque en el invernadero hacía más calor que fuera, para quitarse los vaqueros del todo, tenía que quitarse primero las botas, y eso era algo que no quería

hacer; así que esperaba que con eso fuera suficiente. Tate pareció haber tenido la misma idea porque solo se bajó los vaqueros hasta las rodillas, y enseguida volvieron a tocarse.

Tate levantó la cabeza y la miró a los ojos, embriagado de lujuria y acalorado por la imperiosa necesidad. La poseía de una forma que Olivia nunca había experimentado con ningún otro hombre.

Él la giró, y ella se inclinó sobre la mesa de trabajo y apoyó los codos. Las manos de Tate la recorrieron por todas partes y, a la vez que él la tocaba y la acariciaba, la excitación de Olivia aumentaba rápidamente. La erección de él presionaba a Olivia por detrás y ella se puso de puntillas mientras se apoyaba en la mesa. Gimieron al unísono cuando Tate la penetró de un solo golpe. Con un ritmo intenso, él flexionó las caderas, y la penetró una y otra vez. Olivia se aferraba a la mesa y gemía más fuerte con cada embestida. Cuando por fin se corrieron los dos, a ella le pareció ver las estrellas a pesar de que tenía los párpados cerrados.



Olivia se giró y lo miró. Los ojos de Tate todavía estaban cerrados.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró, al tiempo que le acariciaba con suavidad la incipiente barba de la mejilla.

Tate inclinó la frente contra la de ella y preguntó en un suspiro:

—¿Perdiendo la cabeza? —Rio por lo bajo y se apartó un poco para besarla en la cabeza.

—No puedes tenerlo todo —le dijo ella con dulzura, porque estaba casi tan confundida como él parecía estarlo.

—Lo sé —admitió Tate—. Puede que me equivocara.

—¿Cuándo? —preguntó ella—. ¿Cuando estuviste de acuerdo en que me fuera de tu casa, o esta noche?

Tate se tomó un momento antes de contestar, y a Olivia se le revolvió el estómago. Le dio un empujón en el pecho, pero él no se movió.

—Shhh —susurró Tate, y la besó en la mejilla—. Dame un minuto. Las palabras no me vienen con tanta facilidad.

Olivia esperó, sin saber qué deseaba oír, pero segura de que necesitaba oír algo.

—Cuando te vi con él, yo... —Hizo una pausa y soltó un largo suspiro trémulo—. No sé cómo hacer esto, y me aterra la idea de arruinarlo.

Olivia sintió que le ardían los ojos, extendió una mano y le acarició el suave pelo corto de la nuca.

—Yo tampoco lo sé —dijo ella, y se le quebró la voz mientras intentaba poner en orden sus pensamientos, que bailaban dentro de su cabeza como volutas de humo—. Todo esto es nuevo para mí también.

—Cada vez que te veo en la casa de mi padre, lo único que quiero es tocarte, hablar contigo, asegurarme de que estás bien y de que las niñas son felices. —Las lágrimas se desbordaron y Olivia resolló. Él se echó hacia atrás para mirarla—. Yo te he hecho esto. Lo siento mucho. —Ella lo miró asombrada—. De verdad que estoy perdiendo la cabeza. —Él le lanzó una sonrisa burlona y ella rio por lo bajo a pesar de las lágrimas.

—¿Y si lo intentamos? —preguntó ella porque sintió que debía hacerlo. No podía marcharse como si nada cuando sabía que él quería más, incluso aunque ninguno de los dos supiera cómo conseguirlo.

—Quizá deberíamos —respondió él, acercándose. Le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero tal vez deberíamos empezar por el principio y tener algunas citas, los dos solos. Conocernos como somos aquí y ahora.

Ella asintió. Sí, eso le parecía bien. Después de todo, ya no era una soltera de veinticuatro años, y no estaban de vacaciones. Se trataba del resto de su vida, y la de las niñas también.

—Entonces creo que, por ahora, deberíamos mantener tu relación con las niñas separada de la tuya y la mía —dijo ella.

Él lo pensó un instante.

—¿Nada de tiempo en familia?

Olivia respiró profundamente y buscó las palabras adecuadas.

—Es difícil para mí y para ellas. Además, puede confundir las cosas. Sé que quieres ser su padre; eso no está en cuestión.

Tate la besó con tanta pasión que la dejó sin aliento. Entonces, dijo con brusquedad:

—Tampoco está en cuestión que te quiero a ti. Solo quiero asegurarme de ser bueno para ti, de ser lo que necesitas.

—Vale —dijo ella e intentó recuperar el aliento. Podía sentir la excitación de él presionando contra sus caderas.

—Olivia, ¿puedo invitarte a cenar el sábado por la noche?

Ella sonrió.

—Me encantaría.

—A mí también —susurró él.

El sonido de unas risas flotó hasta ellos cuando un grupo de invitados de la fiesta salió del edificio principal hacia el aparcamiento. Olivia se percató de que todavía tenía la blusa fuera de lugar. Tate retrocedió para que ella pudiera acomodarse, y tuvo cuidado de mantenerse donde su cuerpo la protegiera de la vista por si algún curioso decidía entrar al oscuro invernadero.

—Es tarde —dijo ella—. La sobrina de Lucy solo tiene quince años, así que debería volver para que pueda irse a descansar.

Tate asintió. Olivia pasó a su lado, y él le tocó la mano por un instante.

—Te veré el sábado —le dijo.

A ella se le aceleró el corazón.

—Sí —dijo Olivia con una sonrisa misteriosa—. Nos vemos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Tate se pasó los siguientes días trabajando de sol a sol. Se habían caído algunos árboles y habían tirado varias vallas, así que él y su equipo repararon los que pudieron y reemplazaron los necesarios para no tener que mover el rebaño. Además, labró el camino hacia la casa de su padre, instaló un nuevo lavabo en el lavadero de su casa, cortó una buena parte de una cuerda de leña y salió de caminata con Langosta tres veces.

Incluso habiendo hecho todo eso, no podía dejar de pensar en Olivia. En el sabor de sus labios, en la textura de su piel, en el sonido de su voz. Estaba probando lo que se era vivir sin ella y eso le había generado algo en su interior que no sabía que era capaz de sentir. Seguía sin saber si podía darle lo que ella merecía, pero se moría de ganas de intentarlo.

El vaquero que llevaba dentro tomó las riendas de la situación y se dispuso a comprender qué clase de hombre merecía Olivia, así que planeó una cita formal. Quería pasar a recogerla, llevarla a pasear, consentirla como debe hacer un hombre con la mujer a quien quiere; por eso, al caer la noche del sábado, llegó a la casa de su padre con un traje immaculado, su mejor sombrero y sus mejores botas; tenían una reserva en el asador más caro del pueblo.

—Vaya, vaya —dijo Lucy mientras lo invitaba a pasar al vestíbulo—. Pero qué guapo estás. — Se inclinó hacia adelante y le dio un fuerte beso en la mejilla—. Vas listo para el baile de graduación.

Él intentó no poner los ojos en blanco. Se suponía que las madres hacían esas cosas. Le daban ganas a uno de sonrojarse y rechinar los dientes al mismo tiempo.

—Nos vamos a Finley —le respondió él—. He oído que hay que ir vestido de punta en blanco.

A Lucy se le iluminó la mirada. Sonriente, dijo:

—¿A Finley? Ahí me llevó tu padre en nuestra primera cita.

Tate intentó no sentir vergüenza ajena. Se recordó a sí mismo que vivían en un pueblo pequeño, así que no había muchas opciones de restaurantes.

—¿Quién es el guapetón que está en mi vestíbulo? —bromeó Thomas mientras se acercaba a ellos.

—Se ve que no me visto bien muy a menudo —murmuró Tate.

Thomas soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda.

—¿Has dicho que vais a Finley?

Tate suspiró. ¿Dónde estaba Olivia? Necesitaba que lo rescatara de ese infierno.

—Así es. Me pareció una buena idea quedar para comer unos filetes.

—Finley da buena suerte en las primeras citas —comentó Thomas y le guiñó un ojo al tiempo que abrazaba a Lucy por los hombros.

Tate se esforzó por no averiguar a qué se refería. No quería saber nada de la vida amorosa de sus padres. Nada de nada. Cero.

—¿Qué tal? Ya estoy lista. —La voz de Olivia bajó por las escaleras junto con ella.

Tate pasó de mirar a sus padres a mirarla a ella, y las palabras que se habían acumulado en su mente desaparecieron al instante. Lo único que quedaba era Olivia.

Su pelo largo y oscuro estaba recogido en una especie de nudo flojo sobre la cabeza. A los lados de su rostro caían unos bucles que descendían hasta el cuello, recorrido que podía seguir un hombre con los dedos, los labios, la lengua. Un vestido rojo abrazaba su figura larga y esbelta con suavidad. De la parte de arriba, que le quedaba bien ajustada al pecho, salían dos pequeñas mangas que apenas le cubrían los hombros, y el cuello, que era amplio, dejaba al descubierto sus clavículas y un poco de escote. La falda, que terminaba justo por encima de las rodillas, danzaba en el aire con cada paso que ella daba. Tate bajó la mirada y recorrió sus piernas tersas hasta llegar a los tacones de aguja rojos de diez centímetros. Tragó saliva, carraspeó y, como pudo, dijo con voz ronca:

—Eh, hola.

Si la sangre hubiera circulado al cerebro, quizá se habría percatado de que Thomas y Lucy habían levantado una ceja y esbozado una sonrisa. Sin embargo, Olivia había captado toda su atención.

Ella se le acercó sonriente y su corazón dio un vuelco.

—¿Estás listo? —le preguntó ella. Después Tate oyó unos chillidos, seguidos de unas risitas infantiles. Olivia arqueó una ceja—. Mejor vámonos antes de que me desobedezcan y vengan aquí —soltó ella en un suspiro.

Él se agachó un poco para mirar a la punta de las escaleras y se topó con dos cabecitas escondidas tras la barandilla. Les sonrió y les guiñó un ojo, y ellas soltaron unas risitas desternillantes.

—Les dije que debían quedarse arriba, pero me han estado observando mientras me cambiaba, y hace media hora que no paran de hablar de citas y besos. —Olivia puso los ojos en blanco y sonrió.

Tate intentó ocultar su visto bueno. Era evidente que sus hijas estaban de su lado. Sintió que besarse era una gran actividad para hacer en una cita.

—Bueno, será mejor que nos vayamos. La reserva es a las siete —dijo.

Después, observado por toda la familia, ayudó a Olivia a ponerse su abrigo y la guio hacia

afuera.



Sentados uno enfrente del otro en la mesa del restaurante, Olivia miraba a Tate y se preguntaba si esa cita marcaba el inicio de un nuevo viaje juntos o si no era más que un desvío. Conocía dos versiones de Tate. La primera era la versión de Tate que había conocido en las vacaciones. La segunda, la que había conocido en el paisaje agreste de Montana. Uno de esos Tate era dulce y cariñoso, pero no era consciente de las implicaciones del mundo real. Además, si bien la atracción entre los dos había sido innegable, no había llegado a conocerlo en profundidad, pues solo habían pasado unos días juntos hacía muchos años. No le parecía probable llegar a conocer de verdad a alguien en ese contexto. Recién cuando convivieron en la cabaña afloró la verdadera personalidad de Tate. El Tate que había conocido en Montana la había decepcionado muchas veces, pero la había sorprendido muchas otras. Había sido muy protector, había tratado muy bien a las niñas y se había mostrado amable con los animales que cuidaba. No era la misma persona a la que había conocido en el barco, era cierto, pero le encantaba esa otra versión de él. Quería construir un futuro con ese Tate, y por fin parecía que él quería lo mismo.

Tate miró por encima de su carta y se concentró en ella.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó.

Ella apoyó la carta en la mesa.

—Estaba pensando en todo lo que ha pasado para que acabáramos aquí. Si bien yo le había hablado mil veces con las niñas de que vivías en Montana y que quizás un día te íbamos a volver a ver, no me había hecho una idea concreta de lo que podía llegar a pasar. Era realmente difícil hacerme a la idea, porque apenas te conocía. Solo conocía a Tate... en modo vacaciones.

Él estiró un brazo y le acarició una mano.

—Hemos cometido errores, pero estamos viviendo algo fuera de lo común. Y de todo corazón, quiero que empecemos de cero. Quiero conocer a la Olivia del mundo real. Quiero ser el padre que las niñas necesitan. —Se le quebró la voz, entonces carraspeó antes de poder continuar—. Me interesan, Olivia. De verdad.

A Olivia le dio un vuelco el corazón.

—A mí también me interesas —le respondió ella.

—Vale, empecemos por lo primero. Cuéntame qué quieres cenar. Tengo que aprenderme tus platos favoritos —le dijo él y le guiñó un ojo, tal como había hecho con las niñas más temprano.

Olivia se dio cuenta de que Tate guiñaba el ojo bastante a menudo. Tenía el guiño sensual y el guiño gracioso. Bien, al menos ya sabía algo de él.

Se pasaron la cena hablando de todo un poco. Ella le contó lo que había estado haciendo en el nuevo trabajo, él le contó de su negocio: de la cantidad de ganado que tenía, de cómo funcionaban los contratos de sus terrenos y le contó un día típico en su trabajo.

—¿O sea que, si no le das uso a esa parcela, la vas a perder? —le preguntó ella mientras un

camarero retiraba los platos.

—Así es. Los federales no quieren que me la quede solo porque sí, vaya uno a saber por qué — bromeó.

—Pero ¿no te sirve para el pastoreo?

Él negó con la cabeza, tomó la servilleta que tenía en el regazo, la dobló sin prestarle mucha atención y la dejó en la mesa.

—La verdad, no. Pensamos en lanzar un programa de cría, pero sería empezar de cero con un negocio nuevo, y no sé si tengo ni el tiempo ni las ganas para meterme en eso ahora.

Ella se quedó sentada un momento, filtrando las ideas que se le iban ocurriendo.

—¿Hay establos? ¿Y corrales?

—Sí. Los construyeron los federales hace mil años. Creo que los usaron para programas de investigación.

Olivia sonrió; se le había ocurrido algo.

—¿Te gustaría asociarte con la nueva directora ejecutiva de Sueños para todos? —le preguntó ella, juguetona.

Él se acercó a ella, sin querer posó los ojos en su escote, pero rápidamente levantó la mirada y con voz ronca le dijo:

—Más de lo que te imaginas.

—Pues te cuento lo que estoy pensando.



Una hora después, Olivia estaba sentada en el sofá de la sala de estar de Tate, quien le pasó una taza de café recién hecho. Langosta apoyó la cabeza en la rodilla de Olivia, y ella cerró los ojos un momento mientras inhalaba profundamente para disfrutar del aroma del café.

—Preparas muy buen café —le dijo—. Creo que nunca me había tomado el tiempo de decírtelo.

Él esbozó una sonrisa y se sentó junto a ella.

—Y a ti se te ocurren grandes ideas para tu organización.

—Bueno, creo que lo más lógico es concentrarnos en los sueños que involucren ganado, senderismo, acampada, esas cosas por las que es conocida Montana y de las que nosotros nos podemos ocupar mejor que nadie. Dejemos que organizaciones más grandes se encarguen de quienes sueñan con ir a Disney y cenar con famosos. Nosotros podemos convertirnos en el lugar por excelencia de los niños que quieren cumplir sueños en Montana. Eso nos va a ayudar a que nos lleguen muchas donaciones y hará que los niños con discapacidades vivan experiencias inolvidables.

Tate asintió, asombrado por lo inteligente que era Olivia. No solo era una empresaria fenomenal, sino que lideraba una organización sin ánimo de lucro.

—Entonces, ¿crees que vamos a poder convertir esa parcela en el lugar perfecto para que los niños vengan a cumplir sus sueños?

—Así es —respondió él y le dedicó una sonrisa cómplice. Le parecía muy sensual que ella fuera tan segura de sí misma—. Si logro recaudar fondos para mejorar las pistas y el establo para que sean accesibles, se le va a poder sacar mucho jugo. Así no perderé la parcela y quizás hasta pueda presentar el contrato y logre deducir impuestos. —Se quedó pensando y añadió—: Me gustaría lanzar un programa de cría en algún momento, creo que hay espacio de sobra para trabajar con la organización y dar rienda suelta a ese programa a la vez.

Ella le dedicó una sonrisa remilgada y le dijo:

—Los niños que vengan de visita podrían pasar un rato con los terneros y los potrillos, ¿no?

—Ya entiendo por qué te contrataron —le dijo él sonriendo.

Ella le dio otro sorbo al café y él miró el reloj de pared. Aunque se moría de ganas de que se quedara, Tate sabía que, si querían empezar de cero, tenían que hacer las cosas de otra manera. Esa había sido su primera cita. Él quería demostrarle que podía hacer las cosas bien.

—Creo que es hora de llevarte a casa, Cenicienta —le dijo con dulzura, acercándose a ella y recorriendo su mejilla sedosa con el dedo.

Ella se incorporó y dejó la taza en la mesa. Parpadeó con sus grandes ojos cálidos y se inclinó hacia él.

—Lo he pasado genial —le dijo.

Él tomó su mano, la llevó hasta sus labios y besó sus dedos con delicadeza.

—Yo igual.

—¿Por qué no hablábamos como hoy cuando vivía aquí?

—Porque había una pila de platos sucios, dos crías de cuatro años y una tormenta de nieve afuera. —Tate se rascó la cabeza y frunció el ceño al recordar esa escena que sentía que había vivido hacía años, no semanas—. Además, yo me porté como un idiota, así que seguro que eso también jugó en nuestra contra. La verdad, no sé qué estaba haciendo o en qué estaba pensando. Siento que viví un ataque de pánico prolongado.

Por suerte, Olivia no le guardaba rencor a la gente, así que se rio y dijo:

—Pensaba que tú eras el único que había entrado en pánico, pero con el paso del tiempo me doy cuenta de que yo también me sentí abrumada. Creo que he vivido en un semipánico los últimos cinco años. Cuando te volví a ver, me relajé. Me parece que estaba tan contenta de dejar de estar sola que esperé más de lo que podías darme. Fue injusto por mi parte.

—No es que yo no quiera estar ahí...

Ella lo interrumpió.

—Lo sé, pero necesitas tiempo para adaptarte, y es lógico, Tate. Eres humano, como todos.

Él miró hacia abajo; de alguna manera, sus manos estaban entrelazadas.

—No creo que mis padres hayan necesitado tiempo para adaptarse. Te han sabido ayudar mucho más que yo.

—Tus padres son los abuelos más maravillosos que podía haber imaginado para las niñas, pero solo tienen que ser eso: abuelos. Entre sus responsabilidades no está criarlas. No tienen que ocuparse de alimentarlas, vestirlas, pagarles la universidad o elegir entre fútbol o gimnasia.

—Fútbol —respondió él con firmeza—. Dan clases en Cachorros goleadores, allí en el centro de recreo. He visto que las clases empiezan en febrero.

—¿Ves? —dijo ella y le pasó la mano por el mechón de pelo que le colgaba de la frente—. Ya estás cumpliendo con tus labores de padre.

Él recorrió los últimos centímetros que los separaban, unió sus labios con los de ella y le dio un beso dulce y suave como una pincelada, pero rápidamente se apartó, porque era su primera cita y quería hacer las cosas bien.

—Es hora de que te vayas a casa —susurró Tate.

—Es hora de que me vaya a casa —coincidió ella.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Tate quería tener una segunda cita, y pronto. Había sido una de las mejores noches que había tenido en mucho tiempo. Y si la forma en que Olivia lo había besado en la entrada de la casa de sus padres podía contarse como indicio, ella sentía lo mismo. Pero, después de consultar las agendas e intercambiar mensajes de texto, quedó claro que ni él ni Olivia tenían otro momento libre durante la semana.

El lunes, las niñas empezaban en el nuevo colegio de preescolar, así que Tate fue con Olivia y las acompañó adentro. Les contó que a él le había tocado la misma aula cuando tenía cuatro años, y se había sorprendido al notar cómo le invadía una riada de recuerdos de su madre mientras les mostraba el edificio. Y lo feliz que se sentía al hablar de ella.

—¿O sea que la abuela Anne te trajo aquí cuando tenías cuatro años? —preguntó Jackie.

—Así es —respondió él. Sonrió cuando la niña trepó a su rodilla después de que él se sentara en una silla muy pequeña frente a un banco muy pequeño, a diferencia de los demás alumnos y familias que deambulaban por el aula—. Y recuerdo que me preparaba el almuerzo, igual que vuestra madre a vosotras.

—¿Qué te preparaba? —le preguntó Melissa, rodeándole los bíceps con sus manitos.

—Sándwiches de mermelada y mantequilla de cacahuete —respondió Tate. Había comido un sándwich de eso todos los días durante años, y no había vuelto a comer uno desde la muerte de su madre.

—Mamá nos ha preparado sándwiches de pavo y queso —le informó Jackie—. Pero mañana le voy a pedir uno de mermelada y mantequilla de cacahuete para ser como tú.

—Yo también —dijo Melissa solemnemente.

Tate rio y besó a ambas niñas antes de marcharse para que empezaran el día. A la hora del almuerzo, tras inspeccionar una parcela con su capataz, subió a su camioneta y condujo hasta la casa de su padre. Al llegar, llamó a la puerta y Lucy lo recibió con una sonrisa.

—¡Tate! —exclamó la mujer—. Tu padre se ha ido al pueblo a comprar comida. ¿Necesitas algo? ¿Te puedo ayudar?

Él se rascó la cabeza; ahora que la idea se estaba volviendo real, se sentía un poco tonto.

—Eh, se me había ocurrido venir a almorzar... —dijo, y le sonrió con timidez a su madrastra—.

Quería saber si teníais mermelada y mantequilla de cacahuete.

Lucy esbozó una sonrisa radiante.

—¡Sí! ¿Quieres que te prepare un sándwich?

Tate suspiró, aliviado.

—¿No te molesta?

—¡No digas tonterías! Preparo el almuerzo para tu padre y para mí todos los días. Hace mucho tiempo que le estoy diciendo que deberías venir a almorzar. Adelante.

A partir de ese día, si Tate no estaba en el pueblo a la hora del almuerzo, iba a comer a casa de su padre. A veces, Lucy tenía sobras de la noche anterior, a veces le preparaba un sándwich de carne, pero los días favoritos de Tate eran cuando Lucy untaba dos rebanadas de pan blanco con mermelada y mantequilla de cacahuete y le daba el sándwich en la mano mientras él se apresuraba a terminar una tarea para empezar con la siguiente.

El martes siguiente era la primera reunión de Olivia con la junta directiva de Sueños para todos. Ella les explicó que sí, iba a ser una de esas directoras, de las que llegan y quieren cambiar todo de inmediato. Después, detalló su plan para que su trabajo se enfocara en cumplir sueños que aprovecharan los paisajes de Montana: pescar, caminar, esquiar, cabalgar, patinar sobre hielo, acampar.

—Podemos convertirnos en expertos en deportes de exterior adaptados a personas con discapacidades. Podemos asociarnos con empresas de bioingeniería que desarrollen prótesis para esquiar, por ejemplo. Podemos trabajar con organizaciones que construyan caminos adaptados. Podemos crear el modelo para darles a las personas con capacidades diferentes acceso a la naturaleza, incluido el trabajo con animales de granja.

Para cuando terminó su presentación, todos los presentes la estaban aplaudiendo, y Olivia supo que había empezado algo importante. Y las tierras que Tate le había alquilado al gobierno iban a ser la clave para que todo ese esfuerzo diera frutos.

El miércoles, Tate y Lucy llevaron a las niñas al médico por primera vez desde que habían llegado a Montana. Las vacunaron (Jackie lloró y Melissa se mostró estoica, aunque le rodaron dos lágrimas por las mejillas), descubrieron que tenían un peso y una estatura promedio para su edad, y después le dieron una calcomanía a cada una. Más tarde, Tate llevó a su madrastra y a las niñas a tomar un helado, y se sorprendió cuando se percató de que había pasado tres horas fuera del trabajo y no se había preocupado ni un segundo.

El jueves era el día que Olivia había reservado para organizar el programa de becas de ese año. Trabajó con dos miembros del equipo y con el consultor de Butte durante todo el día para poder organizar la lista de postulantes con sus datos y sus necesidades. Y, por primera vez desde el nacimiento de las niñas, no tuvo que marcharse de una reunión para ir a buscarlas, ni tuvo que encontrar el modo de mantenerlas entretenidas mientras ella trabajaba, ni tuvo que preguntarse qué iba a darles de comer al volver a casa, solas y de noche. Sabía que a las niñas las estaban cuidando sus abuelos y su padre. Cuando se hicieron las cinco de la tarde, tuvo un momento de pánico y automáticamente pensó que tenía que marcharse, pero después respiró y recordó que podía seguir trabajando junto con los demás, y el alivio fue tal que casi se echa a llorar.

El viernes, Tate, su padre, Vince y dos ayudantes del rancho cargaron cinco camionetas con las cosas de Olivia, que estaban guardadas en el guardamuebles, y llevaron todas sus pertenencias de vuelta al centro, donde la esperaba su casa, recién renovada. Ella salió del trabajo a las dos de la tarde para reunirse con todos en la casa. Nada se comparaba con pasar toda la tarde mangoneando a un grupo de vaqueros mientras levantaban objetos pesados. Sin lugar a dudas, era mucho mejor que tener que cargar con todo sola, como había hecho cuando había empaquetado su vida entera para mudarse a Montana. Y era muy bonito verlos llenar su casa con todos los objetos que había echado en falta desde que ella y las niñas se habían mudado. Vince y Thomas pasaban más tiempo hablando de tonterías que trabajando de verdad, pero incluso los vaqueros más entrados en años estaban muy guapos levantando muebles pesados y cajas llenas de todas las cosas que hacen de una casa un hogar.

Lucy pasó a buscar a las niñas al colegio y, tras llegar a la casa, las tres ayudaron a desempaquetar. Olivia dejó que las niñas desempaquetaran sus juguetes en su nueva habitación porque sabía que, para ellas, sería casi tan emocionante como Navidad. A los cuatro años, después de no haber visto sus juguetes durante semanas, era probable que no se acordaran de muchos de ellos, así que iba a ser como redescubrir un tesoro oculto.

—Los chicos están montando mi cama —dijo Olivia al entrar en la cocina.

Lucy desenvolvió otro plato y lo guardó en el armario.

—Me alegra que Thomas tenga cosas que hacer. Cuando tuvo el infarto, pensamos que ya no iba a poder hacer casi nada. Pero lo cierto es que ahora está más sano que nunca y no tiene muchas ocupaciones. Tú y las niñas habéis sido como un regalo caído del cielo —dijo la mujer, y sonrió—. Es una bendición que estéis aquí.

Olivia la abrazó.

—Yo siento lo mismo —le dijo, y lo decía de corazón—. Y por fin siento que todo está empezando a asentarse. Nos estamos mudando, he empezado en mi nuevo trabajo. Me siento mucho más esperanzada que hace unas semanas.

Lucy le dio un plato para que lo guardara y se agachó a recoger otro.

—¿Y cómo va todo entre tú y Tate? —le preguntó con tono despreocupado—. ¿Eso también va mejor?

Olivia no pudo reprimir la sonrisa que asomó a sus labios al recordar el beso que se habían dado después de la cita.

—Creo que eso va... mejor.

Lucy sonrió de oreja a oreja.

—O sea que la cita estuvo bien, ¿no?

Olivia rio por lo bajo.

—La cita estuvo bien y, si logramos hacer un hueco, esperamos tener otra.

—Quizá Thomas y yo podemos cenar aquí y llevar a las niñas a dormir.

—¿De verdad? —preguntó Olivia—. ¿No os molesta?

—Para nada, cielo —respondió Lucy, y le dio una palmadita cariñosa en la mejilla—. Creo que todo está saliendo como debe ser. Esto estaba destinado a pasar: tú, las niñas, Thomas y yo. —Se detuvo un momento antes de apoyar una bandeja en la encimera y añadió—: Y Tate. Creo que tú y Tate vais a estar bien. Solo necesitabais un poco de tiempo.

«Un poco de tiempo», se dijo Olivia mientras seguía desempaquetando. Quizá era cierto que el tiempo curaba las heridas. Y si eso significaba que ella y Tate podían tener una segunda oportunidad, tenía todo el tiempo del mundo.



Unas horas después, Tate y Olivia estaban sentados frente a una pizza estilo Chicago, comiendo y charlando. Tate levantó la vista y le sonrió a Olivia.

—Bueno, no se parece en nada a nuestra primera cita, pero tengo tanta hambre que comería cualquier cosa.

Olivia cogió la tercera porción de pizza de la bandeja y el queso derretido chorreó sobre la mesa.

—Aunque me gustan las comidas lujosas de vez en cuando, jamás me oirás quejarme de la pizza. Mucho menos de esta pizza.

Él la observó devorar la porción y pensó en lo mucho que se parecía a las niñas cuando tenía ese brillo en la mirada. Durante el transcurso de la noche, Olivia le contó anécdotas graciosas sobre sus nuevos empleados e imitó al congresista estirado con el que había tenido una videollamada.

Recordaba a esa Olivia. Esa era la Olivia que lo había convencido de hacer esnórquel y de probar *sushi* en el crucero. Y se dio cuenta de que la vida con Olivia sería como tener unas minivacaciones todos los días. Su sonrisa era como el sol radiante sobre la arena de la playa. Su risa le parecía el repiqueteo del agua turquesa de la piscina salpicando la cubierta de un barco. Sí, esa era la Olivia de la que se había enamorado tantos años atrás. Solo que ahora era mucho más. Porque la Olivia divertida también era una mujer de negocios brillante y una madre responsable. Podía bromear con él y decirle que no fuera tan serio y, al minuto, darse media vuelta y venderle la rodilla herida a una de las niñas.

—¿Tate? —La voz de Olivia lo trajo de vuelta al restaurante—. ¿Quieres la última porción? —le preguntó, señalando la bandeja.

Él esbozó una sonrisa y sintió una calidez en todo el cuerpo.

—No, es toda tuya.

Sin darle tiempo a cambiar de opinión, ella cogió la porción y, en cuestión de momentos, ya no quedaba nada.

—Las niñas deben estar dormidas desde hace rato —le dijo a Tate cuando se estaban poniendo los abrigos para marcharse del restaurante—. Han tenido un día muy largo.

Él le abrió la puerta y, mientras caminaban hacia la acera, le tomó la mano.

—Así que tienes una nueva casa, con sofá y tele, dicho sea de paso, y dos niñas que ya están profundamente dormidas —dijo, y la miró de reojo, esperando pacientemente a que ella dijera lo que él quería escuchar.

Ella esbozó una sonrisa burlona, pero no lo miró.

—Ajá. Ahora que lo dices, parece el momento perfecto para que vea una peli. Es viernes por la noche. Mañana no tengo que trabajar.

Olivia siguió caminando como si nada y Tate apretó los dientes; sabía que ella lo estaba provocando, pero aun así lo hacía sufrir.

—¿Qué crees que debería ver? ¿Una peli romántica? —continuó ella.

Tate palideció. Dios, no. Todo menos una comedia romántica.

—¿O mejor un drama británico?

Bueno, todo menos una comedia romántica o un drama británico.

—¿Qué te parece una película de acción? —preguntó él.

Ella pareció pensárselo un momento.

—Mmm. No, no me gustan mucho. Además, como voy a estar yo sola viendo la peli... —respondió, y no se molestó en terminar la frase.

Tate ya había perdido la paciencia y se detuvo en medio de la acera. Girándose para mirarla, la agarró de los hombros y, con falsa desesperación en la voz, exclamó:

—¡Por Dios, mujer, invítame a ver una película contigo!

Olivia se echó a reír.

—¡Ah! ¿Quieres venir?

Él puso los ojos en blanco y le rodeó el cuello con el brazo para atraerla hacia sí y besarla. Después, siguieron caminando.

—Mejor —murmuró—. Pero no vamos a ver una comedia romántica.

Ella se acurrucó contra él y, cuando le apoyó la mano sobre los abdominales, Tate sintió una corriente eléctrica por todo el cuerpo.

—¿No? —preguntó Olivia con dulzura.

—Bueno —cedió él—. Puede ser una comedia romántica.

El sonido de su risa alegre permaneció en su cabeza durante toda la caminata hasta la camioneta.



Las dos semanas siguientes pasaron volando en una nebulosa de trabajo, cajas de mudanza y

actividades escolares. Y también había almuerzos y cenas, películas y caminatas por la plaza del pueblo. Y con cada cita, cada conversación y cada día que pasaba, Olivia sentía que estaba descubriendo otra faceta más del hombre del que se había enamorado hacía tantos años.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Marjory una tarde cuando Olivia entró a la pequeña oficina del equipo de búsqueda y rescate, que estaba junto a la estación de policía y al departamento de bomberos voluntarios.

—Estaba de paso y pensé en pasar a saludar.

—¿Quieres una taza de café? —preguntó Marjory, y mientras salía del escritorio de la recepción, le hizo un gesto a Olivia para que se acercara. Cuando ya tenía cada una su taza de café, le dio un taburete a Olivia y se sentó en el otro—. ¿Estás instalada ya? —le preguntó—. Vince me dijo que os vio a ti y a Tate en el supermercado la otra noche.

Olivia se removió en su asiento y bebió un sorbo de café.

—Estábamos comprando unas cosas para la cena —dijo, y sintió que comenzaba a sonrojarse—. Las niñas estaban en casa de sus abuelos, así que cocinamos en mi casa.

—Ajá. —Marjory levantó una ceja y bebió un sorbo de café—. Lucy me comentó algo de que tú y Tate habíais cenado juntos varias veces.

Olivia soltó una risita porque, de verdad, tendría que haberlo sabido. Quizá ese fuera el pueblo más amigable de Montana, pero sin duda alguna también era el más chismoso.

—Las cosas entre nosotros están... bien —dijo—. Muy bien.

—Bueno, eso es lo que esperábamos Lucy y yo. Hacéis muy buena pareja, eso seguro —repuso Marjory y le guiñó el ojo.

—Siento que así es como se suponía que debía ser todo. Cuando estaba recién llegada, creo que pensé que todo iba a sucederse de manera natural. Pero nos apresuramos demasiado. Estábamos en su casa y en su vida las veinticuatro horas del día, y Tate no supo cómo lidiar con la situación. Para serte sincera, yo tampoco sabía, y terminamos cometiendo muchos errores.

—Pero ¿ahora todo está mejor? —preguntó Marjory mirando por la ventana al alguacil, que estaba aparcando el coche enfrente de la oficina.

—Sí. Ahora estamos yendo más despacio y dejando que su relación conmigo sea un asunto separado de su relación con las niñas. Tate está aprendiendo a ser padre sin que esté yo metida de por medio, y los dos estamos aprendiendo cuáles son las posibilidades entre nosotros.

—¿Y qué habéis descubierto hasta ahora? —Marjory le guiñó el ojo otra vez y esbozó una sonrisa burlona.

Olivia se sonrojó otra vez.

—Eh, hasta ahora, las posibilidades son buenas... muy buenas —respondió, y ambas se echaron a reír.

—Me alegro mucho por vosotros —dijo Marjory.

—¿Quizá Vince le podría permitir volver al equipo de búsqueda y rescate? —preguntó Olivia, medio escondida tras la taza de café.

Marjory soltó una risita.

—Seguramente pueda echarle una mano con eso.

Unos minutos después, cuando se marchó, Olivia se dijo que quizá hubiera sido la taza de café más productiva de toda su vida.



Tate estaba parado en el porche de la casa de sus padres, mirando a Vince bajar de su gran camioneta que tenía las palabras «Equipo de búsqueda y rescate del condado de Waylon» pintadas a un costado.

—Vaya, qué sorpresa verte aquí —dijo Vince mientras subía los escalones de la entrada.

Tate extendió la mano y estrechó la del hombre

—Justo me coges a punto de terminar el día. ¿Vienes a ver a mi padre?

Vince enganchó los pulgares en las presillas de sus vaqueros.

—No, he pensado que tal vez te encontraría aquí —dijo, con los ojos azules brillando bajo el gran sombrero de vaquero que llevaba puesto.

—Vale, ¿quieres pasar a tomar un café? Creo que Lucy ya ha preparado.

—No hace falta —respondió Vince, negando con la cabeza—. Es un minuto nada más. —Tras rascarse la cabeza, continuó—: Parece que las autoridades han decidido que fui demasiado duro contigo cuando te eché del equipo.

Tate trató de contener una sonrisa y asintió.

—Ya veo —murmuró.

—Sí. Marjory, Lucy y Olivia han estado hablando y, al parecer, han llegado a la conclusión de que tienes que volver al equipo de búsqueda y rescate el mes que viene. En mi opinión, es solo porque quieren que un muchacho alto y musculoso como tú las rescate si lo necesitan, pero dejaré mis prejuicios de lado y aceptaré la derrota.

Al oírlo, Tate se echó a reír abiertamente.

—Marjory te amenazó con dejar de hacerte la comida, ¿no es cierto?

Vince asintió y entrecerró los ojos, pues la nieve del patio irradiaba una luz cegadora.

—Peor. Me dijo que me había portado como un imbécil y que si no te dejaba volver al equipo, y pronto, iría a pasar todo el mes que viene a la casa de su hermana, en Butte —respondió y miró a Tate con expresión desesperada.

—Vale —dijo él, palmeándole el hombro—. Entonces, te salvaré y volveré al equipo. Puedo

pasar por la oficina mañana para completar la hoja de turnos.

—Te lo agradezco —respondió Vince. Carraspeó y añadió—: Y me puse contento al enterarme de que tú y Olivia lo estáis intentando. Sé que fui un poco duro contigo y...

Tate levantó la mano para interrumpirlo.

—No. No te disculpes. Me merecía cada palabra que me dijiste. En ese momento, necesitaba que alguien pusiera mano dura. Sí, fue muy impactante enterarme de lo de las niñas de esa forma, pero eso no es excusa para el modo en que actué. Si mi padre me ha enseñado algo, es que uno cuida a la gente que lo necesita. Él no me falló ni una vez. No decepcionó a mi madre ni una vez. Sé que no estuve bien, y tú tenías razón. Tenía que dejar de pensar en mí y cuidar de mi familia.

Entonces, Vince esbozó una sonrisa descarada.

—Bueno, me alegra saber que todo está saliendo bien. Tu Olivia es una mujer buena y fuerte. Marjory la adora.

—Yo también —dijo Tate—. Yo también.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Olivia se despertó desorientada. El reloj marcaba las dos de la mañana. El pitido de la alarma era insistente, penetraba su mente y la oscuridad que la rodeaba. Todavía estaba tratando de entender qué estaba pasando cuando sintió el olor. Humo.

—¡Dios mío! —exclamó y se levantó de la cama de un salto.

Se estaba colando humo por debajo de la puerta de la habitación, y la alarma continuaba con su chillido incesante. Olivia sintió que se le aceleraba el corazón. ¡Las niñas! Tenía que ir a buscarlas. Estiró la mano para tocar el picaporte. Tibio, pero no caliente. Se preparó mentalmente, lo giró y abrió la puerta.

El humo entró a toda prisa en la habitación, pero se desparramó y pareció disiparse en ese espacio más grande. Olivia se giró hacia la habitación de las niñas; le ardían los ojos. Como le costaba respirar, se puso la camiseta sobre la boca. Tosiendo, fue a tropezones por el pasillo. No lograba descifrar de dónde salía el fuego, y casi parecía que la rodeaba por completo. Sentía que las paredes emanaban humo y, cuando se dio la vuelta para mirar la sala de estar, vio llamas lamiendo los rodapiés del pasillo, trepando por las paredes, saliendo desde los mismísimos cimientos de la estructura, o por lo menos eso parecía.

La habitación de la puerta de las niñas estaba abierta, y el humo había llenado el lugar desde el suelo hasta el techo. Olivia no se quitó la camiseta que le cubría la boca, pero apenas podía ver, y los ojos le lloraban tanto que no lograba divisar más que una neblina negra que rodeaba un pequeño destello, allí donde sabía que estaba la lamparita de noche de las niñas.

—¡Mami!

Olivia escuchó la voz de Jackie, aterrada, en la oscuridad frente a ella. Su espinilla se estampó contra algo pesado y, cuando se agachó, buscó desesperadamente con las manos para ver con qué se iba a encontrar. Un par de manitas se entrelazaron con las suyas.

—¡Mami! —gritó Jackie otra vez antes de subírsele a Olivia y de rodear el torso de su madre con las piernas y los brazos.

Apoyó la cabeza de Jackie con fuerza contra su hombro mientras trataba de llegar hasta la otra cama, donde tenía que estar Melissa. Llegado ese punto, sentía que tenía los pulmones prendidos fuego y no podía parar de toser. Jackie estaba quieta y callada, y se agarraba fuertemente a Olivia sin despegar la cara de su cuerpo.

Los pensamientos de Olivia eran como el humo, densos y nublados. Sabía dos cosas: necesitaba encontrar a Melissa y necesitaba que las tres salieran de la casa. Intentó caminar hacia donde pensaba que estaba la cama de la niña, pero no lograba ver nada porque tenía los ojos completamente cerrados para evitar que se le metiera ese humo agobiante. Avanzó dando traspiés, llamando a Melissa con voz ronca en mitad de sus ataques de tos. Le caían las lágrimas y empezó a sentirse cada vez más desorientada. No oía a Melissa. No la encontraba, no la veía. «Vamos a morir todas aquí», pensó.

Y entonces escuchó a otras personas que estaban en la habitación con ellas. Bomberos.

—¡En la habitación! —gritó uno, y cuando Olivia abrió los ojos, vio su gran máscara junto a ella—. ¡Tengo ocupantes! ¡Repito: tengo ocupantes!

Después de eso, todo se volvió confuso. Le quitaron a Jackie de los brazos y, a pesar de resistirse, la sacaron del cuarto por la fuerza. Olivia trató de decirles que Melissa estaba allí, pero no pudo hacer otra cosa más que toser y ahogarse, y entonces todo se volvió negro.



—¿Dónde están?

Tate entró a gritos en la sala de espera del hospital. La casa de Lucy y Thomas quedaba más cerca del centro que su cabaña, así que ellos ya estaban allí, hablando con una enfermera en la recepción.

—Hijo —dijo Thomas con expresión seria—, ella es Loren, la enfermera que está cuidando a Olivia.

—¿Ella está bien? ¿Dónde están mis hijas? —exigió saber Tate.

Loren miró a Thomas y Lucy con una cara que dejaba claro que necesitaban calmar a su hijo.

—¿Tate? —dijo Lucy con dulzura antes de apoyarle la mano en la mejilla—. Tate, mi vida, mírame.

Los ojos de Tate, desorbitados, se clavaron en el rostro de su madrastra. Tenía el corazón desbocado y sentía que tenía mil bichitos caminándole por debajo de la piel.

—Han podido sacar a las tres de la casa —continuó Lucy. Su mano en la mejilla de Tate lo ayudó a tranquilizarse un poco—. Las están tratando por todo el humo que inhalaron, y dentro de poco tendremos más noticias, pero tienes que respirar y calmarte para poder ayudarlas. Te van a necesitar.

Él pestañeó, intentando entender lo que le estaba diciendo a pesar del zumbido del pánico incontrolable que vibraba a través de su cerebro, de su corazón, de su alma. El pánico le decía que gritara, que golpeará, que rompiera todo y a todos los que se interpusieran entre él y su familia. Pero observó la mirada tranquila de Lucy y sintió la mano de su padre, grande, cálida, sobre la espalda, y respiró una vez, y después otra más. Poco a poco, los latidos de su corazón se calmaron. El zumbido se aplacó. Y por fin pudo concentrarse.

—¿Están vivas? —dijo con voz ronca.

—Sí, mi amor. Van a estar bien —le dijo Lucy con dulzura.

Él asintió y, de repente, se sintió tan embargado por las emociones que creyó que iba a romper a llorar allí mismo, en medio de la sala de espera del hospital.

—¿Señor McConnell? —le dijo la enfermera Loren, y esbozó una sonrisa tímida—. Todas están conectadas a oxígeno y tienen un suero. Creo que su mujer podrá verlo muy pronto, y después podemos llevarlo a la unidad pediátrica para que vea a sus hijas.

Tate asintió. No se sentía capaz de hablar sin desmoronarse por completo. Por un instante, se percató de que la enfermera se había referido a Olivia como «su mujer», pero no tenía la energía para corregirla. Además, si la gente del hospital pensaba que estaban casados, iba a ser más fácil que lo dejaran ver a Olivia cuanto antes.

Lucy y Thomas le dieron las gracias a la enfermera antes de acompañar a Tate hasta las sillas de la sala de espera.

—¿Van a estar bien? —repitió Tate, mirando a su padre con desesperación.

—Sí, hijo. La enfermera dice que los bomberos llegaron justo a tiempo. El incendio comenzó en la cocina, así que no fue cerca de la habitación. Había mucho humo, pero los bomberos entraron por la puerta principal y llegaron hasta las habitaciones sin problemas.

De repente, a Tate se le aclararon las ideas, pues acababa de comprender un detalle fundamental.

—¿En la cocina?

Thomas asintió.

—¿Se dejaron un fuego encendido o algo así?

Lucy y Thomas se miraron, y a Tate no se le pasó por alto lo que estaba pasando.

—Fue un fallo eléctrico, ¿no? —preguntó.

En el fondo, ya sabía la respuesta. No necesitaba que su padre se lo confirmara.

—No lo sabrán con certeza hasta que no termine la investigación. Me ha llamado Vince para avisarme que él y el equipo de búsqueda y rescate están yendo hacia allí para ayudar a los bomberos. Sabes que él ya ha tenido trabajos así antes. Descubrirán la causa en poco tiempo.

Tate asintió con expresión sombría.

—Voy a encargarme de que Norene vaya a la cárcel —juró—. No me importa cuántos años tenga. Le dijeron que ese cableado viejo era peligroso y ella se negó a arreglarlo. Tendría que haberme puesto firme, tendría que haber insistido. Sé que cambió una parte del cableado, pero no fue suficiente. Claramente no lo fue. —Pestañeó para aclararse la vista y prosiguió—: No le pregunté a Olivia si Norene había arreglado bien las cosas, y ella tenía prisa por mudarse a su propia casa. —Tate agachó la cabeza y miró el frío suelo de azulejos—. Es todo culpa mía.

—Basta —le dijo Lucy—. Si de verdad ha sido negligencia, la responsabilidad es de Norene, pero tampoco sabemos eso con certeza. Lo único que sabemos es que, de algún modo, se desató un incendio en la casa, pero gracias a Dios, Olivia y esas preciosas niñas van a estar bien. Y,

¿Tate? —Lucy lo miró de ese modo en que solo miran las madres—. Eso es lo que importa.

—¿Señor McConnell? —lo llamó Loren—. Ya puede pasar a ver a su mujer.

—Todo va a ir bien, hijo. Nosotros estaremos aquí. Avísanos cuando podamos volver —le dijo Thomas para darle ánimos.

Tate asintió, todavía serio, y siguió a la enfermera por el frío pasillo. Sus botas retumbaban con fuerza sobre los azulejos.

—Todavía tiene la garganta irritada por el humo —le dijo Loren—. Así que no va a poder hablar mucho. Y le hemos puesto oxígeno, así que tiene tubos en la nariz, y un suero en el brazo.

—¿Y mis hijas? —preguntó Tate, con la garganta cerrada de la emoción.

—Voy a buscar el parte médico después de acompañarle a la habitación de su mujer, y en un rato les daré las novedades a ambos. Es aquí —dijo Loren, y señaló la puerta de una habitación—. Vuelvo en un momento con información sobre sus hijas.

Tate asintió como dándole las gracias y entró a la habitación tratando de no hacer ruido. Se acercó a la cama lentamente. Olivia yacía inmóvil. Cuando se le acercó, vio que tenía los ojos cerrados y que se la veía pálida a la tenue luz de la lámpara. Tate respiró, tembloroso, y se acercó para tocarle la mano, que seguía manchada de ceniza y hollín.

Al tocarla, Olivia abrió los ojos y, cuando su mirada oscura se encontró con la de Tate, él sintió que le iba a explotar el corazón. La presión que sentía en el esternón era tan fuerte que era un dolor físico. Le dolía la cabeza, le dolía el corazón, le dolía hasta el alma.

Tate le tomó la mano y Olivia comenzó a llorar.

—Intenté... —Su voz era apenas un susurro, y Tate la hizo callar de inmediato.

—Shhh. —Apoyó una cadera sobre el colchón y le besó la mano—. No hables. Tienes la garganta herida.

Olivia asintió; las lágrimas no paraban de rodar sobre sus mejillas tersas.

Él acomodó la mano de ella, pequeña, entre sus manos grandes, y agachó la cabeza. Después, cerró los ojos y se concentró en respirar. Olía el humo que emanaba del pelo de Olivia y tuvo ganas de maldecir al universo. Las emociones que bullían dentro de él parecían no tener límites.

—Siento mucho no haber estado ahí —susurró—. Siento mucho que hayas resultado herida y que las niñas... —Se le quebró la voz—. Que las niñas estuvieran en peligro. —Entonces, la miró a los ojos, y le tembló la voz por todas las emociones contenidas—. Pero estoy muy orgulloso de ti. Me han dicho que te encontraron en el cuarto de las niñas, con una de ellas ya en brazos. Estabas salvando a nuestras hijas, y no tengo... —De nuevo se le quebró la voz y se esforzó por aguantar el llanto—. No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho.

Ella asintió y dijo con voz ronca:

—Melissa.

Antes de que él pudiera responderle, la enfermera volvió a la habitación.

—Tengo novedades —dijo sonriendo, y Tate y Olivia la miraron, expectantes—. Las niñas ya se han despertado. Las dos tienen oxígeno y suero. Van a tener que tomar broncodilatadores, antiinflamatorios y antibióticos durante una semana más o menos, pero todo indica que van a estar bien.

Olivia sollozó una vez, y claramente le dolió un montón, porque contuvo el llanto, cerró con fuerza los ojos y respiró agitada. Tate se agachó y la rodeó con los brazos suavemente, teniendo cuidado de no desconectar ninguno de los tubos.

—Tranquila, mi amor. Van a estar bien. Has estado muy bien. Eres la mejor madre del mundo. La mejor.

La enferma les sonrió a ambos.

—Y tengo mejores noticias. Vamos a traerlas aquí para que los cuatro podáis estar juntos. Así, el padre podrá avisarnos si alguna necesita algo.

Tate soltó a Olivia y se secó los ojos.

—¿Pueden quedarse aquí?

—Claro que sí. Y esa silla de la esquina se convierte en cama, así que usted también puede dormir aquí si quiere.

—Sí —respondió él sin dudar ni un segundo—. No voy a moverme de aquí.

—Vaya —dijo Loren. Sonrió y le dio una palmadita a Olivia en el brazo—. Se casó con uno de los buenos.

Sin más, salió de la habitación para ir a buscar a las niñas a la unidad pediátrica.

—¿Me casé? —susurró Olivia, y por primera vez apareció un atisbo del brillo pícaro de su mirada.

Tate sonrió.

—Ah, eso. —Respiró hondo y le explicó—: Ella supuso que estábamos casados y no la corregí. Me sentiría muy mal si descubriera que es mentira, así que vamos a tener que ocuparnos de ese asunto.

Olivia pestañeó, confundida.

—Y antes de que digas que no estoy pensando con claridad, recuerda que la que ha inhalado humo has sido tú, no yo.

—¿Estás diciendo que quieres que nos casemos? —preguntó Olivia con voz rasposa.

—Estoy preguntándote —respondió Tate en voz baja— si me harías el honor de ser mi mujer, mi familia, mi amor. Sé que me ha costado adaptarme a todo esto, pero las últimas semanas han sido las más perfectas de mi vida. Y lo único que podría alegrarme más la vida sería poder estar contigo y con las niñas todos los días, desde que nos despertamos hasta que nos vamos a dormir. Hoy, cuando he recibido la llamada, me he dado cuenta de que no quiero separarme de vosotras tres nunca más. Nunca más quiero despertarme en medio de la noche sin saber si vosotras estáis

bien. Tenía mucho miedo de dejarte entrar en mi vida, pero créeme cuando te digo que me da mucho más miedo perderte. Y, si me dejas, quiero estar junto a ti el resto de mi vida.

Tate se arrodilló junto a la cama del hospital y Olivia lo miró.

—¿Te quieres casar conmigo, Olivia Wickham?

La voz de ella no era más que un susurro ronco, pero Tate la escuchó con total claridad decir:

—Sí.

Después, se puso de pie y la besó en los labios y, mientras se alejaba, en lo único que pensaba era en que lo volvería a hacer todo de nuevo, cada minuto de dolor y soledad, si sabía que, al final del recorrido, lo esperaba esa mujer. Ella y las niñas hacían que todo mereciera la pena, y él iba a asegurarse de que nunca más tuvieran que estar solas.

EPÍLOGO

Tate observó a Jackie, que estaba deslizándose por la larga tirolina enganchada en los árboles de la parcela de tierra del gobierno. La tirolina era parte del curso de deportes adaptados que había lanzado Sueños para todos desde que Olivia había tomado el mando un año y medio atrás.

«Es increíblemente intrépida», pensó Tate, mientras la niña gritaba y sacudía las piernas en el aire. «Igual que su madre».

—¡Papiiiii! ¡Mírameeee!

Tate se echó a reír.

—Te estoy mirando, mi amor. Muy bien.

Después de Jackie, fue el turno de un niño que estaba en Montana para cumplir su sueño al aire libre. Jacob, de siete años, había nacido con espina bífida, pero la organización de Olivia se estaba asegurando de enseñarle que nada es imposible si uno se atreve a soñar.

Tate saludó a Jacob cuando el niño pasó a toda velocidad por encima de su cabeza, y sonrió cuando vio a los padres de Jacob alentando al niño y saltando mientras uno de los empleados de Olivia lo grababa todo.

Después, fue el turno de Melissa. La niña miró con timidez a Tate, y él le colocó el arnés de seguridad y lo enganchó en la tirolina, le dio un tirón para asegurarse de que estuviera bien ajustado y, en silencio, le dio el visto bueno. Tate entendía a la niña mejor que nadie y, desde que él se había puesto las pilas y se había comprometido con su rol de padre, se había forjado un vínculo inquebrantable entre él y la niña. Tras respirar profundamente, Melissa se agarró del mango, cogió impulso y salió de la plataforma. Su recorrido fue a un ritmo más lento que el de su hermana, pero Tate vio la sonrisa secreta que se ocultaba bajo el casco de seguridad cuando ganó velocidad, y supo que se estaba divirtiendo tanto como Jackie.

De repente, recordó la noche del incendio y sintió un escalofrío de miedo, no por primera vez, al pensar en lo que podría haber pasado si Olivia no hubiera despertado a tiempo para tratar de salvar a las niñas. Esa miserable de Norene podría haber matado a su familia solo porque era tan tacaña que no había querido cambiar el cableado de la casa. Y aún peor, la mujer había tenido el atrevimiento de demandar a Olivia para obligarla a cumplir el contrato de alquiler. La cara de Norene cuando el juez no solo le dijo que no, sino que la obligó a pagar todos los gastos legales y a pagar para que inspeccionaran todas sus propiedades, no tenía precio. Además, Tate se había

enterado de que, al inspeccionar las casas, habían descubierto tantas violaciones al código de la vivienda que Jake Pickelner iba a tener trabajo durante todo el año. Al menos ninguno de los otros inquilinos tendría que pasar por una situación así. Solo le habría gustado que su seguridad no hubiera tenido que ser a expensas de su propia familia. Por suerte, ninguna de las tres había terminado con heridas graves. O peor.

Tate sacudió la cabeza para deshacerse de esos pensamientos negativos y se concentró en mirar a Melissa, que ya estaba terminando su recorrido. Cuando llegó a la plataforma que estaba al otro lado, Olivia la recibió con un abrazo.

Tate sonrió y saludó a sus tres chicas con la mano antes de empezar a caminar hacia la base de la larga rampa circular que se abría paso entre los árboles, por la que los trabajadores podían volver al suelo para ir a buscar al siguiente niño.

Después de reunirse con su familia, Tate las llevó a todas a la camioneta. Jacob y su familia iban a ir a un campamento más arriba de la montaña. Allí, pasarían dos noches con un guía certificado que le enseñaría a Jacob a pescar, a acampar, e incluso a usar una nueva silla de ruedas diseñada específicamente para usar en caminos sin pavimentar, ya que no podría caminar por esos senderos usando solo sus muletas. Tate había llamado a la silla de ruedas «vehículo todo terreno», y Jacob había adoptado el nombre.

—¿Sabéis? —les dijo a las niñas de camino a la casa de sus padres—. Me han dicho que hoy la abuela ha horneado muchas cosas dulces.

Las mellizas abrieron mucho los ojos, entusiasmadas.

—La abuela es la mejor cocinera del mundo —afirmó Melissa categóricamente, y Jackie asintió. Tate tenía que admitir que Lucy cocinaba de maravilla, y Olivia admitió que si hubiese vivido en la casa de Lucy unas semanas más, habría ganado más de un par de kilos.

Al llegar a casa de sus padres, Thomas recibió a las niñas y las guio hacia el establo para que pudieran montar su poni, y Tate y Olivia se marcharon en la camioneta.

—Noche de cita —dijo Tate, sonriente, y enfiló el coche hacia la carretera.

Olivia sonrió.

—¿Tenías pensado algo en especial? He tenido una semana tan ajetreada que ni siquiera he tenido tiempo de pensar en qué vamos a hacer.

—Si quieres, podemos volver a casa, cocinar unos filetes y ver una peli.

Olivia suspiró, satisfecha.

—¿De verdad? Me encanta salir, pero esta semana estoy exhausta. Creo que no había estado tan cansada desde... —Su voz se fue apagando y apareció un surco entre sus cejas.

—¿Desde cuándo, amor? —preguntó Tate, sin despegar los ojos de la carretera sinuosa que llevaba a su cabaña.

En el último año, habían remodelado el sitio, y, ahora, la casa tenía una nueva sala familiar que se extendía hacia la parte trasera, además de un nuevo baño. Tate había construido una buhardilla

en el segundo piso, aprovechando un armario que estaba en desuso; así, las mellizas tenían más espacio para jugar. Recientemente, también habían agrandado el baño principal y habían comprado un *jacuzzi*. Ese era su lugar favorito de toda la casa, y aún más cuando encontraba a su mujer en dicho *jacuzzi*.

—¿Cariño? —repitió Tate cuando aparcaron frente a la casa.

—No, nada —respondió Olivia distraídamente—. Estoy tan cansada que ni siquiera puedo completar una frase.

Tate rio y bajó de la camioneta y, mientras caminaban hacia la casa, la abrazó y la besó en la frente.

—Tranquila. Yo te cuido —le prometió.

Llevaba un tiempo haciendo todo lo posible por cuidarla, desde la noche en que se había incendiado la casa, y era el trabajo más agradable y satisfactorio que había tenido en su vida. No se imaginaba haciendo otra cosa.



A la mañana siguiente, Olivia estaba de pie en el baño de su oficina, mirando una tirita de plástico. Se llevó la mano a la boca y pestañeó cuando vio las dos líneas rosadas. Se le aceleró el corazón, y tuvo que acordarse de respirar. Había sabido que era posible que ese fuera el resultado desde el instante en que se había dado cuenta de que no se sentía tan cansada desde su primer embarazo.

Bueno, para ser sincera, sabía que era más que posible: era probable. Una vez que admitió que había perdido la cuenta de los días y que los métodos anticonceptivos no eran a prueba de tontos, no había tardado mucho en deducir que era probable que estuviera embarazada otra vez.

—Vale —murmuró para sí, y tiró la prueba de embarazo a la basura.

Se obligó a recordar que la situación no era igual que antes. No estaba soltera. No estaba sola. Tenía un marido, una familia, un buen trabajo, y un pueblo lleno de personas que, si bien eran entrometidos, eran entrometidos bienintencionados y serviciales.

Se acomodó la falda y respiró hondo antes de salir del baño y dirigirse al escritorio de la recepcionista.

—¿Kathy?

—¿Sí, señora? Digo, jefa.

—Tengo que ir al rancho un rato. ¿Puedes decirles a David y Janette que volveré a tiempo para nuestra reunión de las dos con la Clínica Mayo?

—Claro —dijo Kathy, y se bajó las gafas para mirarla—. ¿Está bien?

Olivia asintió.

—Sí, todo bien. Nos vemos en un par de horas.

Kathy no parecía muy convencida, pero asintió y, con un ademán, le indicó a Olivia que se fuera de la oficina. Las dos sabían que si no se marchaba cuando tuviera la oportunidad, iba a surgir alguna cosa que hacer y ya no podría escapar. Siempre surgía algo que hacer; por eso mismo, el trabajo de Tate en el rancho era una bendición. Él se llevaba a las niñas todas las mañanas y desayunaban con su abuela mientras esperaban a que las pasara a buscar el autobús para llevarlas al colegio. Al final del día escolar, el autobús las llevaba de regreso a la casa, y Tate, Lucy y Thomas estaban ahí para ayudarlas a hacer los deberes y prepararles la merienda. Olivia, por su parte, podía prepararse para ir a trabajar sin tener a dos niñas revoloteando alrededor, pero, como trabajaba a unas calles del colegio, podía pasar a almorzar y a hacer tareas de voluntaria cuando quería.

Mientras conducía rumbo al rancho, no paraba de pensar en la nueva adición al cronograma familiar. ¿Cómo se las iba a apañar con un bebé? No podía esperar que Lucy y Thomas hicieran de canguro de dos niñas pequeñas y además de un bebé. Tate estaba en el campo casi todo el día, y no había modo de que pudiera liderar un equipo de trabajo y una organización sin ánimo de lucro que se estaba volviendo cada vez más importante con un bebé en la oficina.

«Respira profundamente», se recordó, y se dirigió hacia el camino boscoso con su Toyota Land Cruiser. Tate había insistido en que tuviera una camioneta gigante para poder trasladarse con las niñas por las carreteras montañosas y las autopistas cubiertas de nieve de Montana. Para no discutir, ella había accedido, y tenía que reconocer que era mucho más cómoda que el pequeño Honda que conducía antes de casarse.

Cuando llegó a la entrada, encontró a Tate parado frente al establo, hablando con el capataz. Olivia se bajó de la camioneta y se acercó.

—Hola —la saludó él, sonriente, y le cogió la mano—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Necesito hablar contigo dos segundos —respondió ella, y le sonrió al capataz.

Tate frunció el ceño, pero asintió y le dijo a John:

—Vale, te vengo a buscar cuando esté listo y vamos a ver lo de la valla.

Sin más, se dio la vuelta y fue con Olivia hacia la casa.

—¿Por qué no nos sentamos en el porche? —le preguntó.

Ella asintió y sintió que un poco de la tensión que tenía en el pecho se disipaba solo por el hecho de estar cerca de él. Se sentaron en el balancín del porche y él la abrazó y la atrajo hacia su hombro.

—¿Quieres decirme qué pasa? —le preguntó con calma—. Anoche estuviste muy callada y ahora te apareces aquí de repente. ¿Ha pasado algo en la oficina?

Olivia se alejó para poder mirarlo a los ojos. Sintió que el corazón se le aceleraba otra vez, pero de nuevo se recordó a sí misma que no era la misma situación que antes, y que él no era el Tate con el que se había reencontrado en la montaña. Era su marido, y la quería a ella y a sus hijas.

—¿Te he contado que últimamente estoy muy cansada? —le preguntó.

Él asintió y frunció más el ceño.

—Bueno, anoche me di cuenta de que la única vez que he estado así de cansada fue cuando estaba embarazada de las niñas —prosiguió ella.

Después, se sentó recta y esperó a que Tate procesara lo que acababa de decirle. Él abrió mucho los ojos.

—¿Estás...?

Ella se encogió de hombros.

—Es lo que dice la prueba. Supongo que nuestro método anticonceptivo con noventa y nueve por ciento de eficacia no es cien por cien eficaz.

Él la miró un momento más, y después echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Supongo que no —dijo, sonriente.

—¿No estás enfadado?

—¿Enfadado? —Él la abrazó otra vez y la besó en los labios antes de apoyar la mano sobre su vientre, todavía plano—. Amor, no estoy enfadado en lo más mínimo. Lo único que me importa es que tú estés bien y sana.

—Pero ¿cómo lo vamos a hacer? No puedo llevar un bebé al trabajo, y tú estás todo el día a caballo o en el *quad*. Tendremos que contratar a alguien que cuide al bebé todo el día. Va a costar una fortuna.

Olivia negó con la cabeza y se le aparecieron visiones de su vida transformándose en un caos absoluto.

—Oye —dijo él. Se apartó un poco de ella y le acarició el pelo—. Tenemos una familia y dinero de sobra y nos tenemos el uno al otro. Podemos hacer lo que nos propongamos. ¿No lo has comprendido todavía?

Olivia suspiró. Sabía que Tate tenía razón, pero era difícil dejarse llevar y confiar en que todo iba a ir bien.

—Podemos resolver los detalles en los próximos meses, pero puedo organizarme para pasar un día en la oficina del rancho. Mi padre y Lucy pueden tomarse un día por semana. Tú puedes trabajar un día desde casa, y quizá contratemos a una canguro para que venga los otros dos días y cuide al bebé aquí, así mis padres y yo también estamos presentes. Te prometo que podemos apañárnoslas. —Tate la miró con esos ojos oscuros y serios—. No estás sola, Olivia. Tienes una familia, y vamos a querer a este bebé tanto como te queremos a ti y a las niñas.

En ese momento, Olivia se echó a llorar, porque estaba hormonal y agotada y además quería mucho a su marido. Él se rio por lo bajo y se limitó a abrazarla, y fue perfecto.

—¿Crees que esta vez será chico? —le preguntó un rato más tarde, mientras se columpiaban suavemente y miraban a los caballos trotando en el corral.

—¿Te gustaría?

—No tengo preferencias. Lo único que me importa es que los dos estéis bien. Hablando de eso,

no quiero que sigas haciendo horas extra hasta que no te encuentres mejor. Necesitas descansar más.

—¿Dónde estabas en mi último embarazo? —bromeó Olivia.

—Estaba aquí —respondió Tate—. Esperando a que me encontrara el amor de mi vida.

Y ella lo había encontrado. Había encontrado al amor de su vida y, de una vez por todas, iban a tener su final feliz.

FIN DE TORMENTA DE AMOR: EL RANCHERO

P. D.: ¿Amas a las novelas románticas y apasionadas? Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***Un jefe insoportable***.

¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, ¡mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice “ESCRIBIR MI OPINIÓN”.

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

ACERCA DE MARY SUE JACKSON

Mary Sue Jackson es el seudónimo de todas aquellas que aman las novelas románticas de vaqueros. Esta vaquera de Montana es una ganadera y sabe lo que significa el trabajo duro. Aunque se levanta al amanecer y sigue trabajando después del anochecer, siempre encuentra tiempo para lo que realmente ama... ¡el romance! En las muchas horas solitarias que pasa cabalgando por la aparentemente interminable extensión de las praderas, tiene mucho tiempo para soñar con el amor y las historias románticas de la vida en el rancho.

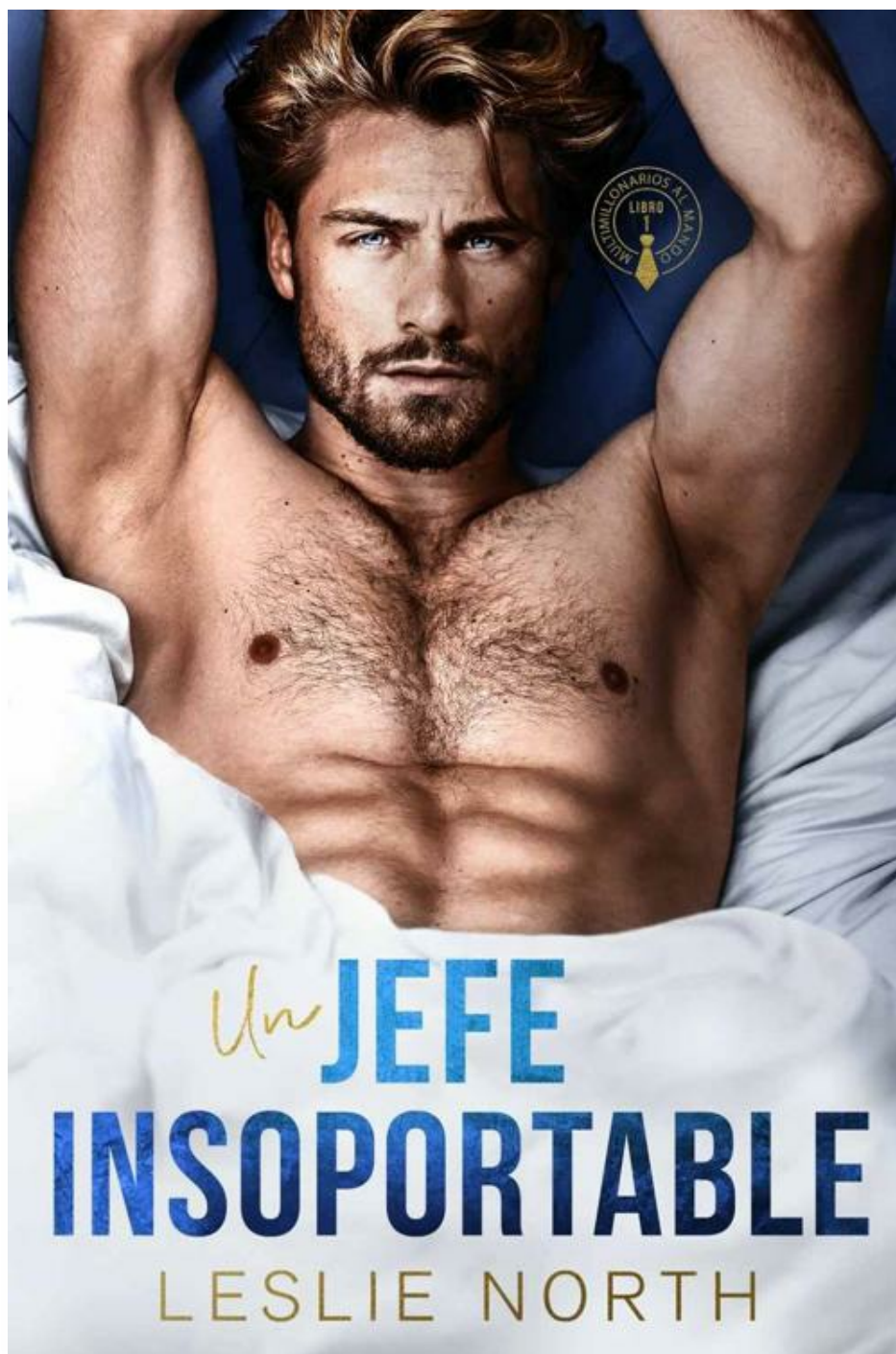
Cuando Mary Sue no está en la pradera, creando su próxima historia, prefiere pasar tiempo con su propio y atractivo rancho: su esposo. Una de las actividades favoritas de Mary Sue es montar a caballo de la mano de su esposo en la rancharía por la noche, observando la puesta de sol sobre la pradera.

ACERCA DE LESLIE

Leslie North es el seudónimo de una autora aclamada por la crítica y best seller del USA Today que se dedica a escribir novelas de ficción y romance contemporáneo para mujeres. La anonimidad le da la oportunidad perfecta para desplegar toda su creatividad en sus libros, sobre todo dentro del género romántico y erótico.

Puedes conectarte conmigo en:





SINOPSIS

¿Les confieso algo?

Odio las despedidas de soltera. Odio la idea de pasar una noche llena de pajillas con forma de pene, pasos de baile ridículos y mujeres diciéndome: «¡La próxima serás tú, Kaitlyn!». Y las odio todavía más si son en una discoteca superglamorosa de Miami, exactamente el tipo de lugar

donde no encajo. La cosa no podría ser peor, ¿no?

Pues, sí: podría ser peor. Con ustedes, el señor «Más-Guapo-Imposible». El rey de los insoportables. Hasta su ceño fruncido tiene el ceño fruncido. Y se pone todavía más insoportable después de que, sin querer, le vuelco unos tragos encima. El tipo debe ser el gerente de la discoteca, porque tiene las llaves del *penthouse* que está en el piso de arriba. El *penthouse* al que me invita después de compartir un beso en el balcón. El *penthouse* donde tenemos el mejor sexo de mi vida. El *penthouse* del que me echa minutos después al recibir una llamada. ¡Les dije que se ponía peor!

¿Están listos para que se ponga incluso peor? Es el primer día en mi nuevo trabajo y ese tipo insoportable resulta ser mi jefe. James Morris, un empresario multimillonario dueño de discotecas y un completo imbécil como jefe (si es que las revistas de chismes dicen la verdad). Y también papá soltero de una niña adorable que necesita mi ayuda.

Pero ¡de ninguna manera puedo aceptar el trabajo! Si cada vez que miro a James, recuerdo esa noche en el *penthouse*. Y, por el modo en que me mira, sé que él piensa lo mismo que yo. Pero luego me explica por qué es importante para él que acepte el trabajo. Y por qué no puedo negarme.

¿Les confieso algo más?

Odio a mi jefe.

Obtén tu ejemplar de *Un jefe insoportable* ingresando a
www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo 1 **Kaitlyn**

Mi teléfono sonó por tercera vez. Cuando lo agarré, vi otro mensaje de mi hermana, que estaba en modo novia insoportable. El mensaje era «¿Dónde estás?», seguido de un sinfín de emojis. Deseé haber prestado más atención al tutorial que me había dado Nia sobre el tema. Podía adivinar qué significaban las botellas de champán y las copas, pero ¿y todo lo demás? ¿Tenían hambre? ¿Habían empezado a comer sin esperarme? ¿Por qué tantos emojis de berenjenas?

«Estoy en la fila, junto a los ascensores», respondí. Al menos estaba en el piso correcto. «Perdón por llegar tarde. Me senté sobre mis anteojos». Cassie me mandó un emoji de una carita riendo. «Por favor, dime que no te pusiste tus anteojos rosas. Este lugar es demasiado elegante para eso. Además, hacen que tus ojos parezcan gigantes».

Nadie como mi hermanita menor para decirme la cruda verdad. Nerviosa, me acomodé los anteojos, que eran enormes, fucsias y con diamantes falsos incrustados. Me los había comprado para tenerlos de repuesto luego de que un tipo que me gustaba me dijera que yo no era divertida.

Qué podía ser más divertido que unos lentes correctivos, ¿no? Pero, ni bien recibí el pedido, supe que había cometido un error. Por desgracia, como todavía no me había llegado la siguiente tanda de lentes de contacto, mis únicas opciones eran usar los anteojos rosas o andar a ciegas toda la noche.

«Obvio que no me los puse», mentí. Luego, me quité los anteojos y los metí en la cartera. El mundo se volvió un poco borroso, pero, la verdad, quizá fuera mejor así. Imaginaba que la mayoría de las discotecas debían ser más divertidas si una no prestaba tanta atención al piso pegajoso o a las caras de hartazgo de los empleados.

La fila empezó a avanzar y por fin quedé cara a cara con la recepcionista despampanante que hacía guardia en la entrada. Con el enterito blanco y con cierre que tenía puesto, parecía la estrella de una película de acción. Yo, en cambio, con mi sencillo vestido negro, parecía la extra que muere a los cinco minutos de empezar la película, luego de la invasión extraterrestre. «Hoy no se trata de tus inseguridades», me regañé. Era la noche de mi hermana, que había conocido a un hombre maravilloso que la amaba, y yo quería festejar con ella y demostrarle que la apoyaba.

—Vengo a la despedida de soltera de Cassandra Thorn. Me están esperando —dije. De cerca, veía la etiqueta con el nombre de la recepcionista—. Es la primera vez que vengo, Tiffany. ¿Podrías indicarme hacia dónde ir?

Tras resoplar, la mujer tipeó en su *tablet* con esas uñas peligrosamente largas y potencialmente letales, luego señaló la puerta y, sin más, se puso a hablar con la pareja que estaba detrás de mí; ambos estaban mejor vestidos que yo.

«Bueno, eso fue de mucha ayuda», pensé. Respiré hondo y entré a Bloom.

Guau.

El lugar no era lo que había esperado. Como quedaba en el último piso de uno de los edificios más altos de Miami, había pensado que tendría una vibra más Miami Beach, con luces de neón y palmeras. Por eso, quedé asombrada ante lo que solo podría describir como elegancia en su máxima expresión. El interior era todo de color azul, con banquetas bajas de cuero alrededor de la pista de baile, paredes azul oscuro y candelabros que centelleaban como gotas de lluvia, lo cual le daba al lugar el aire de un club elegante y exclusivo. Todo era extremadamente opulento y cómodo, y no podría haberme sentido más fuera de lugar. Estuve a punto de sacar mis anteojos de la cartera para observar mejor la discoteca, pero recordé que estaba en una misión. Tenía que encontrar a Cassie, festejar como ella merecía y después volver a mi departamento, donde era libre de mirar una de mis comedias románticas favoritas por enésima vez sin que nadie me exigiera que usara tacones o se burlara de mis anteojos. Al menos, ese era el plan.

Agarré mi teléfono y le escribí a mi hermana: «¡Ya entré! ¿Dónde estás?». Al instante, me respondió con una foto de ella y sus amigas sosteniendo copas de champán. En el fondo, se veían dos botellas que parecían vacías, pero no había nada de comida, así que supuse que las berenjenas querían decir otra cosa, lo cual era una lástima porque tenía hambre.

Me sobresalté cuando unas personas me empujaron para pasar, ansiosos por vivir la experiencia de la discoteca. Decidí seguir al escandaloso grupo con la esperanza de vislumbrar a mi hermana o a alguna de sus amigas y, por dentro, me maldije por haberme sentado sobre mis anteojos de siempre. Todos los que pasaban junto a mí eran un manchón colorido. Esperaba que ellas me

vieran primero y me llamaran.

Recorrí la mitad de la pista principal, pero seguía sin verlas, así que me alejé hacia un costado para mandarle otro mensaje a mi hermana: «C, ¿dónde estás? Responde con palabras por favor». «Estoy al lado del DJ», respondió ella. «Ven aquí». Sin dejar de mirar el teléfono, di un paso hacia donde estaba el DJ, aliviada, pero entonces alguien gritó: «¡Cuidado!».



James

Las cosas que hacemos por nuestros amigos. Me pellizqué el puente de la nariz, ya con un dolor de cabeza latente, y le rogué a Dios que me diera paciencia.

Desde la apertura de Bloom, dos años atrás, mi discoteca se había hecho conocida por ser la más lujosa y popular de Miami. Ofrecíamos una combinación de alcohol caro, empleados talentosos y clientela exclusiva que garantizaba una noche inolvidable, y muchos pagaban cientos, si no miles, por vivir esa experiencia... y por volver a vivirla. No organizábamos despedidas de soltera chabacanas ni servíamos pasteles con forma de pene, y mucho menos dejábamos que la futura novia le pidiera al DJ que pasara canciones trilladas, como *It's Raining Men*. Y, sin embargo, había permitido todas esas cosas porque mi antiguo compañero de fraternidad, Scott, iba a casarse. Habiendo tantas personas, mi amigo se había enamorado perdidamente de una empleada bancaria. Sí, la chica era linda, pero no tan linda como para querer pasar el resto de la vida encadenado a ella.

Las cosas que hacemos por amor.

La prometida de Scott y sus amigas estaban en la pista de baile en el centro del salón, sentadas en una mesa junto al DJ, y agitaban sus collares fluorescentes en el aire. Se estaban acercando peligrosamente al terreno de bailar sobre la mesa. Le hice un gesto a Fernando, su camarero, cuando pasó junto a mí llevando una bandeja llena de bebidas.

—Mándales más comida con lo próximo que pidan. Cortesía de la casa. Dales algo que absorba un poco el alcohol.

Lo último que necesitaba era que una chica con collar fluorescente le vomitara encima a uno de mis clientes o, peor aun, a alguno de los *influencers* que solían frecuentar la discoteca. La escena de discotecas de lujos de Miami era despiadada. Si hacíamos enfadar a la persona equivocada, podíamos perder el 25% de nuestros ingresos en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, jefe —me respondió Fernando. Se dio vuelta para dirigirse a la mesa, pero yo lo había distraído y, aunque por lo general era el camarero perfecto, casi se lleva puesta a una mujer de cabello moreno que estaba mirando su teléfono.

—¡Cuidado! —exclamé, pero mi advertencia llegó demasiado tarde para evitar el desastre inminente.

La morena levantó la mirada justo a tiempo para ver a Fernando abalanzarse sobre ella y retrocedió, pero se le enganchó el tacón en el borde de las escaleras que llevaban a la pista de baile del piso inferior. Me lancé hacia adelante, la agarré de la cintura y luego la atraje hacia mí;

lo único que faltaba era que se lastimara y nos demandara. Pero, cuando se agarró de mi camisa para recuperar el equilibrio, con expresión perdida y vulnerable, algo pasó. Se sonrojó. No recordaba la última vez que había visto a una mujer sonrojarse. Mi mundo estaba repleto de personas sofisticadas que ocultaban sus emociones tras una máscara.

Por un momento, sentí el impulso incontrollable y nada profesional de agacharme y besarla; quería ver si su boca rosada sabía tan inocente como parecía. Entonces, otra persona chocó contra Fernando y él soltó un insulto, y la bandeja que había logrado sostener con tanta destreza se inclinó y nos terminó salpicando a los tres en un despliegue espectacular de líquido destellante bajo las luces de la discoteca que hubiera rivalizado con cualquier *show* acuático de Las Vegas.

—¿Qué carajo? —le dije de mala manera a Fernando.

Retrocedí y solté a la mujer, que ahora estaba empapada y temblando. Sabía que no había sido culpa de Fernando, pero no lo pude evitar. Esa mujer de ojos grandes me hacía sentir descolocado, y no había nada que odiara más que sentir que no tenía total control.

—Lo siento, jefe —me dijo Fernando desde el piso. Se había puesto a juntar los trozos de vidrio hasta que le llevaran una escoba.

—No fue su culpa —dijo la mujer. Era la primera vez que emitía sonido.

Levanté las cejas, sorprendido. No era frecuente ver que a una de mis clientas le volcaran una bebida encima y, en vez de molestarse, defendiera al camarero. Sobre todo cuando eran clientas así de lindas.

—No miré por dónde iba —continuó ella—. Estaba tratando de encontrar... —Miró a su alrededor con expresión confundida y luego soltó—: Bueno, al carajo.

Sin más, abrió su cartera y, tras sacar el par de anteojos más ridículo que hubiera visto en mi vida, se los puso. Sin poder evitarlo, me reí. La mujer estaba medio ahogada y furiosa y era hermosísima, y tenía puestos unos anteojos gigantes de plástico rosa. ¿Cuándo había sido la última vez que me había reído en el trabajo? Realmente, esa mujer era una caja de sorpresas.

Ella me miró con mala cara, así que me esforcé por disimular la risa e hice de cuenta que estaba tosiendo. Luego, señalé a una de las promotoras.

—Te pido mil disculpas. Nuestra maravillosa asistente del baño de mujeres tiene un armario lleno de suministros de tintorería y te dejará impecable para el resto de la noche. Todo lo que consumas hoy lo invito yo, por supuesto, y también el reemplazo de... —me interrumpí, tratando de adivinar de qué marca era su vestido, pero ninguna de mis clientas usaba ropa tan barata—... eso.

La mayoría de nuestros clientes eran asquerosamente ricos, pero igual les encantaba conseguir cosas gratis. Y que les chuparan las medias. Excepto esa mujer, al parecer.

—No necesito nada —respondió.

Pellizcó la tela mojada para separarla de su cuerpo, pero el movimiento hizo que se le subiera el vestido y reveló un par de centímetros más de la piel tersa de sus piernas.

—No dije que necesitaras nada —respondí, y tuve que hacer un esfuerzo descomunal para no

mirarle el escote, sobre todo considerando que no paraba de tironearse la tela del vestido—. Es que estás... mojada.

Por algún motivo, al oírme se sonrojó más. Fernando seguía parado allí, mirándonos con curiosidad. Yo nunca tardaba tanto en solucionar los problemas con los clientes. Siempre sabía exactamente qué querían y cómo dárselo. No obstante, no lograba descifrar a esa mujer. Era como una criatura salvaje que se había colado en mi zoológico de animales mansos y predecibles.

—Por favor —intenté nuevamente, señalando el baño de mujeres—, deja que te ayudemos.

—No hace falta, me puedo ayudar yo sola. Además, no creo quedarme mucho tiempo aquí.

Sacudió el pelo hacia atrás y quiso dar media vuelta y alejarse, pero, entre el piso mojado y sus tacos altísimos, resbaló otra vez. Fui corriendo a su lado y la tomé del brazo antes de que llegara a caerse.

Por segunda vez, me descubrí mirando fijo esos ojos hermosos, pero, esa vez, ya no parecían confundidos y confiados. Eran brillantes y perspicaces, y me fulminó con la mirada. Cuando me miró, sentí una presión en el pecho, y todo quedó en silencio un momento. Y pensé en hacer más que solo besarla. Me tomé dos segundos para admirar su belleza, sobre todo sus pechos turgentes que asomaban por el escote de su vestido. Cuando bajé un poco más la mirada, esos ojos azules me fulminaron. Ups.

—Al menos déjame acompañarte a tu mesa —le dije.

Esperaba que la estuvieran esperando sus amigas. No me gustaba nada la idea de dejarla en brazos de una cita. O, peor aun, dejarla dando vueltas en la discoteca y correr el riesgo de que algún ricachón soberbio que no la mereciera se le acercara e intentara conquistarla.

Ella se enderezó y se alejó de mí.

—Yo puedo encontrarla sola. Me dijeron que están...

—¡Katie! ¡Ahí estás!

¿O sea que se llamaba Katie? Le quedaba bien.

Un tornado de volados blancos con un tocado de tul colisionó contra Katie y la envolvió en un abrazo, pero, al instante, la mujer vestida de blanco se alejó.

—¡Ay, estás empapada! ¿Qué diablos te pasó?

Observé a la manada de chicas vestidas con ropa ajustada y collares brillantes detrás de ella y me di cuenta de que ese grupo era una de las despedidas de soltera que teníamos agendadas para esa noche. Específicamente, la de la novia de Scott.

—Tuvimos un problemita con la gravedad —dije secamente—. Cassie, bienvenida a Bloom. Ojalá nos conociéramos en una situación más agradable.

—¡James, hola! —Ella se echó a reír y abrazó a Katie—. ¿Qué le hiciste a mi hermana? ¿Y qué te pasó a ti? Ay, Dios, miren cómo están.

Las miré a las dos y noté el parecido, aunque, en mi opinión, Katie eclipsaba a su hermana. Cassie era la clase de mujer linda, divertida y amigable que ya había conocido un millón de veces. Su hermana, por otro lado, parecía... menos predecible.

Katie empezó a hablar, pero la interrumpí. Ya había perdido demasiado tiempo con ese grupo, y necesitaba sacármelas de encima a ella y sus caóticas amigas para poder prestarles atención a mis clientes de verdad: los que sí encajaban allí, los que regresarían si la pasaban bien.

—Quiero asegurarme de que la pasen bien, así que el champán lo invitamos nosotros, señoritas.

— Las voy a pasar a la *suite* Cielo Nocturno, que tiene un tocador privado y un sector VIP encima de la pista de baile.

Esa *suite*, que por lo general estaba reservada para celebridades, me ayudaría a que nadie más se cruzara con las mujeres... y, con suerte, a que Katie no terminara en los brazos de otro hombre. Saqué mi teléfono y me apresuré a avisarle al personal para que estuviera al tanto. Las mujeres vitorearon y se acercaron más a mí.

—¡Así me gusta! —exclamó la futura novia, y me sonrió—. Muchísimas gracias.

La única que no parecía feliz era Katie. Fruncí el ceño, fastidiado. Todos los que estaban en Bloom siempre querían algo de mí, ya fuera una ronda de tragos gratis, la contraseña de nuestro sistema POS o una nueva blusa de Versace, y yo sabía cómo darles lo que querían. Entonces, ¿por qué no lograba descifrar lo que quería ella?

Las otras mujeres se pusieron a charlar entre sí y Katie se me acercó un poco sin despegarme la mirada.

—No hacía falta que hicieras eso. ¿Y si te regaña tu jefe?

Estuve a punto de echarme a reír otra vez. ¿No se había dado cuenta de que yo era el dueño de la discoteca? Qué adorable... y novedoso. Por fin, una mujer que no conocía a todos los que salían en el segmento «Sociedad» del periódico.

—No te preocupes por el jefe. Yo me encargo.

Ella sonrió con expresión dubitativa, y me gustó más de lo que hubiera querido

—Bueno, si tú lo dices. Me molesta haber causado tanto lío. La verdad, estas discotecas espantosas no son lo mío para nada, pero a Cassie le gustan, y no tengo otra opción. Deber de dama de honor.

La miré con el ceño fruncido, listo para defender el honor de Bloom, pero Cassie la agarró del brazo.

—Tenemos que buscar unos tragos para que esta vez los tomes tú, no el vestido. ¡Vamos! Y quítate esos anteojos. Me prometiste que ibas a venir bien arreglada.

Katie se encorvó un poco, como si estuviera incómoda, pero se quitó los anteojos y los guardó en su cartera. Pareció perder un poco el equilibrio mientras su hermana la arrastraba por la discoteca. Luego, se dio vuelta a mirarme con expresión dulce; parecía más vulnerable ahora que el mundo otra vez se había vuelto borroso para ella. Por algún motivo, sentí muchísimas ganas de ir tras

ella y decirle que se pusiera los benditos anteojos. Era hermosa sin importar lo que tuviera puesto. ¿Por qué iba a perderse la oportunidad de admirar la belleza que la rodeaba?

El grupito siguió a una de mis camareras a la *suite*, y yo también me fui. Tenía mis propios deberes de los cuales ocuparme. Muchas veces me acusan de ser controlador, pero no llegué hasta donde estoy quedándome sentado sin hacer nada. Quizá mis empleados digan que soy insoportable a mis espaldas, pero les pago extremadamente bien y, a cambio, exijo perfección. No me parece que eso sea mucho pedir.

Por fin encontré al gerente, Ted, para ponerlo al tanto del cambio de *suite*.

Una de ellas —dije, señalando al grupo—chocó con Fernando, que llevaba una bandeja con tragos, así que por favor mándales algunas toallitas húmedas, unas botellas de soda y servilletas.

—Delo por hecho. ¿Se queda hasta el cierre hoy?

Al instante, se me vino a la cabeza Harper, y me dieron ganas de estar con ella en casa. Sobre todo después de lo que había pasado en los últimos meses. Pero el deber llamaba y, además, disfrutaba mi trabajo.

—Sí.

Dejé que mis ojos se posaran sobre la *suite* VIP. Katie estaba apoyada en la baranda mirando hacia la pista de baile y secándose el vestido con servilletas mientras el resto del grupo bailaba sobre las banquetas. Disfrutaba mi trabajo, sí. Sobre todo cuando tenía una vista así.

**Obtén tu ejemplar de *Un jefe insoportable* ingresando a
www.LeslieNorthBooks.com**